



Sacerdos

Revista de comunión sacerdotal, caridad pastoral y formación permanente.

• **El Padre Nuestro, la oración que Jesús nos enseñó (Primera parte)**

† Mons. José
Rafael Palma

• **Reavivar la gracia de Dios recibida por la imposición de manos del Obispo**

Mons. Fernando
Chica Arellano

• **La proyección internacional de la Psicología Tomista desde la Pontificia Universidad Católica "Santa María de los Buenos Aires"**

Dra. Zelmira Seligmann

• **La escatología cristiana ante la ideología transhumanista: "El transformará nuestro pobre cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso"**

P. Leonardo Bonnin

• **Laicidad y laicismo: una reflexión desde la doctrina social de la Iglesia**

P. Fernando Pascual, L.C.

• **Un nuevo centenario del primer Concilio de Nicea**

P. Anthony Queirós, L.C.



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Director Editorial Revista
SACERDOS

Muy estimados en El Señor, hermanos sacerdotes:

Esperando y pidiendo a Nuestro Señor que hayan pasado una muy santa y feliz Navidad, y deseándoles un Año Nuevo 2026 lleno de las bendiciones de Dios, les ofrecemos con mucho gusto el primer número del año de nuestra revista *Sacerdos*.

En esta ocasión, en el apartado de la dimensión humana, hemos querido traer a su atención simplemente cuanto dice la exhortación apostólica postsinodal “*Pastores Dabo Vobis*” al respecto, pues no cabe duda que en pocos párrafos allí el papa san Juan Pablo II –quien, además de ser un gran santo, fue un hombre íntegro y de una madurez humana excepcional- nos dice lo esencial al respecto.

En lo que respecta a la dimensión espiritual propiamente hablando, ofrecemos cuatro artículos: uno que constituye la primera parte de un comentario sobre el “Padre Nuestro” a la luz de cuanto enseña el Catecismo de la Iglesia Católica sobre la oración; otro que es una invitación a reavivar la gracia de Dios que recibimos por la imposición de manos del Obispo el día de nuestra ordenación sacerdotal; uno más sobre “la contemplación como sabiduría experimental”, según el Nuevo Testamento; y, finalmente, otro sobre “las características del padre espiritual según san Juan de Ávila”.

En lo que respecta a la formación intelectual, son dos los títulos que se presentan: el primero es: “La proyección internacional de la psicología tomista desde la Pontificia Universidad Católica ‘Santa María de los Buenos Aires’”, tema por demás interesante y trascendente, por cuanto la antropología tomista puede ayudar a sanear, purificar y fundamentar correctamente las ciencias psicológicas; El segundo es: “Un nuevo centenario del primer Concilio de Nicea”, que nos parece muy oportuno al haber celebrado precisamente en este año 2025, apenas concluido, los 1700 años desde que tuviera lugar dicho concilio, el cual, juntamente con el Primero Concilio de Constantinopla (381), fuera tan importante de cara a la comprensión de las verdades esenciales de nuestra fe cristiana, es decir la definición de los dogmas cristológicos y trinitarios.

En el campo de la Pastoral, incluimos un escrito sobre el “especismo”, es decir la equiparación en valor y dignidad de todas las especies de seres vivos, y si es correcto o no postularlo. En un mundo que se ha volcado de manera sorprendente a la valoración y protección de las especies animales, pero que, por otra parte, ha perdido el sentido de la dignidad de personas, parece del todo pertinente reflexionar sobre el tema, para tener presente la diferencia esencial entre las personas humanas y los animales. Y en este mismo rubro y en la misma línea del anterior, se incluye otro artículo sobre la “defensa del más débil”, comenzando por el niño no



nacido, aunque no solo. Es ahí, en efecto, donde se debieran poner lo mejor de los esfuerzos y recursos de parte de los Estados y de las Sociedades.

Como temas de actualidad, presentamos dos trabajos. Uno cuyo título es: “La escatología cristiana ante la ideología transhumanista: ‘El transformará nuestro pobre cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso’”, argumento, en efecto, muy actual, por cuanto se viene diciendo y escribiendo, así como actuando, en ese afán desmedido, ilimitado e insensato del hombre por evitar el dolor, el sufrimiento y, finalmente, la misma muerte. Solo que sin todo ello –que es parte de la naturaleza humana; y habría que añadir: “caída”, es decir, afectada por el pecado original, y por los pecados actuales de todos nosotros- el hombre ya no sería hombre en cuanto tal. El otro trabajo se intitula: “Laicidad y laicismo: una reflexión desde la doctrina social de la Iglesia”, argumento que, desde hace ya algunos siglos, pero sobre todo desde hace algunos decenios hasta hoy, está muy presente en los debates socioculturales y políticos, y sobre el cual la Iglesia puede y tiene que decir una palabra esclarecedora.

Finalmente, presentamos como testimonio una breve biografía del san Carlo Acutis, “el santo milenial y patrono de los milenials”, santo muy oportuno para estos tiempos nuestros, tan invadidos de tecnología y de información, más no siempre utilizados estos medios según el querer de Dios y en orden a nuestra salvación.

Deseándoles una vez más un Año 2026 muy bendecido por Dios para sus personas y para las almas encomendadas a su ministerio, quedamos suyos servidores en Jesucristo y Su Iglesia,

P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Centro Sacerdotal Logos



DIMENSIÓN HUMANA

La dimensión humana de la formación del seminarista y del sacerdote, base indispensable para su vida y misión en la Iglesia y en el mundo
P. Alfonso López Muñoz, L.C.

9



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

El Padre Nuestro, la oración que Jesús nos enseñó (Primera parte)
† Mons. José Rafael Palma

13

Reavivar la gracia de Dios recibida por la imposición de manos del Obispo
Mons. Fernando Chica Arellano

26

La contemplación como sabiduría experimental en el Nuevo Testamento
P. Ignacio Andereggen

42

Características del padre espiritual según San Juan de Ávila
P. Antonio Rivero, L.C.

49



DIMENSIÓN INTELECTUAL

La proyección internacional de la Psicología Tomista desde la Pontificia Universidad Católica "Santa María de los Buenos Aires"
Dra. Zelmira Seligmann

52

Un nuevo centenario del primer Concilio de Nicea
P. Anthony Queirós, L.C.

60



DIMENSIÓN PASTORAL

¿Es correcto hablar de “especismo”? 62

P. Fernando Pascual, L.C.

En defensa del más débil 67

P. Fernando Pascual, L.C.



ACTUALIDAD

La escatología cristiana ante la ideología transhumanista: “El transformará nuestro pobre cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso” 70

P. Leonardo Bonnin

Laicidad y laicismo: una reflexión desde la 86

doctrina social de la Iglesia

P. Fernando Pascual, L.C.



TESTIMONIO

El testimonio de san Carlo Acutis, “el santo milenial” y patrono de los “milenials” 95

Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López, Arzobispo de Monterrey / †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón, Vice-Presidente de la CEM / †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo, Obispo Auxiliar de Xalapa S.E. / †S.E. Mons. Carlos Enrique Samaniego López, Obispo de Texcoco / †S.E. Mons. Eduardo Muñoz, Obispo de Autlán / P. Ignacio Andereggen, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, PP. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeung, LL.CC.

Coordinación gráfica: Lic. Hugo Toro Monjaraz

Coordinación Editorial: En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.

2026

Programas Nacionales

Curso	Fecha	Lugar	Costo
Ejercicios Espirituales	11-15 de mayo	CIDEM, Amecameca, Edo. de México.	\$5,500.00
Ejercicios Espirituales	12-16 de octubre	CIDEM, Amecameca, Edo. de México.	\$5,500.00

Contacto:

Gabriela Sordo

Coordinadora de Programas Nacionales e Internacionales

Mail: logos@caesc.com

Celular 55.17.29.86.70

Acueducto Río Hondo 218, Lomas de Virreyes C.P. 11000, CdMx.



APRA



en video 

ISTITUTO SACERDOS

**XX CURSO SOBRE
EL EXORCISMO
Y LA ORACIÓN
DE LIBERACIÓN**

EDICIÓN ANIVERSARIO

**11-15 de mayo
de 2026**





Nos complace invitarte a inscribirte en la **XX edición del Curso sobre el Ministerio del Exorcismo y la Oración de Liberación**, el primer programa académico interdisciplinar dedicado a este tema, ofrecido por el **Ateneo Pontificio Regina Apostolorum** de Roma, en colaboración con el **Grupo de Investigación Sociorreligiosa e Información (GRIS)** de Bolonia.

Llegando a su **vigésima edición**, este curso es el primero en el mundo en ofrecer un recorrido académico e interdisciplinar dirigido a quienes ejercen o desean profundizar en este particular ministerio de la Iglesia.

Gracias a la participación de docentes de diversas áreas —teología, medicina, psicología, derecho, neurociencia y pastoral—, ofrece una formación completa y sólida que integra **competencia teológica y discernimiento espiritual**.

Detalles

Fechas: 11–15 de mayo de 2026

Sede: Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

Idiomas: Italiano, Inglés y Español

Cuota de inscripción: € 575

Traducción simultánea (opcional): € 350

[Quiero inscribirme](#)

Contacto:

Gabriela Sordo

*Coordinadora de Programas
Nacionales e Internacionales*

Mail: logos@caesc.com

Celular 55.17.29.86.70



6 de Julio – 25 de Julio
de 2026



VIVE UN TIEMPO DE PROFUNDA RENOVACIÓN DE TU VOCACIÓN SIGUIENDO LOS PASOS DE JESÚS EN LOS LUGARES SANTOS

El **Instituto Sacerdos** y el **APRA** se complacen en informarte que en julio de 2026 volverá a realizarse el Curso de Renovación Sacerdotal en Tierra Santa, una experiencia única para renovar el corazón, fortalecer la misión y vivir un profundo tiempo de comunión con sacerdotes de todo el mundo.

Porqué participar

El curso está pensado para acompañar a cada sacerdote en un camino interior y espiritual que une oración, meditación y formación, siguiendo los misterios de la vida de Cristo en los mismos lugares donde ocurrieron. Volver a recorrer los lugares de la vida de Jesús significa redescubrir, paso a paso, la llamada original, el sentido profundo del ministerio y la alegría del servicio.

Las palabras del P. Marek, participante en una de las ediciones anteriores, describen plenamente la experiencia que podrás vivir con nosotros:

"Viví profundamente cada fragmento del Evangelio leído en su lugar de origen. Esta emoción seguirá acompañándome en mi misión de compartir el Evangelio con los demás. Una maravilla de Dios." (P. Marek)

Detalles del programa

Fechas: 6 de julio (llegada) – 25 de julio (salida), 2026

Sede principal: Pontifical Institute Notre Dame of Jerusalem Center, Jerusalén

Idiomas: español e inglés

Costos e inscripción

Cuota de participación: 3.000 € (incluye alojamiento en habitación doble, pensión completa y seguro médico)

Suplemento habitación individual: 500 €

No incluye: gastos de viaje, días extra, servicio de lavandería y gastos personales

[Isríbete aquí](#)

Contacto:

Gabriela Sordo

Coordinadora de Programas
Nacionales e Internacionales

Mail: logos@caesc.com

Celular 55.17.29.86.70



La dimensión humana de la formación del seminarista y del sacerdote, base indispensable para su vida y misión en la Iglesia y en el mundo



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Doctor en Filosofía
Doctorando en Teología

La dimensión humana de la formación integral del sacerdote es algo que preocupa y ocupa a la Iglesia sobre todo desde hace algunos años, tanto a nivel local en cada diócesis como a nivel de la Iglesia universal. Y es que, en efecto, en los últimos años se ha advertido a nivel general una falta de solidez en los aspectos que precisamente conforman tal dimensión. Por eso nos parece conveniente simplemente recordar lo que los numerales 43 y 44 de la Exhortación post-sinodal “*Pastores Dabo Vobis*” de san Juan Pablo II nos dicen al respecto, dada la vigencia y actualidad de dicho documento en el rubro de la formación sacerdotal.

El apartado es más bien breve; sin embargo, encierra una gran sabiduría y profundidad, dentro de su sencillez, por lo que conviene que los leamos y meditemos de nuevo para nuestro provecho personal, en orden a que revisemos si podemos considerarnos bien formados en los diversos campos de la formación humana, o bien si hemos de volver a apuntarla alguno o alguno de ellos. Mas, de manera especial, nos parece que estos números han de ser estudiados con mucha atención y detención por parte de quienes tienen a su cargo la formación de los futuros sacerdotes en los seminarios. En una época en que se adolece tanto de lo más básico en la formación y estructuración de las diversas dimensiones de la persona humana, ofrecer a la Iglesia y al mundo hombres bien formados y sólidos no sólo en el ámbito espiritual sino el campo

específicamente humano, ya es un gran servicio, que, por lo demás, resulta indispensable y urgente.

La formación humana, fundamento de toda la formación sacerdotal (Exhortación apostólica post-sinodal Pastores Dabo Vobis, nn. 43-44):

43. «Sin una adecuada formación humana, toda la formación sacerdotal estaría privada de su fundamento necesario» (Documento final de los Padres Sinodales, Proposición n. 21). Esta afirmación de los Padres sinodales expresa no solamente un dato sugerido diariamente por la razón y comprobado por la experiencia, sino una exigencia que encuentra sus motivos más profundos y específicos en la naturaleza misma del presbítero y de su ministerio.

El presbítero, llamado a ser «imagen viva» de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, debe procurar reflejar en sí mismo, en la medida de lo posible, aquella perfección humana que brilla en el Hijo de Dios hecho hombre y que se transparenta con singular eficacia en sus actitudes hacia los demás, tal como nos las presentan los evangelistas. Además, el ministerio del sacerdote consiste en anunciar la Palabra, celebrar el Sacramento, guiar en la caridad a la comunidad cristiana «personificando a Cristo y en su nombre», pero todo esto dirigiéndose siempre y sólo a hombres concretos: «Todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor



de los hombres en lo que se refiere a Dios» (*Heb* 5, 1). Por esto la formación humana del sacerdote expresa una particular importancia en relación con los destinatarios de su misión: precisamente para que su ministerio sea humanamente lo más creíble y aceptable, es necesario que el sacerdote plasme su personalidad humana de manera que sirva de puente y no de obstáculo a los demás en el encuentro con Jesucristo Redentor del hombre; es necesario que, a ejemplo de Jesús que «conocía lo que hay en el hombre» (*Jn* 2, 25; cf. 8, 3-11), el sacerdote sea capaz de conocer en profundidad el alma humana, intuir dificultades y problemas, facilitar el encuentro y el diálogo, obtener la confianza y colaboración, expresar juicios serenos y objetivos.

Por tanto, no sólo para una justa y necesaria maduración y realización de sí mismo, sino también con vistas a su ministerio, los futuros presbíteros deben cultivar una serie de cualidades humanas necesarias para la formación de personalidades equilibradas, sólidas y libres, capaces de llevar el peso de las responsabilidades pastorales. Se hace así necesaria la educación a amar la verdad, la lealtad, el respeto por la persona, el sentido de la justicia, la fidelidad a la palabra dada, la verdadera compasión, la coherencia y, en particular, el equilibrio de juicio y de comportamiento (Conc. Ecum. Vat. II, Decreto sobre la formación sacerdotal *Optatam totius*, 11; Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros *Presbyterorum Ordinis*, 3; S. Congregación para la Educación Católica, *Ratio fundamentalis*

institutionis sacerdotalis (6 enero 1970), 51: *I.c.*, 356-357). Un programa sencillo y exigente para esta formación lo propone el apóstol Pablo a los Filipenses: «Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta» (*Flp* 4, 8). Es interesante señalar cómo Pablo se presenta a sí mismo como modelo para sus fieles precisamente en estas cualidades profundamente humanas: «Todo cuanto habéis aprendido —sigue diciendo— y recibido y oído y visto en mí, ponadlo por obra» (*Flp* 4, 9).

De particular importancia es la capacidad de relacionarse con los demás, elemento verdaderamente esencial para quien ha sido llamado a ser responsable de una comunidad y «hombre de comunión». Esto exige que el sacerdote no sea arrogante ni polémico, sino afable, hospitalario, sincero en sus palabras y en su corazón (Cf. Documento final de los Padres Sinodales, Proposición n. 21), prudente y discreto, generoso y disponible para el servicio, capaz de ofrecer personalmente y de suscitar en todos relaciones leales y fraternas, dispuesto a comprender, perdonar y consolar (cf. *1 Tim* 3, 1-5; *Tit* 1, 7-9). La humanidad de hoy, condenada frecuentemente a vivir en situaciones de masificación y soledad sobre todo en las grandes concentraciones urbanas, es sensible cada vez más al valor de la comunión: éste es hoy uno de los signos más elocuentes y una de las vías más eficaces del mensaje evangélico.

En dicho contexto se encuadra, como cometido determinante y decisivo, la formación del candidato al sacerdocio en la madurez afectiva, como resultado de la educación al amor verdadero y responsable.

44. La *madurez afectiva* supone ser conscientes del puesto central del amor en la existencia humana. En realidad, como señalé en la encíclica *Redemptor hominis*, «el hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace propio, si no participa en él vivamente» (Carta encíclica *Redemptor hominis* (4 marzo 1979) 10: AAS 71 (1979), 274).



Se trata de un amor que compromete a toda la persona, a nivel físico, psíquico y espiritual, y que se expresa mediante el significado «esponsal» del cuerpo humano, gracias al cual una persona se entrega a otra y la acoge. La educación sexual bien entendida tiende a la comprensión y realización de esta verdad del amor humano. Es necesario constatar una situación social y cultural difundida que «banaliza» en gran parte la sexualidad humana, porque la interpreta y la vive de manera reductiva y empobrecida, relacionándola únicamente con el cuerpo y el placer egoísta» (Exhortación apostólica post-sinodal *Familiaris consortio* (22 noviembre 1981) 37: *I.c.*, 128). Con frecuencia las mismas situaciones familiares, de las que proceden las vocaciones sacerdotales, presentan al respecto no pocas carencias y a veces incluso graves desequilibrios.

En un contexto tal se hace más difícil, pero también más urgente, una *educación en la sexualidad* que sea verdadera y plenamente personal y que, por ello, favorezca la estima y el amor a la castidad, como «virtud que desarrolla la auténtica madurez de la persona y la hace capaz de respetar y promover el «significado sponsal» del cuerpo» (Ibid.).

Ahora bien, la educación para el amor responsable y la madurez afectiva de la persona son muy necesarias para quien, como el presbítero, está llamado al *celibato*, o sea, a ofrecer, con la gracia del Espíritu y con la respuesta libre de la propia voluntad, la totalidad de su amor y de su solicitud a Jesucristo y a la Iglesia. A la vista del compromiso del celibato, la madurez afectiva ha de saber incluir, dentro de las relaciones humanas de serena amistad y profunda fraternidad, un gran amor, vivo y personal, a Jesucristo. Como han escrito los Padres sinodales, «al educar para la madurez afectiva, es de máxima importancia el amor a Jesucristo, que se prolonga en una entrega universal. Así, el candidato llamado al celibato, encontrará en la madurez afectiva una base firme para vivir la castidad con fidelidad y alegría» (Documento final de los Padres sinodales, Proposición n. 21).

Puesto que el carisma del celibato, aun cuando es auténtico y probado, deja intactas las inclinaciones de la afectividad y los impulsos del instinto, los candidatos al sacerdocio necesitan una madurez



afectiva que capacite a la prudencia, a la renuncia a todo lo que pueda ponerla en peligro, a la vigilancia sobre el cuerpo y el espíritu, a la estima y respeto en las relaciones interpersonales con hombres y mujeres. Una ayuda valiosa podrá hallarse en una adecuada educación para la verdadera *amistad*, a semejanza de los vínculos de afecto fraterno que Cristo mismo vivió en su vida (cf. *Jn* 11, 5).

La madurez humana, y en particular la afectiva, exigen una *formación* clara y sólida *para una libertad*, que se presenta como obediencia convencida y cordial a la «verdad» del propio ser, al significado de la propia existencia, o sea, al «don sincero de sí mismo», como camino y contenido fundamental de la auténtica realización personal (Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. sobre la Iglesia el mundo actual *Gaudium et spes*, 24).

Entendida así, la libertad exige que la persona sea verdaderamente dueña de sí misma, decidida a combatir y superar las diversas formas de egoísmo e individualismo que acechan a la vida de cada uno, dispuesta a abrirse a los demás, generosa en la entrega y en el servicio al prójimo. Esto es importante para la respuesta que se ha de dar a la vocación, y en particular a la sacerdotal, y para ser fieles a la misma y a los compromisos que lleva consigo, incluso en los momentos difíciles. En este proceso educativo hacia una madura libertad responsable puede ser de gran ayuda la vida comunitaria del Seminario Íntimamente relacionada con la formación para la libertad responsable está también la *educación de la conciencia moral*; la cual, al requerir desde la intimidad del



propio «yo» la obediencia a las obligaciones morales, descubre el sentido profundo de esa obediencia, a saber, ser una respuesta consciente y libre —y, por tanto, por amor— a las exigencias de Dios y de su amor. «La madurez humana del sacerdote —afirman los Padres sinodales— debe incluir especialmente la formación de su conciencia. En efecto, el candidato, para poder cumplir sus obligaciones con Dios y con la Iglesia y guiar con sabiduría las conciencias de los fieles, debe habituarse a escuchar la voz de Dios, que le habla en su corazón, y adherirse con amor y firmeza a su voluntad» (Documento final de los Padres sinodales, Proposición n. 21).



EL PADRE NUESTRO

La oración que Cristo nos enseñó I Parte



† Mons. José Rafael Palma
Obispo Auxiliar de Xalapa

1. LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN

“En ningún momento –especialmente en una época tan crítica como la nuestra– la Iglesia puede olvidar que la oración es un grito a la misericordia de Dios, ante las múltiples formas de mal que pesan sobre la humanidad y la amenazan”¹.

1) “Señor, enséñanos a orar...” (Lc 11,1-4)

La actitud discipular –del que anhela orar y servir, como Cristo nos enseñó– es descrita en algunos textos evangélicos, como, por ejemplo, en Lc 10,38-42. El evangelio alude a María, la hermana de Lázaro, la cual, a diferencia de Martha, *se sentó a los pies del Señor para escuchar su palabra*. Esta actitud profunda de escucha y disponibilidad ante la palabra de Cristo es elogiada y recomendada por el mismo Jesús: *María escogió la mejor parte, que no le será quitada*. Cuando alguien se aparta de la oración, no se trata tanto de gente muy ocupada o con poca fuerza de voluntad, sino de quien no tiene una buena motivación para “escoger la mejor parte”. Es peor la ‘indiferencia religiosa’ que el activismo.

Aunque desde pequeño hayas aprendido varios modelos de oración, te hayas acostumbrado a proclamar salmos e himnos oportunamente durante el día, practicado ciertas devociones con frecuencia, siempre tendrás la oportunidad de aprender a orar con Jesús y como él. Por eso nos conviene repetir la súplica de los apóstoles: “Señor, enséñame a

orar...”, para que tus labios coincidan con tu corazón (cf Is 29,13; Mc 7,6-7), para que tus pensamientos y palabras sean coherentes con tus actos (cf St 2,14-16).

Todo oficio o buena costumbre que se aprende bien requiere tiempo, paciencia, repetición, gusto y, sobre todo, perseverancia. Debo aprender a saborear los momentos de oración, sin prisas, sin distracciones y sin excusas para estar ocupado en otros quehaceres.

Aprender a orar es dirigirte confiadamente a Dios, escucharlo, decirle lo que piensas y lo que sientes, dejar que él te guíe y te corrija. La oración es un precioso e incomparable encuentro con Dios, es el alimento espiritual más importante (cf Mt 4,4). Ordinariamente, sueles aprender muchas cosas de otras personas, a través de libros, películas, noticias, experiencias, charlas, etcétera. Sin embargo, conviene que te preguntes: ¿Estás dispuesto a aprender a orar del mismo Cristo?

María santísima, maestra en la oración, llena de sencillez, humildad y confianza en Dios, te invita a orar siempre y con fervor. En la anunciación, recibe al ángel de Dios en actitud de oración (cf Lc 1,26-38). En la visita a su prima Isabel, entona el cántico del *Magnificat*, que demuestra su familiaridad con la oración (cf Lc 1,46-54). El libro de los Hechos (1,14) presenta a María unida en la oración con los apóstoles, como sigue acompañando a la Iglesia de todos los tiempos.

¹JUAN PABLO II, *Encíclica Dives in misericordia*, 30 noviembre 1980, 15.



2) Exhortaciones para orar y dar testimonio

Al orar, no se trata únicamente de llenar la mente con nuevas ideas, sino de abrir un camino para la intimidad personal con el Señor. Tampoco se trata tanto de escudriñar el sentido de los textos bíblicos, sino de gustar de ellos interiormente. San Ignacio de Loyola lo expresa muy bien cuando dice: *No el mucho entender harta y satisface el espíritu, sino el sentir y gustar de las cosas internamente* (Ejercicios Espirituales, 2).

“Cuando ves esos ojos livianos y ese corazón deshonesto y tan endurecido, y que no puedes tener un rato de recogimiento, ni rezar una devoción, ni hacer una buena obra, ¿no te lamentas? Querría, Señor, servirte, y me siento tan pesado que no puedo tener ni aún un buen pensamiento. Querría, Señor, volar hacia ti y veo mis pies en grilletes. Me turba la pereza; me estorba el mal que me rodea, y me es contraria mi propia carne. En todo hallo estorbo. ¿Por qué me hiciste contrario a ti? Somos hechos contrarios a nosotros mismos y aún contrarios a Dios; por eso volvamos a él, pidámosle misericordia, supliquémosle que nos quite esta pesadumbre y nos dé un corazón semejante al suyo, porque ni santo ni santa de su cosecha hubo que no fuese hecho al revés de Dios; y por eso fueron vueltos conformes a Dios, porque trabajaron y con lágrimas se lo pidieron; y así, si alguno siente en su corazón alguna poquita devoción, algún buen deseo, alguna buena obra, don de Dios es; agradézcalo y diga en adelante: Señor, no se haga lo que yo quiera; sígase tu voluntad y no la mía” (san Juan de Ávila).

“No hemos salido de una preocupación cuando ya nos hemos metido en otra; o nos engañamos diciéndonos: ahora, apenas termine este asunto, quiero enmendar mi vida. Y así, de “ahora” en “ahora”, nunca acabamos de salir de los embaucamientos del mal, hasta que llega la hora de la muerte y descubrimos la falsedad de lo que el mundo prometía. Por tanto, ya que el Señor nos juzgará según nos hallare, bueno será enmendarnos a tiempo y no hacer como los que dicen una y otra vez: ‘mañana’, ‘mañana’ y nunca empiezan” (san Juan de Dios).

“Es verdad que, para hacernos santos, necesitamos todas las virtudes, la mortificación, la humildad, la obediencia y, sobre todo, la santa caridad, y que para practicar estas virtudes necesitamos otras ayudas, además de las súplicas, como la meditación, la comunión, los santos propósitos; pero si no suplicamos, no seremos mortificados, ni humildes, ni obedientes, ni amaremos a Dios, ni venceremos la tentación, ni haremos nada bueno a pesar de todas las meditaciones, de todas las comuniones y de todos los propósitos. Por algo decía san Pablo, después de haber enumerado las virtudes necesarias al cristiano, nos exhorta: Sean constantes en la oración” (san Alfonso María de Ligorio).

“El que no ora no comprende fácilmente el espíritu de la oración. Tampoco puede darse cuenta de la felicidad que la oración ofrece al alma, de la fuerza que la oración comunica en la vida de cada día. La oración es un medio desconocido y, sin embargo, el más eficaz para restablecer la paz en las almas y darles la felicidad, porque sirve para acercarlas al amor de Dios. La oración hace renacer el mundo. La oración es la condición indispensable de la regeneración y la vida toda del alma” (san Maximiliano María Kolbe).

La oración, junto con el acompañamiento espiritual, es el medio más adecuado para la conversión y la santidad. La conversión debe ser una actitud permanente. La santidad sólo es posible con la oración, con el ejercicio constante de ponerse en la presencia de Dios y esforzarse de canalizar al servicio de los demás los dones recibidos.

Para recorrer el camino espiritual, debes optar por una unión más profunda con Dios por medio de

la oración y el compromiso de ser su testigo para siempre y en todas partes.

3) Algunas aplicaciones

Cada ser humano que hace oración representa la voz de Cristo que ora en su Iglesia y en la humanidad². La oración contemplativa es la meta máxima de toda oración cristiana. La oración contemplativa –la cual puede usar palabras, aunque no las necesita– por su misma naturaleza, es y tiende a ser cada vez más eclesial³, es decir, se comparte también con la comunidad. La oración personal y profunda es siempre camino fraterno hacia Dios con toda la humanidad.

Toda oración comunitaria requiere una actitud personal de anhelar sinceramente el encuentro con Dios. La oración comunitaria es un signo eficaz y un estímulo de la comunión eclesial (cf Mt 18,20). La oración comunitaria por excelencia es la oración litúrgica, principalmente la celebración eucarística. En ella se prolonga la oración de Cristo conjuntamente con su palabra, su misterio pascual, su presencia salvífica. Tal celebración, si se celebra en la caridad, es la máxima expresión de la comunión eclesial⁴.

A través del año litúrgico, la comunidad eclesial se manifiesta como comunidad peregrina, por medio de una plegaria alentada por la esperanza. La oración se hace camino de fe, a través de todos los misterios del Señor, desde la encarnación y Navidad, hasta la resurrección y pentecostés. Un momento especial de la oración de la Iglesia es la llamada “liturgia de las horas”. La comunidad cristiana hace de la propia existencia histórica un eco viviente o prolongación de la oración de Jesús.

La oración del *Padre nuestro* es el manual necesario para una serena y sana convivencia social. Jesús es el maestro de oración para sus discípulos. A pesar de las diferencias entre las versiones de Mateo y de Lucas, ambas afirman que fue el maestro quien enseñó esta oración a los discípulos. En el evangelio de Mateo, la oración del *Padre nuestro* se inserta en el sermón de la montaña. Mateo muestra a Jesús enseñando una



nueva forma de orar: Es una oración humilde confiada y abierta a la voluntad del Padre. Oramos en el nombre de Jesús y con él aprendemos a llamar Padre a Dios, con la certeza de que somos escuchados⁵.

2. LA ORACIÓN COTIDIANA

1) Necesidad de la oración

Todos necesitamos de la oración para tomar con mayor conciencia la presencia y el amor de Dios. Necesitamos valorar cada momento de oración personal y comunitaria. Así lo valoramos en el ejemplo tan vivo y actual de María Santísima.

Cada vocación cristiana es una llamada directa y personal a ser discípulo, es decir, seguidor de Jesús maestro. En efecto, la llamada de Dios te ayuda a comprender mejor que tal seguimiento a Cristo te remite a revestirte de los sentimientos de Jesús (cf Fil 2,5) para amar como él amó.

En esta reflexión, se te invita a tomar las actitudes básicas del discípulo: ser oyente de la palabra, dejarte formar permanentemente y ubicarte a los pies del maestro, es decir, sentado, atento, escuchándolo, valorando su presencia, reconociendo su amor, recibiendo su gracia, dispuesto a seguirlo “a donde quiera que tú vayas” (cf Lc 9,57).

En el sermón de la montaña, Cristo señala: “*Cuando oren, no charlen mucho como los gentiles, que se*

²Juan ESQUERDA BIFET, *Caminar en el amor*, 112-115.

³Cf 2Cor 11,28: “Preocupación por todas las Iglesias”.

⁴Cf CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 10.

⁵Gilson Luiz MAIA, *El Padre nuestro, explicado frase por frase*, 11.24.33. 35.38. 40.



figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No sean como ellos, porque el Padre de ustedes sabe lo que necesitan antes de pedirselo” (Mt 6,7-8). En efecto, Dios siempre escucha tu oración, aunque a veces la realices con prisa, cansancio o distracción. Dios siempre te escucha; por eso no es necesario hablar demasiado. Lo que tienes que aprender es a escuchar a Dios, a no tener miedo al silencio, es decir, al encuentro más profundo con el amor.

El que ora propicia en su interior una conversión diaria de su vida. Como decía san Ignacio de Loyola: “*Delante de Dios, en la oración, siempre hay algo que tomar y algo que dejar*”. Lo más importante es que te presentes disponible ante Dios para discernir su voluntad y ponerla en práctica. Al que ora, Dios lo va llenando de su gracia, de su amor y de su paz.

Hay que advertir que no se puede orar y permanecer en el pecado; porque o dejamos la oración porque nos absorbe el pecado, o dejamos el pecado, movidos por la oración. La oración es luz y fuente de salvación. En efecto, nadie puede acercarse a la luz y permanecer en la oscuridad; nadie puede estar manchado, cuando se sumerge en la fuente inagotable de santidad. El que ora se alegra de vivir y de poder servir.

El amor es la fuente de la oración. Recordemos el modelo de oración que ha dejado el santo cura de Ars: “*Te amo, Dios mío, y mi único deseo es amarte hasta el último suspiro de mi vida, y prefiero morir amándote a vivir sin amarte. Te amo, Señor, y la única*

gracia que pido es amarte eternamente. Dios mío, si mi lengua no puede decir en todos los momentos que te amo, quiero que mi corazón te lo repita cada vez que respiro”⁶. Para recorrer el camino espiritual, es necesaria, pues, una opción confiada y perseverante hacia una unión más profunda con Dios por medio de la oración y el compromiso de ser su testigo para siempre y en todas partes.

Siguiendo el ejemplo de la reina del cielo, la Iglesia ha reconocido que la forma más excelente de oración es la meditación de la palabra de Dios y, sobre todo, la oración eucarística. Cualquier forma de oración Dios la recibe –decía atinadamente san Agustín–, pero hay una garantía mayor al responder a Dios con la palabra que nos ha revelado.

3) Velen y oren

“*Velen y oren, para que no caigan en la tentación*” –dice Jesús en su agonía, la víspera de su pasión y muerte (Mt 26,41). Más que un reclamo a los apóstoles cansados y adormecidos, Jesús en el Huerto de los olivos señala dos actitudes básicas del que quiere conocerlo, amarlo y servirlo: Velar y orar.

Velar: El que vigila prudentemente trata de estar siempre preparado. Sin embargo, las parábolas de los jóvenes previsoras y necias (cf Mt 25,1-12), del siervo que tiene todo listo para la llegada de su amo (cf Mt 24,45-51), del ladrón que llega improvisadamente (Mt 24,43), etc., subrayan una actitud de esperanza. En el que vigila, su corazón y sus labios repiten: Ya viene el Señor, estaré atento a su llegada, aunque no sé cuándo será, tengo la seguridad de que vendrá. Estar ‘*con la túnica puesta y la lámpara encendida*’ significa confiar totalmente en Dios y preparar lo que me toca.

El que se ‘pone la túnica’ es porque ya lleva un traje o se deja ponerlo, es decir, ya se ha identificado con lo que es. Se trata de la vida de gracia y de fe. Un traje que transforma tu interior, tu vida entera. El que vigila día y noche necesita claridad. Por eso se menciona “la lámpara encendida” que, desde luego, hace alusión a la confianza total en Dios y también equivale a no dejarse confundir por ideas o doctrinas extrañas y a obrar siempre sincera y rectamente.

⁶ San Juan María VIANNEY, *Oratio, Le Puy* 1966, 45. Cf *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2658.



Orar: “Velen y oren para no caer en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es débil” (Mt 26,41). Orar para fortalecer el espíritu. Orar para no sucumbir ante las pruebas. En varias ocasiones, Cristo “*pasó la noche en oración*”. En efecto, Jesús vela y hace oración y te señala el camino más eficaz para depositar en Dios tus preocupaciones, penas, proyectos e intenciones, y para aprender a cumplir la voluntad del Padre hasta en los pequeños detalles.

No debes conformarte con decir “*la carne es débil*” – lo cual es un aspecto notable de la condición humana–, ya que no debe ser un pretexto para no estar vigilante y para dejar de orar. Por eso Jesús nos exhorta, con un primer enunciado: “*El espíritu está pronto*”, es decir, listo, prevenido y atento a la voluntad de Dios ante cualquier momento y circunstancia.

El apóstol Pablo afirma que entre los fieles hay buenos, malos y débiles⁷. El problema de los débiles es que, aunque no son malos, si se juntan con los malvados, los siguen a éstos en todo. Cada uno debe buscar su fuerza en la oración, en los buenos consejos y el fiel testimonio, pero nunca dejarse arrastrar por el mal. La oración –al invocar al Espíritu Santo– nos ayuda a discernir la voluntad de Dios para hacer el bien y seguir la luz de la verdad.

El ‘espíritu pronto’ de la Virgen María –como lo refleja el pasaje de la visitación (cf Lc 1,39-56)– lo demuestra no sólo en su piedad y fervor, y en una esperanza futura, sino también y sobre todo en su disponibilidad para servir: “*En aquel tiempo María se encaminó presurosa a un pueblo de las montañas de Judea...*” (Lc 1,39). Debes aprovechar más el espíritu pronto que Dios te concede para amar y servir sin condiciones ni pretextos, y no dejarte inducir por las debilidades de la carne. Vigilar y orar para que no te sorprenda prueba alguna. Recuerda mantener la actitud de vigilar en la gracia y en la fe, y buscar la fuerza que viene de Dios en la oración.

3. EL ESPÍRITU SANTO NOS INSPIRA EN LA ORACIÓN

1. La oración como fuente...

La oración no es propiamente una actividad más de



la jornada cotidiana, sino que es la fuente y el impulso más grande de todo lo que realizamos. No importa la hora, ni el lugar, ni la carga de trabajo, o si disfrutamos de un merecido descanso, la oración siempre propicia una unión más profunda con Dios. Podemos comprender mejor el valor de la oración y a lo que nos compromete gracias a la acción irresistible del Espíritu Santo, a quien todos los bautizados hemos recibido y cuya gracia actúa siempre en nosotros, aunque a veces no nos demos cuenta.

El influjo del Santo Espíritu en cada uno de nosotros es una acción verdaderamente divina, ya que es eficaz y nos va transformando desde dentro. Al comenzar el día, el Espíritu Santo nos enseña a dar gracias por todo lo que Dios nos da y nos permite realizar; cuando tenemos que tomar decisiones, el Divino Espíritu nos ayuda a discernir la voluntad de Dios y a aplicarla con prontitud; nos invita a orar tanto en las alegrías como en las dificultades y nos conduce al amor, que él mismo ha encendido en nuestros corazones.

Nos recuerda el apóstol Pablo que: “*El Espíritu Santo viene siempre en ayuda de nuestra debilidad, ya que nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede continuamente por nosotros con gemidos inenarrables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu y que su intercesión a favor de los santos es según Dios*” (Rm 8,26-27). El apóstol de las naciones nos hace reconocer que ‘no sabemos pedir como conviene’, ya que con demasiada frecuencia pedimos solamente

⁷ Cf 1Cor 8,7-12; Rm 14,1-5.



cosas pasajeras y materiales, y dejamos a un lado lo más importante: la gracia de Dios y la capacidad de amar. Por ejemplo, solemos pedir dinero u otras cosas materiales que necesitamos; sin embargo, el Espíritu Santo nos enseña a bendecir a Dios por el trabajo que realizamos y suplicar a Dios que nos permita encontrar el sustento cotidiano. Comúnmente la gente pide a Dios que le quite los problemas que tiene que resolver, o las enfermedades que los hacen sufrir u otro tipo de dificultades, mientras que el Espíritu inspira el corazón de cada uno para pedir mayor fortaleza y que 'nuestra carga se vuelva más ligera' (cf Mt 11,30). Añade san Pablo que '*el Espíritu Santo intercede permanentemente por nosotros con gemidos inenarrables*', porque es parte de su enseñanza para que aprendamos a confiar más en Dios. Realmente no siempre sabemos hablar con Dios, y mucho más nos hace falta aprender a escucharlo (cf Mt 6,7). Aunque tengamos mucha experiencia y práctica, nunca dejamos de aprender a orar. Cada día es una nueva oportunidad que nos ofrece el Espíritu Santo para valorar nuestro encuentro con Dios y para alimentar la confianza total en él.

En cualquier lugar del mundo donde se hace oración, allí está el Espíritu Santo como sopro vital de la oración⁸. En el corazón del ser humano, en la inmensa gama de las más diversas situaciones y condiciones, tanto favorables como desfavorables, se da la acción del Espíritu Santo, quien alienta la oración aun en medio de persecuciones y prohibiciones. La oración por obra del Espíritu Santo llega a ser una expresión cada vez más madura de cada creatura humana, ya que, por medio de ella, cada uno participa más intensamente de la vida divina.

Es tan importante la inspiración del Santo Espíritu a favor de cada discípulo de Cristo que –de acuerdo a la expresión del apóstol Pablo–: "*Nadie puede decir ¡Jesús es el Señor!, sino es con la acción del Espíritu Santo*" (1Cor 12,13). Con esta acentuada expresión nos indica el apóstol la capacidad que nos da el Espíritu Santo, que nos renueva permanentemente y nos impulsa para orar y servir con amor.

La Iglesia nos invita a repetir una y otra vez: "Ven, Espíritu Santo" y, aunque ya tenemos dentro

de nosotros al "Amable huésped del alma", en latín *Dulcis hospes animae* (cf Secuencia de pentecostés), en realidad la Iglesia, como madre y maestra, nos hace tomar mayor conciencia de que el Divino Espíritu está siempre con nosotros, dentro de nosotros, a favor de nosotros. Invoquemos, pues, confiada y cotidianamente al Santo Espíritu, dejemos que su luz nos guíe por el camino que Cristo nos ha enseñado, hagamos caso a sus inspiraciones y aprendamos a orar en todo momento.

El Espíritu Divino nos inspira en la oración y nos conduce a una vida coherente en las buenas obras. Movida por la luz del Espíritu Santo, santa *Teresa de Calcuta* señala que: "*No hay diferencia entre oración y amor. No podemos decir que oramos, pero que no amamos o que amamos sin necesidad de orar, porque no hay oración sin amor y no hay amor sin oración*".

La Virgen María, ejemplo de una total confianza en Dios, comprendió y conservó en su corazón inmaculado lo que significa llenarse del fuego del Espíritu para ser siempre joven, fuerte e incansable; para mantener encendida la fe y el amor en su corazón; ésta es la clave para orar sin cesar y servir a Dios en el prójimo. "Espíritu Santo, ven, te necesitamos".

2) La oración, máxima expresión de la esperanza

La oración es el acto más pleno y profundo de esperanza. Cuando no podemos hacer nada más, surge la esperanza. El Papa Benedicto XVI señaló



⁸ Cf Folleto EVC, *El Espíritu Santo, ¿quién es?*, México 2006, 451.



que: “Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme –cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, él puede ayudarme” (*Spes salvi*, 32).

“Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás” (*Spes salvi*, 33). “En la oración nos hacemos capaces de la grande esperanza y nos convertimos en embajadores (o ministros) de la esperanza para los demás: La esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás” (*Spes salvi*, 34). “En la oración, encontramos fuerza para saber pedir ayuda, escucharnos y apoyarnos, dedicarnos tiempo unos a otros, corregirnos con comprensión, sobrellevarnos en nuestras limitaciones y amarnos como hermanos” (*Spes salvi*, 43). Cuando nos encontramos en situaciones muy difíciles, y por más esfuerzo que hacemos no da resultado lo que nos proponemos, hay que orar más. Así se vive auténticamente la esperanza.

Para celebrar el Jubileo del año 2025, el Papa



Francisco declaró este año 2024 AÑO DE LA ORACIÓN, para disponernos mejor a la apertura de la puerta santa: “*Les pido intensificar la oración para prepararnos a vivir bien un acontecimiento de gracia y a experimentar la fuerza de la esperanza. Se trata de un año dedicado a redescubrir el grande valor y la absoluta necesidad de la oración en la vida personal, de la Iglesia y del mundo*”⁹.

El Papa Francisco motiva a orar con perseverancia, subrayando cómo la oración constante transforma tanto a la persona como a la comunidad que lo rodea. La oración siempre significa un diálogo continuo con el Creador, descubriendo la alegría del silencio, la paz del abandono y la fuerza de la intercesión de la comunión de los santos.

La oración es un diálogo, no basta hablar mucho, sino sobre todo escuchar lo que Dios nos enseña. La oración es el puente entre el cielo y la tierra, un lugar donde el corazón del ser humano y el corazón de Dios se encuentran¹⁰.

El Papa Francisco pone en evidencia que sólo con la oración humilde se puede obtener, de hecho, la misericordia. “*La oración no es una varita mágica... que te da como en un comercio el producto solicitado; en la oración Dios es quien nos debe convertir, no somos nosotros quienes debemos convertir a Dios; debemos ofrecer a Dios incluso ¡nuestra miseria! Sólo así podremos experimentar la compasión de Dios, quien como un Padre misericordioso viene al encuentro de sus hijos*”¹¹.

Retomando la expresión de san Pío de Pietrelcina, el Papa Francisco nos exhorta a hacer de nuestra oración como la lleve capaz de abrir el corazón de Dios. ¡La oración es la fuerza más grande de la Iglesia!¹².

4. LA ORACIÓN LITÚRGICA

El día de pentecostés, el Espíritu de la promesa se derramó en plenitud sobre los discípulos, ‘reunidos en un mismo lugar’ (Hech 2,1), que lo esperaban ‘perseverando en la oración con un mismo espíritu’

⁹ Papa FRANCISCO, *Ángelus*, 21 de enero de 2024.

¹⁰ DICASTERIO para la EVANGELIZACIÓN, *Enséñanos a orar*, 8-11.

¹¹ Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 26 de mayo de 2021.

¹² Papa FRANCISCO, *Discurso jubileo de los grupos de oración del padre Pío*, 6 febrero 2016.



(Hech 1,14). El Espíritu que enseña a la Iglesia y le recuerda todo lo que Jesús dijo (cf Jn 14,26), será también quien la formará en la vida de oración (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2623).

En la primera comunidad de Jerusalén, los creyentes ‘acudían asiduamente a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones’ (Hech 2,42). Esta secuencia de actos es típica de la oración de la Iglesia; fundada sobre la fe apostólica y autenticada por la caridad, se alimenta con la Eucaristía (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2624).

Estas oraciones son en primer lugar las que los fieles escuchan y leen en las Escrituras, pero las actualizan, especialmente las de los salmos, a partir de su cumplimiento en Cristo (cf Lc 24,27-44). El Espíritu Santo, que recuerda así a Cristo ante su Iglesia orante, conduce a ésta también hacia la verdad plena, y suscita nuevas formulaciones que expresarán el insondable misterio de Cristo que actúa en la vida, los sacramentos y la misión de su Iglesia. Estas formulaciones se desarrollan en las grandes tradiciones litúrgicas y espirituales. Las formas de la oración, tal como las revelan las Escrituras apostólicas canónicas, siguen siendo normativas para la oración cristiana (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2625).

A) La bendición y la adoración

La bendición expresa el movimiento de fondo de la oración cristiana: Es encuentro de Dios con el ser humano; en ella, el don de Dios y la acogida del individuo humano se convocan y se unen. La oración de bendición es la respuesta de la creatura humana a los dones de Dios: Porque Dios bendice, el corazón de cada persona puede bendecir a su vez a aquél que es la fuente de toda bendición (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2626).

Dos formas fundamentales expresan este movimiento: O bien sube llevada por el Espíritu Santo, por medio de Cristo hacia el Padre (nosotros le bendecimos por habernos bendecido¹³); o bien implora la gracia del Espíritu Santo que, por medio de Cristo, desciende del Padre (es él quien nos bendice¹⁴) (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2627).

La adoración es la primera actitud del ser humano que se reconoce creatura ante su creador. Exalta la grandeza del Señor que nos ha hecho (cf Sal 95,1-6) y la omnipotencia del salvador que nos libera del mal. Es la acción de humillar el espíritu ante el ‘rey de la gloria’ (Sal 14,9-10) y el silencio respetuoso en presencia de Dios ‘siempre mayor’ (san Agustín, Salmo 62,16). La adoración de Dios tres veces santo y soberanamente amable nos llena de humildad y da seguridad a nuestras súplicas (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2628).

B) La oración de petición

El vocabulario neotestamentario sobre la oración de súplica está lleno de matices: Pedir, reclamar, llamar con insistencia, invocar, clamar, gritar, e incluso ‘luchar en la oración’ (cf Rm 15,30; Col 4,12). Pero su forma más habitual, por ser la más espontánea, es la petición: Mediante la oración de petición mostramos la conciencia de nuestra relación con Dios: Por ser creaturas, no somos ni nuestro propio origen, ni dueños de nuestras adversidades, ni nuestro fin último; pero también, por ser pecadores, sabemos, como cristianos, que nos apartamos de nuestro Padre. La petición ya es un retorno hacia él (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2629).

¹³ Cf Ef 1,3-14; 2Cor 1,3-7; 1Pe 1,3-9.

¹⁴ Cf 2Cor 13,13; Rm 15,5-6. 13; Ef 6,23-24.

El nuevo testamento no contiene apenas oraciones de lamentación, frecuentes en el antiguo testamento. En adelante, en Cristo resucitado, la oración de la Iglesia es sostenida por la esperanza, aunque todavía estemos en la espera y tengamos que convertirnos cada día. La petición cristiana brota de otras profundidades, de lo que san Pablo llama el gemido: El de la creación 'que sufre dolores de parto' (Rm 8,22), el nuestro también en la espera 'del rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es objeto de esperanza' (Rm 8,23-24), y, por último, los 'gemidos inefables' del propio Espíritu Santo que 'viene en ayuda de nuestra flaqueza, ya que nosotros no sabemos pedir como conviene' (Rm 8,26) (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2630).

La petición de perdón es el primer movimiento de la oración de petición (cf el publicano: "Ten compasión de mí que soy pecador", Lc 18,13). Es el comienzo de una oración justa y pura. La humildad confiada nos devuelve a la luz de la comunión con el Padre y su Hijo Jesús, y de los unos con los otros (cf 1Jn 1,7; 2,2): entonces "cuanto pidamos, lo recibimos de él" (1Jn 3,22). Tanto la celebración de la eucaristía como la oración personal comienzan con la petición de perdón (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2631).

La petición cristiana está centrada en el deseo y en la búsqueda del reino que viene, conforme a las enseñanzas de Jesús (cf Mt 6,10-33; Lc 11,2-13). Hay una jerarquía en las peticiones: Primero el reino, a continuación, lo que es necesario para acogerlo y para cooperar a su venida. Esta cooperación con la misión de Cristo y del Espíritu Santo, que es ahora la de la Iglesia, es objeto de la oración de la comunidad apostólica (cf Hech 6,6; 13,3). Es la oración de Pablo, el apóstol por excelencia, que nos revela cómo la solicitud divina por todas las Iglesias debe animar la oración cristiana¹⁵. Al orar, todo bautizado trabaja en la venida del reino (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2632).



Cuando se participa así en el amor salvador de Dios, se comprende que toda necesidad pueda convertirse en objeto de petición. Cristo, que ha asumido todo para rescatar todo, es glorificado por las peticiones que ofrecemos al Padre en su nombre (cf Jn 14, 13). Con esta seguridad, Santiago (cf St 1, 5-8) y Pablo nos exhortan a orar en toda ocasión¹⁶ (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2633).

C) La oración de intercesión

La intercesión es una oración de petición que nos conforma muy de cerca con la oración de Jesús. Él es el único intercesor ante el Padre en favor de todos los seres humanos, de los pecadores en particular¹⁷. Es capaz de "salvar perfectamente a los que por él llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor" (Hb 7, 25). El propio Espíritu Santo "intercede por nosotros... y su intercesión a favor de los santos es según Dios" (Rm 8,26-27; CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2634).

Interceder, pedir en favor del otro, es desde Abraham, lo propio de un corazón conforme a la misericordia de Dios. En el tiempo de la Iglesia, la intercesión cristiana participa de la de Cristo: es la expresión de la comunión de los santos. En la intercesión, el que ora busca 'no su propio interés, sino el de los demás' (Flp 2,4), hasta rogar por los que le hacen mal (recuérdese

¹⁵ CCf Rm 10,1; Ef 1,16-23; Flp 1,9-11; Col 1,3-6; 4,3-12.

¹⁶ Cf Ef 5,20; Flp 4,6-7; Col 3,16-17; 1Ts 5,17-18.

¹⁷ Cf Rm 8,34; 1 Jn 2,1; 1Tim 2,5-8.

¹⁸ Cf Hech 7,60; Lc 23, 28-34.

¹⁹ Cf Hch 12,5; 20,36; 21,5; 2Cor 9,14.



a Esteban rogando por sus verdugos, como Jesús¹⁸) (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2635).

Las primeras comunidades cristianas vivieron intensamente esta forma de participación¹⁹. El apóstol Pablo les hace participar así en su ministerio del evangelio²⁰; él intercede también por ellas²¹. La intercesión de los cristianos no conoce fronteras: “Por todos los seres humanos, por todos los constituidos en autoridad” (1Tim 2,1), por los perseguidores (cf Rm 12,14), por la salvación de los que rechazan el evangelio (cf Rm 10,1) (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2636).

D) La oración de acción de gracias

La acción de gracias caracteriza la oración de la Iglesia que, al celebrar la Eucaristía, manifiesta y se convierte más en lo que ella es. En efecto, en la obra de salvación, Cristo libera a la creación del pecado y de la muerte para consagrarla de nuevo y devolverla al Padre, para su gloria. La acción de gracias de los miembros del Cuerpo participa de la de su cabeza (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2637).

Al igual que en la oración de petición, todo acontecimiento y toda necesidad pueden convertirse en ofrenda de acción de gracias. Las cartas de san Pablo comienzan y terminan frecuentemente con una acción de gracias, y el Señor Jesús siempre está presente en ella. “En todo den gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de ustedes” (1Tes 5,18). “Sean perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias” (Col 4,2) (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2638).

E) La oración de alabanza

La alabanza es la forma de orar que reconoce de la manera más directa que Dios es Dios. Le canta por él mismo, le da gloria no por lo que hace sino por lo que él es. Participa en la bienaventuranza de los corazones puros que le aman en la fe antes de verle en la gloria. Mediante ella, el Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios (cf Rm 8,16), da testimonio del Hijo único

en quien somos adoptados y por quien glorificamos al Padre. La alabanza integra las otras formas de oración y las lleva hacia aquél que es su fuente y su término: “Un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y por el cual somos nosotros” (1Cor 8,6) (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2639).

San Lucas menciona con frecuencia en su evangelio la admiración y la alabanza ante las maravillas de Cristo, y las subraya también respecto a las acciones del Espíritu Santo que son los hechos de los apóstoles: La comunidad de Jerusalén (cf Hech 2,47), el tullido curado por Pedro y Juan (cf Hch 3, 9), la muchedumbre que glorificaba a Dios por ello (cf Hech 4,21), y los gentiles de Pisidia que “se alegraron y se pusieron a glorificar la palabra del Señor” (Hch 13,48) (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2640).

“Reciten entre ustedes salmos, himnos y cánticos inspirados; canten y salmodien en su corazón al Señor” (Ef 5,19; Col 3,16). Como los autores inspirados del nuevo testamento, las primeras comunidades cristianas releen el libro de los salmos cantando en él el misterio de Cristo. En la novedad del Espíritu, componen también himnos y cánticos a partir del acontecimiento inaudito que Dios ha realizado en su Hijo: Su encarnación, su muerte vencedora de la muerte, su resurrección y su ascensión a su derecha²². De esta ‘maravilla’ de toda la economía de la salvación brota la doxología, la alabanza a Dios²³.



²⁰ Cf Ef 6,18-20; Col 4,3-4; 1Tes 5,25.

²¹ Cf 2Tes 1,11; Col 1,3; Flp 1,3-4.

²² Cf Flp 2,6-11; Col 1,15-20; Ef 5,14; 1Tim 3,16; 6,15-16; 2Tim 2,11-13)

²³ Cf Ef 1,3-14; Rm 16,25-27; Ef 3,20-21; Judas 24-25.



La revelación 'de lo que ha de suceder pronto', el Apocalipsis, está sostenida por los cánticos de la liturgia celestial²⁴ y también por la intercesión de los 'testigos' (mártires: Ap 6, 10). Los profetas y los santos, todos los que fueron degollados en la tierra por dar testimonio de Jesús (cf Ap 18, 24), la muchedumbre inmensa de los que venidos de la grande tribulación nos han precedido en el reino, cantan la alabanza de gloria de aquel que se sienta en el trono y del cordero (cf Ap 19,1-8). En comunión con ellos, la Iglesia terrestre canta también estos cánticos, en la fe y la prueba. La fe, en la petición y la intercesión, espera contra toda esperanza y da gracias al "Padre de las luces de quien desciende todo don excelente" (St 1,17). La fe es así una pura alabanza (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2642).

La Eucaristía contiene y expresa todas las formas de oración: Es la 'ofrenda pura' de todo el Cuerpo de Cristo "a la gloria de su nombre" (cf Mal 1,11); es según las tradiciones de oriente y de occidente, 'el sacrificio de alabanza' (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2643).

5. LA ORACIÓN 'DOMINICAL'

1) Jesús nos enseña a orar

Con su ejemplo y su doctrina, Jesús nos enseña el valor de la oración cotidiana y constante. Y valoramos mucho que nos haya dejado el *Padre nuestro* como modelo de toda oración.



"Estando Jesús en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: *'Maestro, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos'* (Lc 11,1). En respuesta a esta petición, el Señor confía a sus discípulos y a su Iglesia la oración cristiana fundamental. Lucas da de ella un texto breve (con cinco peticiones: cf Lc 11,2-4), Mateo una versión más desarrollada (con siete peticiones: Cf Mt 6,9-13). La tradición litúrgica de la Iglesia ha conservado el texto de Mateo:

*Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
enga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas, como también
nosotros perdonamos a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal* (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2759).

Cuando el Señor hubo legado esta fórmula de oración, añadió: *'Pidan ustedes y se les dará'* (Lc 11,9) (CATECISMO, 2761). Después de haber expuesto cómo los salmos son el alimento principal de la oración cristiana y confluyen en las peticiones del *Padre nuestro*, san Agustín concluye: Recorran ustedes todas las oraciones que hay en las Escrituras, y no creo que puedan encontrar algo que no esté incluido en la oración dominical²⁵ (CATECISMO, 2762).

Toda la Escritura (la ley, los profetas y los salmos) se cumplen en Cristo (cf Lc 24,44). El evangelio es esta 'buena nueva'. Su primer anuncio está resumido por Mateo en el sermón de la montaña (cf Mt 5-7). Pues bien, la oración del *Padre nuestro* está en el centro de este anuncio. En este contexto se aclara cada una de las peticiones de la oración que nos dio el Señor:

La oración dominical es la más perfecta de las oraciones... En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo. De modo que esta oración no sólo nos enseña a pedir, sino que también forma toda nuestra afectividad²⁶ (CATECISMO, 2763).

²⁴Cf Ap 4,8-11; 5,9-14; 7,10-12.

²⁵San AGUSTÍN, ep. 130, 12, 22.

²⁶Santo Tomás de AQUINO, *Suma teológica*, 2-2. 83, 9.



2) “La oración del Señor”

La expresión tradicional ‘oración dominical’ [es decir, ‘oración del Señor’] significa que la oración al Padre nos la enseñó y nos la dio el Señor Jesús. Esta oración que nos viene de Jesús es verdaderamente única: Ella es ‘del Señor’. Por una parte, en efecto, por las palabras de esta oración el Hijo único nos da las palabras que el Padre le ha dado (cf Jn 17,7): Él es el maestro de nuestra oración. Por otra parte, como Verbo encarnado, conoce en su corazón de hombre las necesidades de sus hermanos y hermanas, los seres humanos, y nos las revela: Es el modelo de nuestra oración (CATECISMO, 2765).

Pero Jesús no nos deja una fórmula para repetirla de modo mecánico (cf Mt 6,7; 1Re 18,26-29). Como en toda oración vocal, el Espíritu Santo, a través de la palabra de Dios, enseña a los hijos de Dios a hablar con su Padre. Jesús no sólo nos enseña las palabras de la oración filial, sino que nos da también el Espíritu por el que éstas se hacen en nosotros ‘espíritu y vida’ (Jn 6,63). Más todavía: La prueba y la posibilidad de nuestra oración filial es que el Padre “ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ‘¡Abbá, Padre!’” (Ga 4, 6). Ya que nuestra oración interpreta nuestros deseos ante Dios, es también ‘el que escruta los corazones’, el Padre, quien “conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión en favor de los santos es según Dios” (Rm 8,27). La oración al Padre se inserta en la misión misteriosa del Hijo y del Espíritu (CATECISMO, 2766).

3) La oración de la Iglesia

Según la Tradición apostólica, la oración del Señor está arraigada esencialmente en la oración litúrgica. El Señor nos enseña a orar en común por todos nuestros hermanos. Porque él no dice ‘Padre mío’ que estás en el cielo, sino ‘Padre nuestro’, a fin de que nuestra oración sea de una sola alma para todo el cuerpo de la Iglesia²⁷. En todas las tradiciones litúrgicas, la oración del Señor es parte integrante de las principales horas del oficio divino. Este carácter eclesial aparece con evidencia sobre todo en los tres sacramentos de la iniciación cristiana (CATECISMO, 2768):

En el bautismo y la confirmación, la entrega [*traditio*] de la oración del Señor significa el nuevo nacimiento a la vida divina. Como la oración cristiana es hablar con Dios con la misma palabra de Dios, “*los que son engendrados de nuevo por la palabra del Dios vivo*” (1Pe 1,23) aprenden a invocar a su Padre con la única palabra que él escucha siempre. Y pueden hacerlo de ahora en adelante porque el sello de la unción del Espíritu Santo ha sido grabado indeleble en sus corazones, sus oídos, sus labios, en todo su ser filial. Por eso, la mayor parte de los comentarios patrísticos del *Padre nuestro* están dirigidos a los catecúmenos y a los neófitos. Cuando la Iglesia reza la oración del Señor, es siempre el pueblo de los ‘neófitos’ el que ora y obtiene misericordia (CATECISMO, 2769).

En la liturgia eucarística, la oración del Señor aparece como la oración de toda la Iglesia. Allí se revela su sentido pleno y su eficacia. Situada entre la anáfora (oración eucarística) y la liturgia de la comunión, recapitula por una parte todas las peticiones e intercesiones expresadas en el movimiento de la epiclesis, y, por otra parte, llama a la puerta del festín del reino que la comunión sacramental va a anticipar (CATECISMO, 2770).

En la Eucaristía, la oración del Señor manifiesta también el carácter escatológico de sus peticiones. Es la oración propia de los ‘últimos tiempos’, tiempos de salvación que han comenzado con la efusión del Espíritu Santo y que terminarán con la vuelta del Señor. Las peticiones al Padre, a diferencia de las oraciones de la antigua alianza, se apoyan en el misterio de

²⁷ San Juan CRISÓSTOMO, *hom. in Mt.* 19, 4.



salvación ya realizado, de una vez por todas, en Cristo crucificado y resucitado (CATECISMO, 2771).

De esta fe inquebrantable brota la esperanza que suscita cada una de las **siete peticiones**. Estas expresan los gemidos del tiempo presente, este tiempo de paciencia y de espera durante el cual “aún no se ha manifestado lo que seremos” (1Jn 3,2). La Eucaristía y el *Padre nuestro* están orientados hacia la venida del Señor, “¡hasta que venga!” (1Cor 11,26) (CATECISMO, 2772).

La oración del *Padre nuestro* es el manual necesario para una serena y sana convivencia social. Nadie puede ser excluido de la mesa fraterna. La reflexión de la oración nos educa para una vida solidaria²⁸.

²⁸ Gilson LUIZ MAIA, *El Padre nuestro*, explicado frase por frase, 11.

Reavivar la gracia de Dios recibida por la imposición de manos del Obispo. La espiritualidad del recomienzo para un inicio ilusionante del curso pastoral.



Mons. Fernando Chica Arellano
Observador Permanente de la Santa
Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA

Resumen: Estas reflexiones, que buscan robustecer la identificación de los pastores con Cristo en el ejercicio de su ministerio, recogen las palabras del autor en un retiro dirigido al Consejo de gobierno de la Diócesis de Jaén en la Casa de Espiritualidad de Ibro (4 de sep tiembre de 2023). En la actual coyuntura, colmada de retos, dificultades y esperanzas, es necesario que los sacerdotes experimenten que no son realizadores de eventos que tienen como eje un personaje de la historia pasada. Son amigos de Cristo vivo y presente entre nosotros. Si el tiempo y el cansancio desgastan el entusiasmo de la primera hora, para el sacerdote volver a escuchar la llamada del Señor y fortalecer el trato de amistad con Él es la forma de revitalizar su entrega, descubrir el sentido de los acontecimientos y acelerar su avance por la senda de la caridad pastoral.

Palabras clave: pastoral, evangelización, oración, espiritualidad sacerdotal, humildad.

1. La pedagogía del tiempo

He de comenzar diciendo que una reunión de pastores no es lo mismo que el encuentro de unos altos ejecutivos, ni el coloquio de válidos y sagaces estrategas. El pastor busca, ante todo, responder evangélicamente a los desafíos del presente sin perder la perspectiva de un trabajo a largo plazo. El trabajo pastoral no consiste en la simple organización de unas tareas ni en la confección de un calendario, aunque todo esto sea importante. Pastoral es todo aquello que

busca promover con suma fidelidad el seguimiento de las huellas de Cristo, el Buen Pastor, apacentando su grey con los mismos sentimientos que pueblan su divino Corazón. Es más una cuestión de ser que de hacer. A veces nuestras vidas están llenas de eventos, reuniones, actos, etc. Hablamos de *agenda*, un acto detrás de otro, lo cual nos puede conducir a un frenético activismo. Nos angustiamos por lo secundario y, en ocasiones, olvidamos lo primario. La pastoral consiste no en ser mejores gestores, sino discípulos más fieles de Cristo. Es desde la profunda amistad con el Maestro como pondremos firmes cimientos para ser pastores según su Corazón. «Nuestro reto no es ser más o menos tridentinos, más o menos modernos, nuestro reto es ser más discípulos y más ministros de Jesús. A partir de ahí, si de verdad estamos poseídos por el Espíritu de Jesús, encontraremos fácilmente la manera adecuada y actualizada de vivir y de actuar como ministros suyos en nuestra sociedad y con nuestra gente»¹.

Todo inicio de curso, en las parroquias, en los arciprestazgos, en la curia diocesana, se suele mover en una ambivalencia que puede paralizar o bien dinamizar el resto de los meses y condicionar la programación anual y el fruto pastoral de la misma. El ser humano vive en las coordenadas del tiempo y del espacio. Ambos nos condicionan y no podemos obviarlos en nuestros proyectos. Hay que mirar el tiempo en la cadencia oportuna. Dos peligros contrapuestos pueden asaltarnos al comenzar

¹F. SEBASTIÁN AGUILAR, *Seis vocaciones en la Iglesia* (Madrid 2023) 230.



un curso. Al respecto, conviene formular algunas consideraciones iluminadoras.

a) El cortoplacismo

Ante todo, deseo referirme *al cortoplacismo*, que está muy de moda y nos hace perder perspectiva: trabajar con respuestas inmediatas, más efectistas que eficaces. Esta tendencia nos hace superficiales y deja sin hondura ni seriedad nuestros planteamientos. Nos echa en manos de hacer lo de siempre, sin innovar. Nos conduce a ser esclavos de una monotonía en la que encontramos tanto el tedio como la seguridad. Nuestra vida, ciertamente, no puede ser una improvisación continua, pero tampoco un encorsetamiento totalmente programado. Hay tareas y situaciones que nos vienen sin pedir permiso (un entierro); otras en cambio las podemos elegir.

b) Posponer las intervenciones

El polo opuesto al cortoplacismo, al inmediatismo, es la *mirada excesivamente larga*, que posterga indefinidamente las iniciativas del pastor y puede ser una evasión de la realidad, de las dificultades del presente, y una justificación insensata de la falta de respuestas adecuadas a los desafíos que nos acosan. En palabras del gran Lope de Vega, esta manera de proceder acaba amparándose en el consabido verso: “Mañana le abriremos, respondía, para lo mismo responder mañana”. El continuo preterir o posponer las cosas o las decisiones no es un buen camino a la hora de apacentar una comunidad.

Cada tiempo tiene sus circunstancias y tenerlas en

cuenta ayuda a encontrar las respuestas adecuadas a los desafíos pastorales que se presentan. Medir bien los plazos (el corto, el medio y el largo) es una sabia pedagogía al servicio del fin primordial de cualquier pastoral y de su programación: evangelizar. Esto es cierto, pero esta tarea requiere evangelizadores *evangelizados*. Estas dos realidades (ser evangelizado/evangelizar) son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cfr. Hch 4,12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro. Es necesario que nosotros experimentemos que no somos realizadores de eventos que tienen como eje un personaje de la historia pasada. Somos amigos de Cristo vivo, presente en el hoy y el ahora de nuestras vidas. Como Juan el Bautista, somos amigos del Esposo, nuestra alegría es perfecta cuando escuchamos su voz, cuando dejamos que Él crezca y nosotros disminuimos (cfr. Jn 3,22-30). Nuestro ministerio se regenera y dilata cuando no olvidamos que Cristo es el Viviente que camina a nuestro lado (cfr. Ap 1,18), descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta, permeando nuestras existencias y permaneciendo en ellas, alimentándonos con el Pan de vida eterna.

2. Reavivar el don recibido

Ésta es la misma convicción que movía al Apóstol de los gentiles cuando, dirigiéndose al joven Timoteo, le escribe: «Reaviva el don de Dios que has recibido mediante la imposición de mis manos» (2 Tim 1,6). Esta expresión condensa el celo pastoral de Pablo y su deseo de que su colaborador no perdiera la ilusión en medio de un ambiente social colmado de escollos y persecuciones. El Apóstol, con esta exhortación, trata de alentar a Timoteo, quien, dada su joven edad, era fácilmente sensible ante las dificultades de todo tipo en las que se encontraban los cristianos de Éfeso. Para sobreponerse a las adversidades que lo circundaban, Pablo apela a la fe de Timoteo y le recuerda la gracia recibida al comienzo de su ministerio. En virtud de la fuerza recibida en el sacramento, el joven discípulo podrá *reavivar* (*atizar*: la imagen se toma del fuego que necesita ser alimentado continuamente, para no





extinguirse) sus energías evangelizadoras, aquella fuerza y vitalidad divinas que le fueron infundidas el día de su consagración. Esta carta pastoral refleja una situación vital parecida a la nuestra, no exenta de fatigas y contrariedades. En aquella primera hora de la Iglesia, como también en la hora presente, los difusores del Evangelio debían hacer frente a *momentos difíciles*, a trabas que impedían que la Palabra de Dios se extendiera briosamente. Son dificultades que también pueden anidar en nuestras actuales comunidades: egoísmo, amor al dinero, vanidad, vida disoluta, orgullo, religiosidad de la fachada, etc. (cfr. 2 Tim 3, 2-5)².

A través del encuentro personal con Cristo, enardecido por el recuerdo de la gracia recibida en el momento de la ordenación, podremos vigorizar el compromiso de la evangelización y el impulso a la solidaridad. El trato de amistad con Cristo despierta en nosotros el fuerte deseo de anunciar el Evangelio y testimoniarlo en la sociedad para que sea más justa y humana. Del amor a Cristo ha brotado a lo largo de los siglos un inmenso caudal de caridad, de participación en las dificultades de los demás, de amor y de justicia. ¡Sólo del encuentro con Cristo brotará la civilización del amor, que transformará nuestros pueblos y ciudades para que, además de ser una tierra de esperanza, seamos también una tierra del amor! Quizás esto

se nos haya olvidado. Al respecto, es fundamental recordar la advertencia del papa Francisco en el comienzo de la exhortación *Evangelii Gaudium*: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (n. 1).

3. Un eco reciente: La JMJ de Lisboa 2023

En la reciente *Jornada Mundial de la Juventud* (JMJ), en la que quizás muchos de vosotros habéis acompañado al Sr. Obispo y a los jóvenes de nuestra diócesis, el Santo Padre dirigió una bella alocución a los obispos, a los sacerdotes, a la vida consagrada y a los agentes de pastoral, en el monasterio de los Jerónimos, el 2 de agosto de 2023³. Sus palabras pueden servir de introducción y marco a esta reflexión con motivo del inicio del curso pastoral.

En su discurso, el Sumo Pontífice evoca la llamada de Jesús a los primeros discípulos, a orillas del mar de Galilea. Dice Francisco: «Quisiera detenerme en esta llamada, que pone de manifiesto lo que acabamos de escuchar en la Lectura breve de Vísperas: el Señor nos ha salvado, nos ha llamado no por nuestras obras, sino por su gracia (cf. 2 Tm 1,9). Esto sucedió en la vida de los primeros discípulos cuando Jesús, pasando, *vio dos barcas junto a la orilla del lago; los pescadores habían bajado y estaban lavando las redes* (Lc 5,2). Entonces Jesús subió a la barca de Simón y, después de haber hablado a la multitud, cambió la vida de aquellos pescadores invitándolos a remar mar adentro y a echar nuevamente las redes. Vemos inmediatamente un contraste: por una parte, los pescadores *bajan de la barca para lavar las redes*, es decir, para limpiarlas, conservarlas bien y volver a casa; por otra parte, *Jesús sube a la barca e invita a echar de nuevo las redes para la pesca*. Resaltan las diferencias: los discípulos *bajan*, Jesús *sube*; ellos quieren *guardar las redes*, Él quiere que *se echen nuevamente al mar para la pesca*... Jesús mira con ternura a Simón y a sus compañeros que, cansados

²Cfr. A. CRESPO HIDALGO, *Querido Timoteo. Cartas de ánimo a un cura y a su comunidad* (Madrid 2021).

³El texto pontificio se puede encontrar en: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2023/documents/20230802-portogallo-omelia.html>

y amargados, lavan sus redes, realizando un gesto repetitivo, automático, pero también lleno de fatiga y resignación: no quedaba más que volver a casa con las manos vacías»⁴.

A veces, en el ejercicio de nuestro apostolado, podemos experimentar un desaliento similar, la percepción de un cierto cansancio. Ya el papa Pío XII se refería a ello diciendo: «El peligro actual es el cansancio de los buenos»⁵. No es algo, por tanto, nuevo. Ayer como hoy, muchos pastores se cansan porque su entusiasmo sin medida no encuentra frecuentemente una respuesta. En efecto, vemos que hay sacerdotes buenos, abnegados, que se entregan totalmente no teniendo en cuenta sus límites y capacidades, lo que, unido a contextos arduos y complicados, puede llevar a la persona al colapso, a un bloqueo existencial, al agotamiento y al desánimo. Esto puede ser debido a causas diversas, pero no son pocos los que aluden a que una raíz común se halla, en parte, en que los muchos quehaceres pastorales no permiten al presbítero ocuparse de su interior, de aquella espiritualidad que ha de irrigar el curso de sus jornadas. Implicados hasta el extremo en la pastoral, les falta ese tiempo vivificador de coloquio con Cristo, Redentor, Amigo, Pastor, Hermano, Maestro, Luz y Guía. Les falta igualmente una palabra de reconocimiento, de escucha o de aliento. Se sienten solos, en una carrera de obstáculos, donde nadie les da la mano. Comienzan entonces los problemas de incomunicación. A los buenos, a menudo, les pasa esto y entran en un estado de desasosiego, en una somnolencia que los anquilosa, que les roba la pujanza en la entrega. Les entra una especie de sueño paralizante y desorientador. Es la somnolencia de los buenos. Acordaos: Pedro y los dos hijos del Zebedeo eran buenos, pero a la hora de la verdad no supieron estar con Cristo. Les entró sueño y lo dejaron



solo cuando más lo necesitaba, vencidos por la fatiga (cfr. Mt 26,36-46).

Hoy algunos especialistas, para definir este agotamiento, esta extenuación, hablan del *burnout*, también denominado *síndrome del quemado* o *síndrome de estar quemado* en el trabajo. Se manifiesta a través de un estado de agotamiento físico y mental que se prolonga en el tiempo y llega a alterar la personalidad y autoestima del trabajador⁶. Es un proceso en el que progresivamente el sacerdote sufre una pérdida del interés por sus tareas y va desarrollando una reacción psicológica negativa hacia las ocupaciones que le son propias. Los que sufren este deterioro hablan de un estado de postración física, emocional y mental que está vinculado con el estrés causado por el duro ritmo laboral y por un estilo de vida que desgasta y no satisface. Puede tener consecuencias muy graves, tanto en la esfera física como psicológica.

Sin ánimo de ser exhaustivo, la quemazón en el trabajo surge por una falta de realización en lo que haces. Tu trabajo no es fuente de paz sino de desaliento; el ambiente en el que se realiza tu quehacer no es

⁴ Francisco, *Homilía en las Vísperas con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, consagradas, seminaristas y agentes pastorales*. Monasterio de los Jerónimos. Lisboa, 2 de agosto de 2023.

⁵ Las palabras concretas del Papa fueron éstas: «Lasciate che il vostro Padre e Pastore vi metta in guardia da tale minaccia. Vorremmo che la voce delle campane di Pasqua vi recasse, insieme con la letizia, la pace, l'amore fraterno, anche questo grave monito: il pericolo di oggi è la stanchezza dei buoni! Scuotete ogni torpore; riprendete l'usata virtù»: Pío XII, *Messaggio Urbi et Orbi*. 5 aprile 1953. Esta referencia se puede consultar en: *Discorsi e Radiomessaggi di Sua Santità Pio XII*, Quindicesimo anno di Pontificato, 2 marzo 1953 - 1° marzo 1954, (Città del Vaticano 1954), vol. XV, pp. 39 – 40.

⁶ Sobre este argumento es muy interesante el libro: R. ALMADA, *El cansancio de los buenos* (Madrid 2013)



sereno, al contrario, te causa tensión, preocupación, dolor de cabeza. Te notas inquieto por tener una carga de trabajo excesiva. Sientes que estás coartado por un juicio continuo de los otros sobre lo que haces. Reclamas ayuda, pero nadie te la presta. Percibes que las relaciones con los que te rodean en el trabajo no son buenas. No hallas apoyo en tu entorno; tienes una sensación de no estar suficiente formado para desempeñar las tareas encomendadas, etc.⁷

4. El cansancio en el clero

El tema del desgaste entre los sacerdotes es ciertamente complejo⁸. Se necesitaría un estudio pormenorizado en cada caso. No quiero aparecer como especialista en *burnout*. Es un argumento intrincado y me sobrepasa. Por eso vuelvo a la terminología clásica y hablo del *cansancio* que el evangelizador puede experimentar en el ejercicio de su ministerio. Volviendo al citado discurso del Papa en Portugal, podríamos describirlo de esta forma: Un cansancio que brota cuando nos parece que entre las manos sólo tenemos redes vacías. Un cansancio que aparece cuando vemos la pujanza del secularismo, la indiferencia hacia Dios y un creciente distanciamiento de la práctica de la fe. Un cansancio que se acentúa por la desilusión o la rabia que algunos alimentan en relación a la Iglesia, en algunos casos por nuestro mal

testimonio y por los escándalos que han desfigurado su rostro, y que llaman a una purificación humilde, constante, partiendo del grito de dolor de las víctimas, que siempre han de ser acogidas y escuchadas⁹. Un cansancio que se incrementa por el desánimo que experimentamos cuando nos sentimos solos, incomprendidos, cargados de correos electrónicos o mensajes de *Whatsapp* que nos reclaman, que nos fijan nuevos compromisos, que nos critican, que llenan nuestro teléfono de propaganda o tópicos manidos, pero que no nos proporcionan el calor humano que necesitamos. Un cansancio que se agranda porque nuestros superiores o compañeros, agobiados a su



⁷ Desarrollando estas ideas, el Obispo de Ajaccio asevera: «Esta sociedad moderna, activa y frenética, del Occidente, que calificamos como desarrollado, conoce deficiencias fundamentales. El tener y el poseer no dan la felicidad. La carrera sin sentido por hacer ha provocado fisuras en el sistema social. La hiperactividad profesional ha alejado a las personas de una vida relacional y afectiva libre y plena, ha creado tensiones en las familias, ha llevado a unas relaciones profesionales agresivas y, sobre todo, ha desvelado que el hacer y el tener no dan sentido a la vida. Nada nuevo bajo el sol, como diría el Eclesiastés (cf. Ecl 1,9). Desde el fruto del Génesis donde Adán y Eva cedieron al deseo de tener y de poseer (cf. Gen 3,1-6), han entrado muchas tensiones en la vida relacional, espiritual y profesional. Algunos denuncian una deshumanización de la vida profesional en el siglo XXI. El hombre hace cosas, tiene bienes, pero en un determinado momento se cansa y se rompe. Esta lógica provoca una fragilización del hombre. La psicología del mundo del trabajo habla cada vez más de una desorganización de la vida profesional que causa rupturas internas en el hombre. Este navega a veces entre la presión y la depresión. A menudo oímos hablar de burn out (trabajador quemado) debido al exceso de trabajo. Pero en estos últimos tiempos también estamos oyendo hablar de bore out (el aburrimiento en el trabajo) y de brown out (el sinsentido del trabajo). La insistencia en el hacer para existir empieza a encontrar resistencias y a plantear preguntas. El hombre no se desarrolla de forma mecánica, sino orgánica. El hombre que no tiene una vida equilibrada puede hundirse física y psicológicamente. Se puede estropear. Y luego tiene que reconstruirse. Se enfrenta, en definitiva, a un grave vacío existencial. Como la hemorroísa del Evangelio, pierde sangre, pierde su vida (cfr. Mc 5,25-34). En la actualidad, el hombre moderno pierde el sentido de su vida. Algunos psicólogos y psiquiatras definen la depresión como la hemorragia del sentido»: F. BUSTILLO, *Vamos a la otra orilla. Hacia una vida religiosa renovada* (Madrid 2023) 18-19.

⁸ Cfr. H. LÓPEZ DE MÉZERVILLE, *Sacerdocio y burnout. El desgaste en la vida sacerdotal* (Madrid 2012).

⁹ Sobre este tema, véase: L. MELINA – T. ROWLAND (eds.), *La Iglesia en el banquillo. Un comentario a los "Apuntes" de Benedicto XVI* (Madrid 2021).



vez por sus propios trabajos, no tienen tiempo para escuchar nuestras cuitas, nuestras dolencias o el pesimismo que a menudo nos derrota. Un cansancio, en fin, que se agiganta porque nos falta el tiempo para resolver todo lo que tenemos que hacer y no nos permite la disposición para acudir a Jesús, que no se cansa de esperarnos y que continúa tendiéndonos la mano, sosteniendo a su amada Esposa¹⁰.

Cuando uno se va acostumbrando a una vida monótona, cuando caes en manos del aburrimiento o la desesperanza, la misión pastoral se transforma en una especie de *empleo*. Podemos caer en el riesgo de pensar como un *funcionario*. Entonces es el momento de dejar lugar a esa segunda llamada de Jesús, que nos llama de nuevo, que vuelve a pronunciar con amor nuestro nombre, que fija su mirada en la nuestra. Nos llama para hacernos caminar junto a Él, nos llama para rehacernos.

Cuando nos falten las fuerzas o el entusiasmo evangelizador, situación que hoy se detecta con cierta frecuencia en muchos de nosotros, es hora de ir con urgencia y sinceridad al Señor. Es hora de presentar a Cristo nuestras debilidades y nuestras lágrimas, para poder afrontar las situaciones pastorales y espirituales que nos son propias. Son situaciones que exigen un coloquio prolongado y humilde con el Buen Pastor y también un diálogo abierto y sereno entre nosotros, con apertura de corazón e intentando encontrar soluciones.



Cuando el cansancio arrecia, no es la hora del lamento estéril. No se trata de lanzarnos inectivas los unos a los otros buscando quién es el culpable de lo que nos pasa; no se trata de acusarnos recíprocamente, no se trata de victimizarnos. Se trata, más bien, de roturar nuevos caminos para ir detrás de que Aquel que un día nos llamó por nuestro nombre y nos pidió que prolongáramos su misión en esta tierra.

5. Volver a empezar

Recordemos el doble movimiento aludido al principio: mientras los apóstoles bajan de la barca para lavar los instrumentos utilizados, Jesús sube a la barca de tu vida y ministerio y te invita a echar nuevamente las redes (cfr. Mt 4,18-22; Lc 5,1-10).

En el momento del desánimo, dejemos que Jesús suba nuevamente a nuestra barca, con aquella ilusión que experimentamos cuando conquistó nuestra alma el día de nuestra ordenación sacerdotal. Esa ilusión debe ser revivida, reconquistada, reeditada. Él viene a buscarnos en nuestras soledades, en nuestras crisis, para ayudarnos a recomenzar. Como en el caso de María de Betania, en el momento del cansancio, necesitamos que alguien, un hermano, nos diga que el Maestro está presente y nos busca. Esa convicción nos hará reaccionar igual que lo hizo María, que se levantó de prisa y fue a su encuentro (cfr. Jn 11,28-29).

En este sentido, me atrevo a decir que hoy más que nunca es preciso cultivar *la espiritualidad del recomienzo*. No hemos de tener miedo. Así es la vida: caer y recomenzar, aburrirse y recibir de nuevo la alegría, convencernos de que la fuerza que necesitamos para el ejercicio sereno del ministerio viene de la mano de Jesús. No lo dudemos. También hoy Cristo, el Buen Pastor, pasa por las orillas de la existencia para reavivar la esperanza y decirnos también a nosotros, como a Simón y a los otros: «Navega mar adentro y echa las redes» (Lc 5,4).

Esto es lo que nos pide el Señor: que *reavivemos la inquietud por el Evangelio*. Nos pide que tomemos conciencia de que nuestro ministerio pastoral no es

¹⁰ Cfr. Francisco, *Homilía en las Vísperas con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, consagradas, seminaristas y agentes pastorales*. Monasterio de los Jerónimos. Lisboa, 2 de agosto de 2023.



la simple realización de una actividad. Es, más bien, un ser con Cristo, es ser embajador de Cristo, es una expropiación que ha de llevarnos a olvidarnos de nosotros para dejar que Cristo viva en nosotros. Esta vida suya ha de rebosar en nosotros y derramarse en los demás. Esta convicción ha de penetrar cada vez más en la totalidad de nuestro ser.

Escuchando la susodicha homilía del papa Francisco en el monasterio de los Jerónimos, para avivar esta identidad se necesitan algunas actitudes de fondo que nos conduzcan a tomar conciencia de que debemos volver al inicio, al hontanar del ministerio. Y para ello, ante todo, es fundamental, a la luz del relato de la pesca milagrosa (cfr. Lc 5,1-11), evocar que el Señor nos pide navegar mar adentro. Hay que dejar la orilla de las desilusiones y del inmovilismo y tomar distancia de esa tristeza que tantas veces nos asalta frente a las dificultades. Es importante pensar que no todo está perdido, que es posible liberarse de la inercia que nos atenaza. Para ello se requiere que sumerjamos nuestra vida y ministerio en el Evangelio. Solamente así nos libramos de los parámetros del mundo para adquirir los de Dios. Examinemos la conciencia sobre esto. No es algo idílico recuperar la ilusión. En nuestro caso se trata de una segunda edición de la ilusión, de la ilusión ya madura, la ilusión que viene tras haber experimentado el fracaso o el hastío, la decepción o el menoscabo. No es fácil recuperar la ilusión adulta, pero es muy necesario. Es muy urgente, imprescindible, se puede decir sin lugar a dudas.

En segundo lugar, recordemos que solamente si recuperamos esta ilusión adulta volviendo a las fuentes del primer amor (cfr. Ap 2,4-5), cuando sentíamos que el corazón nos ardía en pasión evangelizadora, podremos pasar *del derrotismo a la fe*. Esto no se consigue yendo al psicólogo. Se consigue volviendo a poner a Cristo en el centro de nuestra vida. Y para que Cristo ocupe el centro de nuestra vida y nuestras jornadas debemos: avivar el deseo de encontrarnos con Él, que sufre en el menesteroso (cfr. Mt 25,1-13); alimentar ese deseo con el aceite de la oración, ya sea mental, pero sobre todo con la recitación fervorosa del Oficio divino, que la Iglesia nos encomienda cotidianamente; dejar libre el centro de nuestro corazón que ahora puede que esté ocupado por el agobio; liberarnos de entender la misión como un exceso de burocratización sin apoyo específico; poner orden en nuestra vida; encontrar tiempo para organizar las tareas; buscar colaboradores que nos echen una mano en nuestras tareas; no poner unas expectativas demasiado idealistas, que muchas veces no se ajustan a la realidad cotidiana, y que al no cumplirse provocan en nosotros ansiedad, conformismo, desazón, pereza, apatía, impaciencia, nerviosismo, baja autoestima, o un afán de perfeccionismo, entre otros. Cuando sintamos estas afecciones, hemos de dirigirnos a Cristo como lo hizo Simón que, aun habiendo trabajado en vano toda la noche, afirmó: «Si tú lo dices, echaré las redes» (Lc 5,5)¹¹.

Por otra parte, hoy es muy importante *llevar adelante juntos la pastoral*, todos juntos. En el texto de la pesca milagrosa, Jesús confía a Pedro la tarea de navegar mar adentro, pero después habla en plural, diciendo «echad las redes» (Lc 5,4). Pedro guía la barca, pero en la barca están todos y todos están llamados a echar las redes. Y cuando recogen una gran cantidad de peces, saben bien que no lo han hecho solos, no administran el don como posesión y propiedad privada, sino que —dice el Evangelio— «hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que fueran a ayudarlos» (Lc 5,7). Y así llenaron dos barcas de peces.

¹¹ Cfr. Francisco, *Homilía en las Vísperas con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, consagradas, seminaristas y agentes pastorales*. Monasterio de los Jerónimos. Lisboa, 2 de agosto de 2023.



Una de las cosas más penosas que tenemos los sacerdotes es que no sabemos trabajar en equipo. Tal vez porque en el seminario, al menos hasta hace unos años, no se nos educó para ello. Más bien se insistía en la soledad sacerdotal. Se nos educaba para ser párrocos en una parroquia. Un pastor y una comunidad. Podríamos hablar de que se trataba de cultivar la espiritualidad del franco tirador, del líder. Saber trabajar juntos, en cambio, implica saber delegar, saber compartir, vencer recelos y envidias, no sentirse imprescindible, saber llorar con el que llora; y lo que es más difícil, no sentir resquemor por el triunfo del hermano, por sus éxitos o conquistas. Saber trabajar en concordia y hermandad conlleva el cultivo de la humildad y la relación. Todos estos rasgos hay que pedirlos cada día en la oración. Hemos de recibirlos como don para luego hacerlos germinar en nuestras tareas.

Por último, para salir del cansancio *conviene tener claro que Jesús no nos abandona*. Con Jesús en nuestro corazón venceremos los miedos que nos acosan. Y esto lo podremos hacer si cotidianamente lo escuchamos, si nos cosemos a su divino Corazón, si confiamos en Él. No podremos dar frutos si no permanecemos anclados en Él, si no arraigamos nuestra vida en la suya. Tal vez hoy, tan volcados en el hacer como estamos, puede que hayamos perdido la prioridad del ser. Solamente escuchando la voz del Buen Pastor podremos hacer planes de pastoral. Estar a los pies del Buen Pastor es la posición ideal para transmitir a otros la certeza de que se nos ha regalado la mejor parte, una parte que nadie nos arrebatará (cfr. Lc 10,38-42).

6. La centralidad de Jesucristo

Esta visión del presbiterado en la Iglesia de Jesucristo nos recuerda, a quienes hemos recibido esta gracia del ministerio ordenado de modo inmerecido, que nuestra pujanza pastoral proviene de vivir en estrecha comunión con el Maestro, para poder proclamar su doctrina con conocimiento y verdad, para acercarnos a los pecadores con su misma clemencia y misericordia, para guiar con acierto a la grey que nos ha sido confiada por los caminos de la esperanza y del amor, en la oscuridad luminosa de la fe y en las complejas situaciones y circunstancias de la vida real



y concreta de cada día. Necesitamos tener la «mente de Jesús» (cfr. 1 Cor 2,12-16). Sin esta identificación espiritual con el Señor, que únicamente se logra por la oración constante y la pureza de corazón, seremos una campana hueca, un altavoz que pregona lo que el mundo quiere, unos asistentes sociales más o menos aplaudidos, más o menos buscados. Es importante no olvidar esto porque, con la mejor voluntad de servir y ayudar, con frecuencia el sacerdote se convierte en el agente social del pueblo. Metido en mil ocupaciones, no tiene tiempo para rezar con tranquilidad, ni para estudiar, y casi ni para programar bien su trabajo. Deberíamos aprender a trabajar más en equipo, a preparar colaboradores y distribuir el trabajo, de modo que el presbítero aparezca como el hombre de la oración y de la sabiduría espiritual, que orienta y promueve, en fraternidad, el apostolado de todos los demás.

Muchos de nuestros problemas se verían paliados si volviéramos a poner a Cristo en el centro de nuestro corazón. Es una opción vital en nuestros días. No lo olvidemos porque, quizás, y lo digo con toda humildad, en la hora presente se está insistiendo mucho en los medios, en los programas, en los plazos, en las reuniones, etc., y dejamos a un lado algo fundamental: encontrar tiempo, y un tiempo de calidad, para ponernos de rodillas ante Cristo, el Redentor del hombre. Solamente desde el encuentro con Jesús de Nazaret, desde la experiencia de su amor por nosotros, desde la centralidad de la vida teologal, se puede pasar a la transmisión de esa experiencia. Da la impresión, y puede que me equivoque, de que



hablamos mucho de Iglesia y poco de Cristo, mucho de estructuras y poco de encuentro con el Señor, mucho de reunirnos y poco de unirnos al Señor para escucharlo, amarlo y adorarlo¹².

El evangelizador solamente podrá hablar a los demás del Señor si primero ha tenido la experiencia de un encuentro sincero y personal con Él. Es la experiencia del amor de Dios el motor de cualquier acción posterior. Siguen siendo emblemáticas las afirmaciones de Benedicto XVI en *Deus caritas est* (2005): «Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (n. 1).

Este pensamiento, esta vivencia, es recogida también en el documento de Aparecida: «Nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad. A todos nos toca recomenzar desde Cristo, reconociendo que no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva». Y concluye el documento de Aparecida con estas hermosas palabras: «Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que

el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado»¹³.

Me parece que esta afirmación, a nosotros, como ministros del Evangelio, nos ha de llevar a robustecer nuestra identidad cristiana y sacerdotal, que en el marco cultural en el que nos desenvolvemos aparece acosada por numerosas adversidades¹⁴. Las tendencias hoy culturalmente fuertes apuestan por el consumo, la sed de dinero, el afán de prestigio. Una persona con mucha capacidad de consumo va pisando fuerte. Nosotros, por el contrario, culturalmente somos identidades frágiles, porque no podemos apoyar nuestra identidad ni en el dinero, ni en el consumo, ni en la ganancia. Nuestra identidad es teológica, y por ello culturalmente frágil. Somos herejes dentro de la cultura hodierna. Y al hereje siempre se le intenta convertir. Vivimos una identidad acosada. Son innumerables las fuerzas que desean encauzar a la Iglesia por los caminos de lo políticamente correcto, del pensamiento



¹² «La unidad de vida con Él, en la misericordia y el servicio de salvación, es el verdadero punto de partida de la espiritualidad y de la vida de fe de los ministros del Señor. En la Iglesia de Jesús, ser sacerdote implica ser previamente discípulo, amigo y confidente del Señor. En la comunidad, el sacerdote, no de manera exclusiva, pero sí de forma singular, es el amigo del Señor, el que sabe todo lo que el Señor ha oído del Padre, el que convive con Él y comparte su misión. La fuerza y la alegría de nuestra vida está en la palabra del Señor: a vosotros os llamo amigos (Jn 15,15)»: F. SEBASTIÁN AGUILAR, *Seis vocaciones en la Iglesia* (Madrid 2023) 254-255.

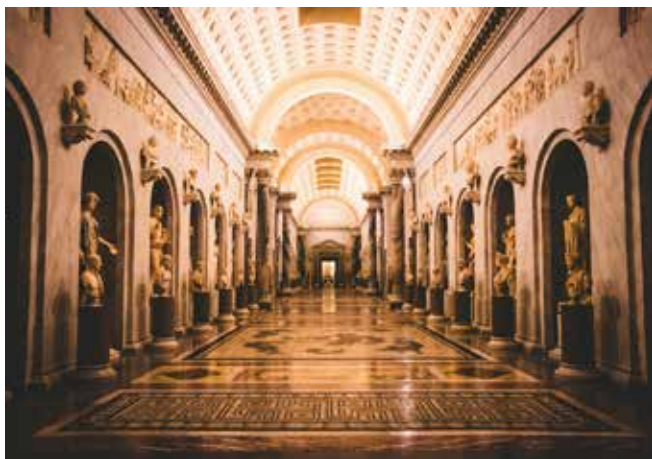
¹³ V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, Documento conclusivo: *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida. "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 16,4)*. Aparecida, 13-31 mayo 2007, nn. 12.18.

¹⁴ «Para responder al empuje de la secularización y anunciar el Evangelio de Jesús en nuestro mundo necesitamos fortalecer nuestra autenticidad evangélica en la vida personal, nos hace falta una mejor formación doctrinal, y es imprescindible adoptar nuevas actitudes de comprensión y acercamiento, utilizar un modo nuevo de presentar el Evangelio de Jesús a la gente, con claridad y misericordia. En cualquier caso, el primer paso tiene que ser un esfuerzo para comprender mejor lo que somos y lo que tenemos que hacer»: F. SEBASTIÁN AGUILAR, *Seis vocaciones en la Iglesia* (Madrid 2023) 230.



único. Se quiere acallar la voz de la Iglesia para que ésta no hable de la vida eterna, del amor de Dios, de la inviolabilidad de la dignidad humana. Vivir así es muy difícil. Sólo podrán hacerlo las personas con una identidad sólida, que tengan «vocación de salmón» y nadan contra corriente. Para ello se requiere que posean una gran experiencia mística y que fortalezcan su aparente fragilidad contando con el apoyo social de una comunidad de creyentes.

El cristianismo ha dejado de ser el tejido fundamental que estructura la sociedad y el humus vital en el que crecen las nuevas vidas; ha dejado de ser la única comprensión decisiva del hombre y del mundo. Se habla de una época post-cristiana. Palabras de siempre como la conversión, el encuentro con el Señor, la purificación de las estructuras eclesiales, el ardor misionero, tienen otro escenario: una cultura y sociedad post-cristiana y, en algunos casos, resentidamente anticristiana.



Hay una apostasía vital y silenciosa, como un flujo silencioso del agua del deshielo, que sobre todo en el mundo juvenil se hace dramática. Es verdad que es numeroso el grupo de cristianos que se mantienen y luchan por progresar en la santidad en circunstancias realmente adversas, pero el escenario en el que se mueven ha cambiado radicalmente en las últimas décadas. Es por ello esencial recordar lo que un día dijera san Agustín: «Tiempos malos, tiempos difíciles: esto dicen los hombres. Vivamos conforme al bien y los tiempos serán buenos. Nosotros somos los tiempos: tal como somos, así son los tiempos»¹⁵.

El reto de la transmisión de la fe y de la nueva evangelización en este nuevo marco vital, no exento de una subliminal ideología militante contraria, exige de parte nuestra una respuesta en términos de santidad, de profunda unión con Cristo y de constante amor a la Iglesia. Para hacer frente a esta corriente de fuerzas tan ingentes que nos asalta, por tanto, hace falta mucha fe, mucha esperanza y mucha caridad. Hace falta que Cristo conquiste nuestra vida y suba a nuestra barca, para que sea Él quien la guíe y no sucumbamos en medio del mar enfurecido e iracundo de la hora presente¹⁶.

7. San Pablo, compañero de camino en este curso

Para estrechar nuestra vinculación con el Redentor, fuente de gozo inmarcesible, estimo que puede ser provechoso ahondar en un hermoso pasaje de los Hechos de los Apóstoles (20, 17-38). Os sugiero ponerlo como texto de referencia personal en este curso, meditándolo frecuentemente y tomándolo como brújula para el servicio pastoral¹⁷. Esta perícopa refiere cómo san Pablo congrega en Mileto a los

¹⁵ SAN AGUSTÍN DE HIPONA, Sermones, 80, 8.

¹⁶ Cfr. A. CENCINI, *Sacerdote y mundo de hoy. Del post-cristianismo al pre-cristianismo* (Madrid 2012).

¹⁷ Me he basado para los comentarios en algunos estudios sobre este discurso paulino: J. A. FITZMYER, *Gli Atti degli Apostoli. Introduzione e commento* (Brescia 2003) 709-721; CH. PERROT, *Ministri e ministeri. Indagine nelle comunità cristiane del Nuovo Testamento* (Cinisello Balsamo-Milano 2002) 144-184; G. SCHNEIDER, *Gli Atti degli Apostoli* (Brescia 1986) 383-395; M. QUESNEL, "Paul prédicateur dans les Actes des Apôtres": *NTStud* 47 (2001) 469-481; P. BOSSUYT-J. RADERMAKERS, *Témoins de la parole de la grâce. Lecture des Actes des Apôtres 2* (Bruxelles 1995) 598-601; C. HEITMANN-H. MÜHLEN (eds.), *Experiencia y teología del Espíritu Santo* (Salamanca 1978); G. ROSSÉ, *Atti degli Apostoli* (Roma 1998) 717-738; R. PESCH, *Atti degli Apostoli* (Assisi 1992) 768-786; A. ROOSEN, "Service de la Parole et service des pauvres dans Actes 6,1-7 et 20,32-35": *Studia Moralia* 27 (1989) 43-76; J. DUPONT, *Le discours de Milete. Testament pastoral de Saint Paul (Actes 20,18-36)* (Paris 1962-Roma 1980); A. MORENO GARCÍA, "Constituidos pastores por el Espíritu Santo. El discurso de Mileto (Hch 20,17-38)": *Estudios Bíblicos* 62 (2004) 27-48.



presbíteros de Éfeso para despedirse de ellos. San Lucas nos presenta en ese discurso el testamento del Apóstol. Creo no equivocarme si digo que es un discurso destinado no sólo a los presbíteros de Éfeso, sino también a los de todos los tiempos. San Pablo no sólo habla a quienes estaban presentes en aquel lugar, sino que también se dirige en verdad a cada uno de nosotros.

Es un relato denso y muy sugerente. Pablo primero atrajo la atención hacia sí mismo como un ejemplo. No un ejemplo a seguir en vez de Jesús, sino como un ejemplo de cómo seguir a Jesús en medio de retos y adversidades. Me detengo en algunos versículos para comentarlos fraternamente con vosotros que os preparáis para un apretado curso de trabajo pastoral.

Pablo comienza su alocución a los presbíteros de Éfeso abriendo su corazón. Lo primero que les dice es que ha procurado servir al Señor con toda humildad (cfr. Hch 20,19). Recordemos que, como el Apóstol de los gentiles, también nosotros estamos llamados a hacer lo mismo. Hablar de esta virtud hoy no está de moda. Se trata de una palabra claramente denostada. La mentalidad del mundo, de hecho, lleva a emerger, a abrirse camino quizá con picardía y sin escrúpulos, afirmando sin miramientos los propios intereses. En el Reino de Dios, por el contrario, se premia la humildad. El mundo, en cambio, con frecuencia promueve el arribismo y la prepotencia; las consecuencias están ante los ojos de todos: rivalidades, abusos,

frustraciones. La humildad no quiere decir falsa modestia. Lo que esta palabra indica es que todo lo que podemos hacer es don de Dios. Dios nos ha otorgado unos dones para ponerlos al servicio de la edificación del reino de Dios. Sabiendo esto nosotros estamos llamados a trabajar con esta humildad, sin tratar de aparecer. No busquemos alabanzas, no hagamos las cosas para que nos vean; para nosotros no es un criterio decisivo pensar qué dirán de nosotros en los diarios o en otros sitios, sino qué dice Dios de nuestro obrar. Ésta es la verdadera humildad: no aparecer ante los hombres, sino estar en la presencia de Dios y trabajar con humildad por Dios, y de esta manera servir realmente también a la humanidad y a los hombres¹⁸.

San Pablo dice luego a los presbíteros que lo escuchaban en Mileto: «No tuve miedo de anunciaros enteramente el plan de Dios» (Hch 20, 27). Esto es importante: el Apóstol no predica un cristianismo *a la carta*, según sus caprichos o tendencias; no predica un Evangelio según su propia visión, sus ideas teológicas preferidas; no se sustrae al compromiso de anunciar la voluntad de Dios, también la voluntad incómoda, incluidos los temas que personalmente no le agradan tanto. Igual que el Apóstol, nuestra misión es anunciar toda la voluntad de Dios, en su totalidad y sencillez última. Ahora bien, debemos predicar y enseñar – como dice san Pablo –, toda la voluntad de Dios, su Palabra, su designio de salvación sobre nosotros. Y pienso que, si el mundo de hoy tiene curiosidad de conocer todo, mucho más nosotros deberemos tener la curiosidad de conocer toda la voluntad de Dios: ¿qué podría ser más interesante, más importante, más esencial para nosotros que conocer lo que Dios quiere, conocer la voluntad de Dios, el rostro de Dios? Viene aquí la centralidad del estudio y de la formación continua durante el ejercicio del ministerio ordenado.

Es una pena comprobar que muchos hermanos nuestros no dedican suficiente tiempo al estudio de la Palabra de Dios, a la preparación de las homilías, a la lectura continua de obras serias y relevantes de las disciplinas eclesiológicas más fundamentales. Por desgracia, sumergidos como están en un

¹⁸ Cfr. Benedicto XVI, “*Lectio divina*” en el encuentro con los párrocos y sacerdotes de la diócesis de Roma. 10 de marzo de 2011.

activismo compulsivo y a la postre depauperante, los evangelizadores corren el riesgo de olvidar o descuidar la propia formación. Una formación que ha de ser sólida, rigurosa y continua. Estudiar y formarse hoy es más ineludible que nunca, tanto para los obispos como para los presbíteros. Aparece entonces la necesidad, y la importancia, de potenciar la formación permanente del clero. Es fundamental. Tenemos que amar el estudio; tenemos que dedicarle tiempo y fuerzas. Esto exige una vertebración de la pastoral en la que exista un tiempo para el estudio, un tiempo de calidad y en cantidad¹⁹.

San Pablo continúa su discurso diciendo: «Y ahora, mirad, me dirijo a Jerusalén, encadenado por el Espíritu. No sé lo que me pasará allí, salvo que el Espíritu Santo, de ciudad en ciudad, me da testimonio de que me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero a mí no me importa la vida, sino completar mi carrera y consumir el ministerio que recibí del Señor Jesús: ser testigo del Evangelio de la gracia de Dios» (vv. 22-24). El mero sobrevivir biológico –dice el Apóstol– no es una prioridad para mí; lo esencial para mí es consumir el ministerio, es estar con Cristo, vivir con Cristo. En esto consiste la verdadera vida. En otras palabras, lo que Pablo desea transmitirnos es esto: «aunque perdiera la vida biológica, no perdería la verdadera vida. En cambio, si pierdo la comunión con Cristo para conservar la vida biológica, perdería precisamente la vida misma, lo primordial de mi ser» (cfr. Mt 16,26). Percibimos, entonces, que lo que quiere el de Tarso es permanecer hasta el final de su existencia como auténtico servidor del Maestro, como amigo de Jesús, con el fin de proclamar el Evangelio de Dios. Siguiendo el ejemplo paulino es importante



que, aunque pasen los años, nosotros no perdamos el celo, la alegría de haber sido llamados por el Señor²⁰.

Al comienzo del ejercicio del ministerio, en cierto sentido, es fácil estar llenos de celo, de esperanza, de valor, de ilusión. Sin embargo, al ver cómo van las cosas, al ver que el mundo sigue igual, al ver que las jornadas se hacen monótonas y pesadas, el entusiasmo puede aminorar, incluso se puede perder fácilmente. Por eso es imprescindible volver siempre a la fuente de la Palabra de Dios, intensificar la oración, estrechar el trato y la comunión con Cristo, adorarlo pausada y fervorosamente en el Santísimo Sacramento, buscar la intimidad con el Salvador, que nos aguarda silencioso en el Sagrario para avivar nuestra juventud espiritual, para renovar nuestra entrega, la alegría de poder caminar con Él hasta el suspiro final de nuestra existencia. Hemos de «completar la carrera», es decir, hemos de conservar siempre el entusiasmo de haber sido llamados por Cristo para este gran servicio: anunciar el Evangelio

¹⁹ «En la vida de nuestros presbíteros tiene que entrar el estudio y la inquietud intelectual como un componente esencial. En general, los sacerdotes no estudian mucho, ni leen demasiados libros o artículos de una cierta densidad. No podemos conformarnos con los materiales prácticos de aplicación inmediata. El celo sacerdotal y la responsabilidad ministerial nos tienen que impulsar no solamente a atender las demandas de los fieles, sino también a enriquecer continuamente nuestros conocimientos y a crecer en la comunión de mente y de sentimientos con el Señor. Nunca podemos darnos por satisfechos en el conocimiento de las Escrituras, en la lectura de los Santos Padres y de los mejores escritos teológicos antiguos y recientes. El buen sacerdote tiene que ser una persona intelectualmente inquieta, con ganas de saber, de conocer cada vez mejor el mensaje de Jesús, la cultura contemporánea, todo lo que pueda ayudarnos a comprender mejor a nuestros hermanos y ejercer nuestro ministerio de manera más adecuada y provechosa. Esto también es fidelidad, también es espiritualidad sacerdotal»: F. SEBASTIÁN AGUILAR, *Seis vocaciones en la Iglesia* (Madrid 2023) 271.

²⁰ Cfr. J. RATZINGER, *Servidor de vuestra alegría. Reflexiones sobre la espiritualidad sacerdotal* (Barcelona 2007).

de la gracia de Dios.

En este sentido pienso –lo digo con mucha humildad– que es esencial que en la programación diocesana exista un tiempo para que los sacerdotes cultiven juntos momentos de retiro espiritual. Sería hermoso que se organizaran encuentros sacerdotales en adviento, cuaresma y pascua, para que los presbíteros pudieran estar juntos para adorar a Cristo, para orar, para recibir el sacramento de la reconciliación. Es triste conocer que hay presbíteros que frecuentan poco el sacramento del perdón. Es triste saber que hay presbíteros que llevan mucho tiempo sin realizar cursos de ejercicios espirituales. Evangelizar requiere evangelizadores evangelizados, es decir, que comprendan que todo su servicio es *Evangelio*, es *Buena Nueva*. Esa *Buena Nueva* consiste en que Dios nos conoce, nos ama y perdona. El Evangelio es invitación a la alegría porque estamos en la gracia, y la última palabra de Dios es la gracia, es el amor y el perdón²¹.

A continuación, viene una frase muy importante del Apóstol que quiero meditar un poco con vosotros: «Velad por vosotros mismos y por todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que Él se adquirió con la sangre de su propio Hijo» (v. 28). San Pablo nos invita a ser centinelas, vigilantes. «Velad», nos dice con claridad. No podemos perder tiempo, no podemos caer en la modorra a la hora de proclamar la voluntad de Dios, a la hora de ser servidores y sembradores de su Palabra, de su Reino. «Velad por

vosotros mismos» (v. 28): estas palabras tienen una vigencia perpetua para los presbíteros de todos los tiempos. Hay un activismo con buenas intenciones, pero en el que uno descuida la propia alma, la propia vida espiritual, el propio estar con Cristo. San Carlos Borromeo, en la lectura del breviario de su memoria litúrgica, nos dice cada año: no puedes ser un buen servidor de los demás si descuidas tu alma²². Es fundamental que nuestra vida espiritual no se vuelva mediocre, tibia. Es esencial que no aminore nuestro estar con Cristo. Tenemos que convencernos de que orar y meditar la Palabra de Dios no es tiempo perdido para la atención a las almas, sino que es condición para que podamos estar realmente en contacto con el Señor y así hablar de primera mano del Señor a los demás²³. Este fortalecimiento de nuestra amistad con el Señor lo tendremos más en cuenta si recordamos, en primer lugar, que ha sido «el Espíritu



²¹ Cfr. Benedicto XVI, “*Lectio divina*” en el encuentro con los párrocos y sacerdotes de la diócesis de Roma. 10 de marzo de 2011.

²² «¿Estás dedicado a la predicación y la enseñanza? Estudia y ocúpate en todo lo necesario para el recto ejercicio de este cargo; procura antes que todo predicar con tu vida y costumbres, no sea que, al ver que una cosa es lo que dices y otra lo que haces, se burlen de tus palabras meneando la cabeza. ¿Ejerces la cura de almas? No por ello olvides la cura de ti mismo, ni te entregues tan pródigamente a los demás que no quede para ti nada de ti mismo; porque es necesario, ciertamente, que te acuerdes de las almas a cuyo frente estás, pero no de manera que te olvides de ti. Sabedlo, hermanos, nada es tan necesario para los clérigos como la oración mental; ella debe preceder, acompañar y seguir nuestras acciones: Salmodiaré –dice el salmista– y entenderé. Si administras los sacramentos, hermano, medita lo que haces; si celebras la misa, medita lo que ofreces; si salmodias en el coro, medita a quién hablas y qué es lo que hablas; si diriges las almas, medita con qué sangre han sido lavadas, y así todo lo que hagáis, que sea con amor; así venceremos fácilmente las innumerables dificultades que inevitablemente experimentamos cada día (ya que esto forma parte de nuestra condición); así tendremos fuerzas para dar a luz a Cristo en nosotros y en los demás»: San Carlos Borromeo, *Sermón en el último sínodo que convocó*: Acta Ecclesiae Mediolanensis, Milán 1599, 1177-1178.

²³ Cfr. J. RATZINGER, Servidor de vuestra alegría. *Reflexiones sobre la espiritualidad sacerdotal* (Barcelona 2007) 65-76.



Santo» quien nos ha encomendado la custodia de la Iglesia; es decir, el sacerdocio no es una realidad en la que uno encuentra una ocupación, una profesión útil, hermosa, que le agrada y se elige. ¡No! Nos ha constituido el Espíritu Santo. Sólo Dios nos puede hacer sacerdotes; sólo Dios puede elegir a sus sacerdotes; y, si somos elegidos, somos elegidos por Él. Aquí aparece claramente el carácter sacramental del presbiterado, que no es una colocación, que no es un simple empleo que se ejerce, un mero administrar las cosas, un atender a los pobres como lo hiciera un sindicalista o un filántropo. El sacerdocio no es algo que hagamos nosotros solamente. Es una elección del Espíritu Santo, y en esta voluntad del Espíritu Santo, voluntad de Dios, vivimos y buscamos cada vez más dejarnos llevar de la mano por el Espíritu Santo, por el Señor mismo.

En segundo lugar, nuestra identidad sacerdotal se vivificará si no olvidamos que ha sido Dios quien «nos ha puesto como guardianes para pastorear». La palabra que el texto español traduce por «guardianes» en griego es «*epískopos*». La palabra «*epískopoi*» en ambiente eclesiástico se identificó de inmediato con la palabra «pastores». O sea, *vigilar* es «apacentar», desempeñar la misión de pastor. En realidad, el sacerdote es el que vigila, es decir, el que apacienta la Iglesia de Dios. Y no puede apacentarse la grey si no se conjuga en todas sus voces, modos y tiempos el verbo *amar*. La vigilancia de la grey es un ejercicio de amor por ella, sabiendo que esa grey no es nuestra. Es de Dios. Y no olvidemos que en el antiguo Oriente «pastor» era el título de los reyes. Los reyes son

los pastores del rebaño, que es el pueblo. Cristo, el verdadero rey, transforma interiormente este concepto. Cristo es el Pastor que se hace cordero, el Pastor que se deja matar por los demás, para defenderlos del lobo. Cristo defiende la grey amándola. Igual nosotros. No hay sacerdocio sin amor a la grey. Pero un amor en el pleno sentido de la palabra, que no atiende únicamente a las necesidades y carencias materiales de nuestros hermanos, sino también a la peor de las pobreza: la falta de Dios y de su gracia. Un amor que asimismo hace frente con perseverancia a las mil pobreza y a los muchos sufrimientos espirituales – la soledad, la angustia, el abatimiento, los fracasos, la tristeza y el abandono– en los que viven muchas personas.

Tenemos que mirar más a Cristo para aprender el arte pastoral. Al mirarlo atentamente aprenderemos que pastorear, ante todo, es amar a este rebaño y así dar la vida por él, alimentarlo, protegerlo. Nutrir a la grey no es otra cosa que ofrecerle la fuerza y la luz de la Palabra de Dios y de los sacramentos, y esto no sólo con las palabras, sino con el limpio testimonio en nuestra vida de la voluntad de Dios. Proteger a la grey no es otra cosa que orar por ella y estar dispuesto a arriesgar por entero nuestra vida por ella.

En segundo lugar, al mirar más a Cristo aprenderemos que ser pastor no es ser un estratega, un gestor, un simple burócrata, un *factotum*, una persona *multitasking*, que demuestra la habilidad que tiene para realizar varios cometidos al mismo tiempo. Lejos de esta óptica sesgada, pero muy vigente en nuestros días, ser pastor de la grey de Cristo pasa más bien por adquirir su punto de vista, convertirse en alguien que, totalmente identificado con la divina voluntad, conduce a la grey que tiene confiada hacia la altura de Dios y a la luz de Dios. Desde esa ventana ve a la pequeña comunidad de la Iglesia que se le ha confiado. Para un pastor de la Iglesia, para un sacerdote, para un *epískopos*, es importante también que vea su responsabilidad desde el punto de vista de Dios, que trate de ver desde lo alto, con el criterio de Dios y no según los criterios del mundo o sus propias preferencias, sino como juzga Dios. Ver desde esta altura de Dios y así amar a su grey con Dios y por Dios. Si el sacerdote es totalmente de Dios podrá entregarse sin fisuras a los hombres, podrá mostrar a





sus hermanos el camino del cielo²⁴.

Es imprescindible que no dejemos preterida esta perspectiva, porque a nosotros compete abrir este mundo a la eternidad. Asistimos a un progresivo crecimiento de los postulados intramundanos, a la difusión de una cultura cada vez más egoísta, más arraigada en sí misma y más olvidada de Dios y de la vida eterna. En este mundo cerrado a la trascendencia y a la gloria inmortal, en el que cada uno vive para sí, los sacerdotes tenemos que ser como oasis donde aparece la vida verdadera y completa como fruto de la llamada a la inmortalidad gozosa, ofrecida por Dios en la vida de Jesús, recordada y mantenida por los cristianos como realidad cercana e interpelante. Este planteamiento básico tiene que determinar las actitudes y actividades de los cristianos y muy especialmente la de los pastores.

Los ministros de la Iglesia hemos de ser en el mundo el anticipo y el signo de la vida inmortal y gloriosa de la humanidad, amor que acoge, que ayuda, que perdona, que sostiene y alienta en la vida para que nuestros hermanos puedan alcanzar el cielo.

Hemos de mostrar el camino de la salvación y de la plenitud de la humanidad, que consiste en el amor, en la esperanza de la vida eterna. En esto consiste la genuina esencia de la evangelización. No hay que inventar nada. Todo se reduce a las palabras de Jesús: «Sed misericordiosos, amaos los unos a los otros, para que el mundo crea» (cfr. Mt 5,6; 22,34).

En tercer lugar, quisiera recordar que el motivo por el que los sacerdotes debemos pastorear a la Iglesia de Dios se encuentra en que ésta ha sido adquirida con la sangre de Cristo (v. 28b). La causalidad cristológica fundamenta el oficio eclesial del pastor. Dicha causalidad viene reforzada por la gran tradición neotestamentaria, donde el término *pastor* es identificado con el pastor mesiánico prometido por el Antiguo Testamento (cfr. Mt 22,6; 9,36; 10,6; 15,24; 26,31-32; Mc 6,34; 14,27-28). Contrapuesto con los ladrones y mercenarios, el pastor, siguiendo las huellas de Cristo, debe aparecer como el *Buen Pastor que da la vida por sus ovejas* (cfr. Jn 10,1-30). En esta línea Hb 13,20 habla de Jesús como *el gran pastor de las ovejas*. La 1 P 2,24 habla de Jesús como pastor y *obispo de nuestras almas* y 1 P 5,4 como el *jefe de los pastores*. El libro del Apocalipsis califica al Cordero como su pastor (Ap 7,17). A veces se nos olvida esto porque no miramos suficientemente a Cristo. Nos dejamos instruir por otras voces, que a menudo usan más criterios de eficacia que pautas bíblicas.

Resumiendo, san Pablo recuerda a los presbíteros en Mileto, y también hoy a nosotros, que como Cristo entregó su sangre por nosotros, también nosotros, a ejemplo del Buen Pastor, debemos gastar nuestra vida por las ovejas que nos han sido encomendadas, es decir, por la Iglesia. Ahí está, pues, el secreto del servicio de los pastores. Nuestro servicio no ha de comprenderse desde otra clave que no sea seguir

²⁴ «Si el sacerdote tiene a Dios como fundamento y centro de su vida, experimentará la alegría y la fecundidad de su vocación. El sacerdote debe ser ante todo un “hombre de Dios” (1 Tm 6,11) que conoce a Dios directamente, que tiene una profunda amistad personal con Jesús, que comparte con los demás los mismos sentimientos de Cristo (cfr. Flp 2,5). Sólo así el sacerdote será capaz de llevar a los hombres a Dios, encarnado en Jesucristo, y de ser representante de su amor. Para cumplir su elevada tarea, el sacerdote debe tener una sólida estructura espiritual y vivir toda su vida animado por la fe, la esperanza y la caridad. Debe ser, como Jesús, un hombre que busque, a través de la oración, el rostro y la voluntad de Dios, y que cuide también su preparación cultural e intelectual»: Benedicto XVI, *Discurso en la sesión inaugural de los trabajos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*. 13 de mayo de 2007, n. 5.

las huellas de Cristo, imitarlo, transparentar sus sentimientos, repetir su ejemplo. La relación entre cristología y eclesiología, entre cristología y ministerio pastoral es inexcusable; la autocomprensión de éste cuelga de la verdad de aquella.

8. Evangelizadores con Espíritu

Termino ya. El papa Francisco, retomando unas palabras de san Pablo VI, nos propone un nuevo talante: «Recobremos y acrecentemos el fervor, la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo» (*Evangelii gaudium*, 10).

No hay evangelización si no hay Pentecostés. La Iglesia nace, vive, crece y evangeliza animada por el Espíritu. Él es el *dador de vida*, el principio vital que impulsa la acción evangelizadora. El olvido del Espíritu trae siempre graves consecuencias para la evangelización: «Una evangelización con espíritu es muy diferente de un conjunto de tareas vividas como una obligación pesada que simplemente se tolera, o se sobrelleva como algo que contradice las propias inclinaciones y deseos. ¡Cómo quisiera encontrar las palabras para alentar una etapa evangelizadora más fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa! Pero sé que *ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu*. En definitiva, una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora. Invoco una vez más al Espíritu Santo; le ruego que venga a renovar, a sacudir, a impulsar a la Iglesia en una audaz salida fuera de sí para evangelizar a todos los pueblos» (*Evangelii gaudium*, 261).

Movidos por el Espíritu Santo, con su fuerza y con su luz, os invito a gastaros y desgastaros por una Iglesia diocesana que sea «una madre cercana», que no permanezca replegada sobre sí misma, sino



totalmente identificada con Jesucristo, su Esposo, el Buen Pastor, de manera que con su gracia pueda abrirse al mundo concreto donde está enraizada y donde las personas viven sus luchas, gozos y sufrimientos.

9. María, la Madre de la evangelización

«Con el Espíritu Santo, en medio del pueblo siempre está María. Ella reunía a los discípulos para invocarlo (cfr. Hch 1,14), y así hizo posible la explosión misionera que se produjo en Pentecostés. Ella es la Madre de la Iglesia evangelizadora, y sin Ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva evangelización» (*Evangelii gaudium*, 284). Ella es un regalo de Jesús a su pueblo y la Madre y Estrella de la nueva evangelización (cfr. *Evangelii gaudium*, 285-288).

Con estos sentimientos finalizo mis palabras evocando a la Santísima Virgen. Ella es Madre del Evangelio viviente, manantial de alegría para los pequeños. Me dirijo a Ella y le digo con humildad: «Ruega por nosotros siempre, Madre amorosa, ruega por el Obispo y el presbiterio giennense, ruega por tus hijos e hijas que peregrinan en esta bendita y sufrida tierra del Santo Reino». Amén.

*El presente trabajo fue publicado anteriormente en: *Giennium* No. 24-25 (2021-2022), 65-90



La contemplación como sabiduría experimental en el Nuevo Testamento



P. Ignacio Andereggen
Doctor en Filosofía
Doctor en Teología Espiritual

Nuestro Señor Jesucristo nos advierte acerca de la profunda división que existe entre los que viven desde Dios y los que viven separados de Él. Esa división no se puede cancelar artificialmente, sino que durará hasta el fin del mundo, nos dice la Palabra de Dios¹.

Es esta una división que empieza en la historia de la humanidad cuando Adán se separa de Dios, y continúa a través de la promesa que Dios le hace al pueblo de la salvación, a la que algunos se adhieren y otros no; se acentúa y se hace definitiva con el Evangelio de Jesús: algunos aceptan ese Evangelio, tienen oídos para oír², aman a Dios; algunos creen, y otros, en cambio, rechazan la Palabra de Dios. Nos lo dice permanentemente Jesucristo en el Evangelio.

Así como la vid y los sarmientos, las ramas, forman una sola planta, así también nosotros los miembros, con la Cabeza, la Iglesia con Cristo, formamos una sola realidad, una sola persona misteriosa, mística. Por eso, lo que sucede respecto de Cristo, sucede también respecto de nosotros: “Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como lo suyo [...]”³.

El camino de la vida cristiana no es solamente el camino de la simpatía, si bien es cierto que la simpatía

puede ser asumida por la gracia, porque el Verbo se encarnó para mostrar la bondad de Dios, para mostrar la misericordia divina. El motivo fundamental de la encarnación es la excelencia de la bondad divina que se difunde, como decían los antiguos Padres y los medievales; el bien se difunde por sí mismo y desde sí mismo⁴.

El bien se difunde, pero no siempre hay capacidad para recibir ese bien; especialmente en las criaturas espirituales, que pueden usar su propia bondad contra sí mismas y contra Dios. Como ya decía Dionisio, es usar lo divino contra Dios⁵, es usar el don de Dios, contra Dios. Eso es lo que hace el mundo cuando odia a Dios, y porque odia a Dios, odia a Jesucristo.

No se trata simplemente del hecho de reconocer que Dios existe o, como se dice ahora, de una manera imprecisa, “creer en Dios”, lo cual muchas veces quiere decir simplemente creer que Dios existe, que es un ser superior.

Aquí, la Palabra de Dios nos habla en el sentido estricto del término, nos habla de la fe en la Revelación, de la fe en Jesucristo como único Salvador de toda la humanidad. Esa es la fe que provoca la reacción. La fe en el sentido genérico del término, en el sentido no teológico, esa no es la fe que provoca la reacción.

¹ Cf. Mt 13, 30.

² Cf. Lc 14, 35.

³ Jn 15, 18-19.

⁴ Cf. PSEUDO-DIONISIO AREOPAGITA, *De divinis dominibus*, IV, 1-2; SAN BUENAVENTURA, *Breviloquio*, VI, 2.

⁵ Cf. *Carta VII, al obispo Policarpo*, 2.



O sea, saber que muchos reconocemos a Dios no provoca la reacción, lo que la provoca es la fe en el sentido estricto del término: reconocer, aceptar que Jesucristo es el enviado del Padre, que es el único Salvador, el único que da sentido a la vida humana, y que ese reconocimiento exige una consecuencia, una acción, una conversión, un cambio de la propia vida, una determinación; exige un uso de la libertad que no es equivalente con otros usos suyos. Eso es lo que produce la reacción, y eso es contra lo que mucha gente se revela, porque no quiere aceptar esta primacía y exigencia absoluta de Jesucristo.

Jesucristo es el único Hombre que nos puede exigir algo absolutamente, porque es Dios. Él habla como hombre, pero el que habla es la Persona divina del Verbo de Dios.

Él no es solamente el Creador, sino que es el Redentor, el que respalda y eleva la naturaleza humana, y por eso tiene el derecho y el poder para producir una exigencia absoluta.

Eso es lo que produce la reacción, y los que queremos ser testigos de esa exigencia absoluta de la Palabra de Jesucristo, de esa obediencia absoluta que Él exige — porque Él es Dios —, los que queremos ser testigos de eso, estamos sometidos a la misma reacción con la cual lo rechazaron a Él, y esto porque la cruz de Cristo, su pasión, es el resultado del encuentro entre la bondad de Dios y esa pretendida autonomía del mundo, que quiere decir la autonomía de la libertad

humana que desea regularse absolutamente a sí misma. Cada persona quiere ser el centro de lo que hace; la humanidad quiere ser el centro de la realidad y quiere desconocer que Dios puede exigirle un uso determinado de la libertad.

Así, una cosa es reconocer que Dios existe, que es el Creador, y otra es obrar según lo que Él pide. Eso es lo que provoca la reacción, que escondidamente es una reacción ante el bien, porque lo que propone Dios no es algo arbitrario, sino que es el cumplimiento de las aspiraciones del hombre; es aquello que lleva a la verdadera felicidad.

Esta es, en cambio, la reacción de los que odian a Cristo y de los que odian a los que están unidos a Cristo, la reacción de aquellos que quieren ir por su propio camino, apartándose del Camino, que es Jesucristo. Por eso es un uso de la libertad que pretende la primacía fuera de la realidad y, sobre todo, fuera de la bondad de Dios. Es un uso de la libertad que no tiene ningún futuro, ninguna posible consecuencia positiva, que se cierra en sí mismo, sin ninguna posibilidad de verdadero éxito, ya que este está siempre en el cumplimiento de la naturaleza humana.

Por ello tenemos que aprender este realismo del Evangelio, tenemos que aprender a convivir con esa reacción. Más aún, tenemos que preocuparnos si no provocamos esa reacción, porque si no lo hacemos no seremos discípulos de Jesucristo, que es el primero que la provocó.

No todos siguieron a Jesucristo, y Él era la bondad encarnada, en el sentido estricto del término, pues Jesucristo era Dios y Dios es toda la perfección, toda la bondad.

Él era la bondad presente entre los hombres y, sin embargo, los hombres prefirieron la maldad a la bondad o, como dice el Evangelio de San Juan, “los hombres amaron más las tinieblas que la luz”⁶.

Nosotros participamos de la vida de Cristo, y por eso es una vida auténtica, una vida real, una vida que está en las cosas tal como son, y una vida que provoca reacción; de otra manera es una vida insignificante.

⁶ Jn 3, 19

⁷ Jn 15, 19-21.



De ahí la afirmación del Señor:

[...] pero, como no sois del mundo, porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo. Acordaos de la palabra que os he dicho: El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi Palabra, también la vuestra guardarán. Pero todo esto os lo harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado⁷.

Jesucristo nos enseña así a vivir en la práctica verdadera, que es esa acción que surge de la contemplación, o sea, de nuestra unión con el misterio de Dios, que es nuestra incorporación al Verbo encarnado. Cuando nosotros estamos unidos a Cristo, estamos en la vida trinitaria, y esa vida trinitaria es la que provoca la reacción, porque es el bien que se difunde.

Dios es la bondad perfecta y, por eso, no es una sola Persona, sino que son tres Personas que surgen una de la otra: el Hijo surge del Padre, y el Espíritu Santo surge del Padre y del Hijo. Y justamente porque el Espíritu Santo surge de los dos, es el que más manifiesta la bondad de Dios, así como el Hijo manifiesta su verdad, su sabiduría, y el Padre manifiesta su ser.

Nuestra vida cristiana es vida completa cuando es vida trinitaria; por lo tanto, cuando es vida que continúa esta bondad de Dios, aquella que se hizo presente en Jesucristo, porque Jesucristo actuó movido por el Espíritu Santo, y Él mismo es quien envía al Espíritu.

Por eso también nosotros somos buenos cuando nuestra vida no es solamente contemplación de Dios, sino cuando es contemplación auténtica. Que se realiza cuando es contemplación de la cual surge la verdadera acción, contemplación que se manifiesta; cuando es bondad de la cual surge la bondad, bondad que está presente en este mundo, así como Jesucristo es la presencia de Dios en este mundo, y Jesús actuó; actuar significa también padecer: la acción es también pasión, misteriosamente; y eso que en el orden natural se prepara, se cumple plenamente en el orden sobrenatural.



La máxima acción de Cristo, cuando manifiesta plenamente su bondad para con nosotros, es su pasión, que es el encuentro de la bondad con la maldad, la presencia de la perfección de Dios en la realidad imperfecta o anti-perfecta de este mundo, y es frente a Él que se dividen los corazones, pues, como dice la Palabra de Dios, Cristo es “signo de contradicción”⁸.

Esto se vive en la Iglesia a muchos niveles; se vive en la vida de la Iglesia entera: así como el mundo no entiende o no soporta a la Iglesia, así tampoco soporta ni entiende a las comunidades que están en la Iglesia, ni a las personas que son verdaderamente de la Iglesia; tampoco soporta ni entiende a los ministros de Dios, a los sacerdotes que hacen presente la Persona de Cristo, que operan en la Persona de Cristo.

Eso provoca reacción y, como Jesucristo lo sabía — Él sabía todo, incluido todo lo que iba a pasar; conocía lo que nos iba a pasar a nosotros, pues por eso se hizo hombre—, por eso lo dice, y lo dice como hombre. No solamente lo dice como Dios, sino como hombre y desde la experiencia, desde esa experiencia que es la verdadera sabiduría: Jesucristo es el sabio por excelencia, no sólo en el sentido teórico, el de las ciencias humanas, sino que además Él es el sabio porque es el prudente, porque sabe humanamente, y sabe humanamente porque Él viene de la contemplación de Dios. Él tiene ese origen absoluto, viene de Dios y vuelve a Dios, y, volviendo a Dios, nos lleva a nosotros con Él.

⁸ Cf. Lc 2, 34.



Por eso la vida cristiana, que es la de los que seguimos a Cristo, es una vida integrada, que no deja de lado ninguna dimensión. Todas las actitudes de nuestra personalidad se realizan plenamente en la vida cristiana, y de otra manera quedan adormecidas, relegadas, atrofiadas o unilateralizadas: desarrollamos un aspecto y no otros de toda la potencialidad que tenemos.

La gracia, en cambio, por la cual nos unimos a Jesucristo, nos hace retornar al origen, que es nuestro origen eterno; nos hace tornar al Creador y retomar nuestro ser desde el origen.

Esa es la finalidad de la encarnación del Verbo, siendo nosotros ministros de esa venida. Nosotros, como cristianos, somos misioneros, es decir, somos los que continuamos la misión del Verbo, que manifiesta su origen eterno, su generación, su surgimiento del Padre para continuarse en el Espíritu Santo, para difundirse como bondad en el Espíritu Santo.

También nosotros estamos llamados a esa vida trinitaria, y a vivirla ya, desde este mundo, como Cristo la vivió aquí. De esa manera no sólo alcanzamos la felicidad que el Verbo tenía y comunicaba, y que después alcanzó para su propia humanidad en la resurrección, sino que también comunicamos esa felicidad, este vivir de manera realista, este vivir en el mundo como realmente es, entendiendo a los hombres como realmente son.

Es una difusión de la bondad de Dios, de la felicidad de Dios, y esa es la verdadera simpatía, que puede ser captada por aquellos que quieren la felicidad, y es aquella simpatía que es rechazada por los que usan mal su libertad.

Por eso debemos pedirle al Señor que nos ayude a entrar profundamente en esa sabiduría que Él es y nos ayude a recorrer el camino, que también es Él; a incorporarnos a ese camino de manera tal que también nosotros seamos camino para los demás, o sea, que continuemos su misión por medio de nuestra misión, de manera tal que nuestra vida no sólo nos conduzca a la eternidad de la vida trinitaria, sino que también

sea ya la manifestación de esta, manifestación de la bondad, de la perfección y de la misericordia de Dios.

Esa sabiduría había sido predicada desde antiguo es la Persona del Verbo encarnado, es Jesucristo; y esta sabiduría es, como dice San Pablo, “escondida, misteriosa, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de los príncipes de este mundo”⁹, de los que razonan según la mentalidad del hombre caído, corrupto, del hombre que se alejó de Dios y que no tiene remedio sino por la presencia misericordiosa de esa misma sabiduría. “Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu [...]”¹⁰.

Nosotros alcanzamos esa sabiduría por la obra del Espíritu Santo, que por la donación de la gracia completa lo que Dios viene a hacer a este mundo.

El Espíritu Santo recibe la segunda misión después de la misión del Hijo, que viene hasta nosotros desde el Padre. El Espíritu Santo es el santificador, el perfeccionador, y por eso desde Él conocemos especialmente la bondad divina. Dado que “[...] el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios”¹¹.

El Espíritu Santo viene de las profundidades de Dios, en la Santísima Trinidad, viene del Hijo y del Padre, atraviesa, por decir así, simbólicamente, toda la realidad divina: desde allí surge.



⁹ I Cor 2, 7.

¹⁰ I Cor 2,10.

¹¹ I Cor 2,10.



Y así también en la creación, cuando el Espíritu Santo es enviado por el Padre y el Hijo a nosotros, que su presencia recuerda no sólo la realidad divina, sino también la realidad creada en cuanto procede de la realidad divina; por eso el Espíritu Santo es aquel en el cual toda la realidad de los hombres, toda la realidad en la cual vivimos, y, sobre todo, la realidad personal, encuentra su cumplimiento.

El Espíritu Santo justamente es el que nos da la gracia, el que hace que estemos en unión íntima con Dios, que tengamos el gozo espiritual, que lleguemos a la felicidad. Por eso es el que nos permite experimentar esa vida trinitaria y tener verdadero contacto con la sabiduría, que es la sabiduría del Verbo, que es Nuestro Señor Jesucristo. “En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios”¹².

Lo íntimo de Dios quiere decir lo más escondido para nuestra razón, ese secreto, eso que es místico: eso lo revela el Espíritu Santo.

Así como para conocernos a nosotros mismos tenemos que descubrir lo interior, tenemos que alejarnos de lo más exterior para captar lo principal, lo que está escondido al conocimiento normal, así también, pero de una manera infinitamente superior,



para conocer a Dios tenemos que ir a lo íntimo, es decir, al Espíritu.

Así como nosotros tenemos un espíritu, así Dios tiene un Espíritu, que es el Espíritu Santo.

Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales¹³

San Pablo nos ilustra aquí acerca de ese conocimiento más profundo de todos de los que podemos tener, que es el conocimiento de Dios en lo más íntimo nuestro, pues, como decía San Agustín, Dios es lo más íntimo de lo más íntimo mío¹⁴

Dios está en lo interior porque lo más íntimo que tenemos es nuestro ser que viene de Dios, y, por eso, nuestro conocimiento recurre a nuestro ser, no solamente para conocernos a nosotros mismos, sino también para conocer a Dios. Pero ese ser está elevado, perfeccionado por la gracia de Dios, y por eso dice San Pablo que se trata de conocer las gracias que Dios nos ha otorgado.

Luego, el verdadero conocimiento, la verdadera sabiduría es una sabiduría experimental, como veíamos anteriormente que dice el Evangelio respecto de Jesús, que exclamó esas palabras sobre la sabiduría, sobre el conocimiento de Dios, lleno de gozo en el Espíritu Santo¹⁵.

Se trata, por lo tanto, de tener un lenguaje nuevo, lo que quiere decir tener una comunicación nueva, una relación interpersonal nueva, que es la que se establece en la comunidad de la Iglesia, constituida principalmente por los que están en la gracia de Dios. Aunque todos los hombres están en la Iglesia en potencia, no todos, sin embargo están en la Iglesia en acto, no todos están perfectamente en la Iglesia. Están en ella solamente los que tienen la gracia de Dios y, por lo tanto, los que pueden desarrollar

¹² | Cor 2, 11.

¹³ | Cor 12-13.

¹⁴ Cf. SAN AGUSTÍN, Confesiones, iii, 6.

¹⁵ Cf. Lc 10, 21.



este conocimiento experimental, los que tienen esa capacidad de interiorización causada por el Espíritu Santo y, en consecuencia, aquellos que pueden relacionarse recíprocamente según un lenguaje espiritual que funda una afectividad espiritual y que, a su vez, surge de una afectividad espiritual. Eso es lo que constituye la Iglesia, y por eso San Pablo, hablando de la Iglesia, dice que está constituida por el vínculo de la perfección, que es la caridad¹⁶.

“El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él [...]”¹⁷; o sea, aquel que está fuera del orden de la gracia, enredado en la vida mundana, no tiene interioridad, por decir así. En realidad, si la tiene, porque tiene un espíritu, sin embargo, no vive como si lo tuviera. Experimentalmente no tiene espíritu, vive exteriorizado o mecanizado, como si estuviera identificado con el discurrir de las cosas de este mundo, con un proceso mecánico, que es el que caracteriza a las cosas materiales.

El hombre tiene espíritu, pero, para vivir según el espíritu que tiene, para tener experiencia espiritual, que significa interioridad, y por lo tanto capacidad de relación con los otros y capacidad de lenguaje nuevo, necesita el Espíritu Santo que viene de Dios. El lenguaje del Espíritu Santo es el que se entiende; el otro lenguaje es como el de la torre de Babel, en que

cada uno habla pero el interlocutor entiende una cosa distinta; es la confusión de los lenguajes¹⁸.

El único modo para hacerse entender es que los dos que hablen tengan el Espíritu Santo, que establece este vínculo de la perfección, que hace que una interioridad se pueda captar a partir de la otra interioridad, que haya una comunicación interior, una experiencia interior; de otra manera no se puede comunicar el hombre.

El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo¹⁹.

Así como el cristiano es formado por la acción del Espíritu Santo, que es el segundo enviado, así también es formado por la sabiduría del Hijo, que es el primer enviado.

Dios envía a su Hijo; el cristiano está insertado en Cristo y por eso es hijo de Dios, y porque es hijo de Dios tiene su mente espiritualizada, como la tenía el Hijo de Dios. Así como Cristo estaba lleno del Espíritu Santo porque tenía la plenitud de la gracia, y eso se manifestaba en la felicidad, en la contemplación de su mente, así también el cristiano —si es verdaderamente tal— experimenta el gozo del Espíritu Santo, es perfeccionado por el Espíritu Santo.

Eso es lo que permite la vinculación real con las otras personas: el encuentro en la sabiduría y Espíritu de Dios; esa vida que surge de la profundidad de la Santísima Trinidad es la constitución misma de la Iglesia, de la verdadera vida cristiana. Claro que eso supone un proceso, como decíamos, supone un camino, una enseñanza y unos consejos que Cristo nos da y a los cuales acompaña la acción del Espíritu Santo.

¹⁶ Cf. Col 3, 14.

¹⁷ I Cor 2, 14.

¹⁸ Cf Gn 11, 1-9

¹⁹ I Cor 2, 14-16.



Cuanto más profundamente entendemos los preceptos y los consejos del Evangelio, tanto más profundamente actúa en nosotros el Espíritu Santo. Por eso dice San Pablo, continuando este texto, en el capítulo III:

Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podíais soportar. Ni aun lo soportáis al presente; pues todavía sois carnales. Porque, mientras haya entre vosotros envidia y discordia ¿no es verdad que sois carnales y vivís a lo humano? Cuando dice uno “Yo soy de Pablo”, y otro “Yo soy de Apolo”, ¿no procedéis al modo humano?²⁰

San Pablo tiene consciencia de la realidad, pues, como decíamos antes, el Evangelio nos hace ser verdaderamente realistas. El Apóstol se da cuenta de que la elevación de lo que él enseña y del contenido verdadero del mensaje cristiano puede ser aceptado en cuanto hay una preparación: no podemos captar totalmente este misterio porque refleja la infinitud de Dios, y por lo tanto nos excede.

Los que eran instruidos por San Pablo – la comunidad de Corinto – vivían carnalmente; eran griegos que tenían mucho dinero y profesaban una filosofía sofística aprendida de los filósofos; se creían cultos, vivían en una ciudad relativamente sofisticada y tenían también todos los vicios de la cultura antigua, aún no renovada por la gracia de Cristo.

Los paganos son inexcusables, decía San Pablo en la *Carta a los Romanos*²¹, porque podían haber conocido a Dios –sobre todo éstos–, y no lo reconocieron, corrompiéndose, y todavía pretendían justificar teóricamente su corrupción.

Estos corintios, sin embargo, habían recibido el mensaje de Cristo a través de San Pablo, y aunque no eran aún capaces de captar plenamente esta sabiduría de la que les está hablando, sabiduría que surge del seno de la Santísima Trinidad, que consiste en participar de la mente de Cristo, sin embargo, les dice San Pablo que han sido instruidos como niños,



pues él les había explicado las cosas de manera tal que pudiesen introducirse. Pero para eso necesitaban cambiar.

Eran hombres carnales, es decir, movidos por las pasiones; hombres que cambiaban según las circunstancias, pues los hombres carnales son los que no se entienden con los demás, los que no tienen el Espíritu Santo y, por lo tanto, viven como en la torre de Babel: cada uno que habla entiende una cosa distinta de la que habla el otro. Eso produce reacciones cada vez más profundas y negativas, porque lo que alguien puede decir es siempre entendido por el otro de una manera negativa. Ese círculo vicioso, en el sentido estricto del término, es necesario romperlo, y el único que puede hacerlo es el Espíritu Santo, que obra en el corazón de los hombres renovándolos desde adentro y otorgándoles la verdadera sabiduría.

En la historia de la Iglesia todos los santos han sido maestros de sabiduría. Algunos han sido especialmente doctores de la Iglesia: tenían no solamente esta sabiduría de la que nos habla la Palabra de Dios, sino que también tenían el carisma para transmitirla, para enseñar a los otros a acercarse, a participar de esa sabiduría. Entre esos santos hay muchos que son cercanos a nosotros porque vivieron en el Siglo de Oro español, como Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Juan de Ávila o San Pedro de Alcántara.

²⁰ I Cor 3, 1-4.

²¹ Cf. Rm 1, 20-23



Características del padre espiritual según San Juan de Ávila



P. Antonio Rivero, L.C.
Doctor en teología espiritual
Licenciado en filosofía
Licenciado en humanidades clásicas

El oficio de padre espiritual es auténtico *“amoris officium”* que entraña un corazón tierno y muy de carne, y un corazón de hierro, según san Juan de Ávila

Por tanto, dos características: Corazón tierno, primero, y muy de carne. Y, segundo, corazón de hierro.

Son los dos aspectos que san Juan de Ávila anota para llevar adelante este *“amoris officium”*, este oficio sagrado de padre espiritual y así enseñar a sus hijos espirituales: “a andar poco a poco sin ayo, para que no estén siempre flojos y regalados, más tengan algún nervio de virtud”¹ y puedan adquirir una equilibrada y evangélica independencia, la libertad propia de los hijos de Dios y la maduración espiritual a la que Dios les ha llamado.

Como sabemos, esta paternidad, de la que hablamos, tiene raigambre paulina: *“Per evangelium ego vos genui”* (1 Co 4, 15). O aquella otra aún más gráfica y expresiva: *“Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis”* (Ga 4, 19).

Ávila sabía muy bien, por experiencia, que no había martirio como el tormento de la muerte del hijo –de la muerte espiritual– en el corazón del verdadero padre. Nada aliviaba su dolor, ni siquiera el ver que mientras unos mueren otros nacen: menos aún el olvido, «porque el amor hace que cada cosita que veamos y oigamos, luego nos acordemos del muerto»².

Seguiremos este esquema:

Para ejercer ese *“amoris officium”*, al padre espiritual conviene tener *“un corazón tierno y muy de carne para haber compasión de los hijos”* (Carta 1, 144): paternidad, sí; no, paternalismo.

- Características de este corazón tierno y muy de carne.
- Cómo se consigue ese corazón tierno y muy de carne.
- Frutos de ese corazón tierno y muy de carne.
- Posibles desviaciones y remedios de este corazón tierno y muy de carne.

***“y otro de hierro para sufrir los golpes”* (Carta 1, 146): autoridad, sí; no, autoritarismo.**

- Motivos para tener este corazón de hierro.
- Cómo se consigue ese corazón de hierro.
- Frutos de ese corazón de hierro.
- Posibles desviaciones y remedios.

Y después de discernir juntos, enseñar amorosa y firmemente a los hijos espirituales *“a andar poco a poco sin ayo, para que no estén siempre flojos y regalados, mas tengan algún nervio de virtud”* (Carta 1, 195-196) y consigan así la madurez y la santidad a la que Dios les llama: libertad sí, para saber discernir ambos; no, imposición ni manipulación por parte del director espiritual.

¹Carta 1, 194-196.

²Carta 1, 138-139.

- Discernimiento libre y amoroso, y sus fases en el proceso de la dirección espiritual.
- En orden a conseguir, primero, ese nervio de virtud humana: formación de la conciencia, de la afectividad, de la voluntad, de la inteligencia.
- En orden a conseguir, segundo, ese nervio de virtud sobrenatural: crecimiento en las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad.

Sólo así, como fruto sazonado de la dirección espiritual, ese hijo espiritual conseguirá la madurez humana y espiritual, es decir, alcanzará la plenitud vocacional conforme al estado de vida al que Dios le ha llamado, en la libertad y en el amor. Esta plenitud vocacional tiene un nombre para todos bien conocido: la santidad de vida.

Y el autor de esta tesis lo hará también desde su experiencia, como director espiritual durante más de veinticinco años de vida sacerdotal, apoyándose en las palabras de san Juan de Ávila:

Razón es que diga a vuestra reverencia algunos avisos que debe guardar con ellos (con los hijos espirituales), los cuales no son sino sacados de la experiencia de yerros que yo he hecho; querría que bastase haber yo errado para que ninguno errase, y con esto daría yo por bien empleados mis yerros³.

Para ejercer ese “*amoris officium*” al padre espiritual conviéndole tener “*un corazón tierno y muy de carne para haber compasión de los hijos*” (Carta 1, 144): paternidad, sí; no, paternalismo.

De ordinario la ternura es más propia de una madre. ¿Entonces todo padre espiritual debería estar revestido, en cierta manera, de entrañas de madre? Veamos algunas frases del Maestro Ávila que nos confirman esto.

Corazón tierno y muy de carne “para haber compasión de los hijos, lo cual es muy gran martirio”⁴. Corazón tierno y muy de carne “como de verdadero



padre y verdadera madre”⁵. Se necesitarían en la Iglesia “corazones de madre en los sacerdotes que amargamente llorasen de ver muertos a sus espirituales hijos”⁶.

La vida del corazón es el amor⁷, por esto ha de estar “encendido en amor de Dios y del prójimo”⁸. A veces habrá que usar la paciencia de un padre o de una madre que da de comer a su hijo pequeño, “aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aun dejar de estar entre los coros celestiales para descender a dar sopitas al niño”⁹.

Su biógrafo, fray Luis de Granada, confirma esta primera cualidad del director espiritual que Juan de Ávila había encarnado en su propia vida, con las siguientes palabras:

Imitaba al Apóstol (san Pablo)... en la ternura del amor que el santo Apóstol tenía y mostraba a sus hijos, con que robaba y cautivaba sus corazones, y hacía que amasen y estimasen la doctrina, por ser de la persona que amaban y estimaban; porque, cuando la persona es agradable, todas sus cosas también lo son. Este amor muestra el Apóstol en todas las cartas que escribe a sus espirituales hijos... Pues, siendo este cebo de amor un medio

³Carta 1, 167-171.

⁴ Carta 1, 144-145.

⁵ Tratado sobre el sacerdocio, n. 39.

⁶ Plática 2, 375.

⁷ Sermón 34.

⁸ Carta 63, 20.

⁹ Carta 1, 113-114.



tan eficaz para cazar las ánimas, no era razón que a este nuestro cazador, y tan solícito imitador del Apóstol, faltase este mismo cebo. Y lo que de esto puedo, en suma, decir es que no sabré determinar con qué ganó más ánimas para Cristo, si con las palabras de su doctrina, o con la grandeza de la caridad y amor, acompañado de buenas obras, que a todos mostraba¹⁰.

Leamos también el testimonio de Luis Muñoz sobre nuestro santo: “excedía al vigoroso amor de padre al tierno de la madre; cuidaba de cada uno de sus hijos con una solicitud increíble; ellos conocían en él este tierno afecto”¹¹.

(continuará)

¹⁰ Vida de san Juan de Ávila I, 4.

¹¹ Vida de san Juan de Ávila, III, 3.

La proyección internacional de la Psicología Tomista desde la Pontificia Universidad Católica “Santa María de los Buenos Aires”



Dra. Zelmira Seligmann
Licenciada en Psicología,
Profesora de Psicología y Pedagogía

En las cátedras de Teología I y Teología II de la Pontificia Universidad Católica “Santa María de los Buenos Aires”, a cargo del Pbro. Dr. Ignacio Andereggen desde 1990 hasta 2000, dictada en las carreras de Psicología, Psicopedagogía y Ciencias de la Educación, se planteaba—con una visión integradora—la importancia del estudio de la Psicología bajo la guía de la Teología, a fin de conocer la verdadera naturaleza humana y el recto ordenamiento del hombre hacia su fin último, la bienaventuranza, único orden que, según Santo Tomás, puede regir los comportamientos humanos sanos y organizar toda la personalidad. Porque, como nos dice el Concilio Vaticano II en su Constitución *Gaudium et spes* n° 22, “El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado”.

En esta cátedra se estudiaban autores como San Agustín, San Buenaventura, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, psiquiatras contemporáneos con buenas intuiciones como Alfred Adler y Rudolf Allers, etc. pero especialmente la sistematización hecha por Santo Tomás de Aquino en la *Suma de Teología*. No se pretendía plantear una nueva teoría o corriente de Psicología—una más entre las innumerables que existen—sino que se trataba de mostrar la realidad del hombre *imago Dei* y su verdadera psicología, la vida psíquica en su totalidad: con el dinamismo de la gracia, o sea la vida anímica que se unifica, despliega y perfecciona

en sus facultades o el movimiento desviado de su fin (que es propio del pecado) donde se vive según la inercia de los vicios y del racionalismo.

De esta cátedra surgieron, ya desde los primeros años, varias iniciativas de difusión y profundización de esta psicología que es coherente con la fe y armoniza con la verdad que nos presenta la verdadera religión que es la católica, con la única realidad del hombre. Estas iniciativas fueron: 1°) la publicación, de amplia trascendencia internacional, de “*La psicología ante la gracia*” (EDUCA, 1997), que tuvo varias ediciones y ha sido traducida al italiano; 2°) la organización de las *Jornadas de Psicología Cristiana*, 3°) los cursos de extensión sobre la psicología profunda de San Juan de la Cruz y, 4°) la publicación de las primeras Actas de las Jornadas de Psicología Cristiana bajo el título “*Bases para una psicología cristiana*” (EDUCA, 2005), con varias ediciones y amplia difusión internacional. Después de un arduo trabajo salió también a la luz el libro del Pbro. Dr. Ignacio Andereggen “*Antropología profunda, el hombre ante Dios según Santo Tomás y el pensamiento moderno*” (EDUCA, 2008) con temas que interesan a los psicólogos especialmente los capítulos sobre “Cristo y su relación con la psicología” y “Santo Tomás psicólogo”.

Fueron muy fructíferas las *Jornadas de Psicología Cristiana* arriba mencionadas, que comenzaron en el año 2004, al principio oficiales de la Facultad de



Filosofía y Letras de la UCA (de donde dependía la carrera de Psicología), y que se han realizado desde aquel entonces sin interrupción; desde 2020 en forma virtual en el Instituto Internacional Santo Tomás de Aquino y San Juan de la Cruz, cuyo fundador y presidente es el Pbro. Dr. Andereggen y donde participaban el Dr. Echavarría, la Dra. Schell, la Dra. Seligmann, la Dra. De Ruschi, el Lic. Lego y destacados profesores de Europa y América; después se realizaron nuevamente en forma presencial en el área de Psicología de la Sociedad Tomista Argentina, coincidiendo con la *Semana Tomista* desde 2024.

Ya entonces, enseñaba el Pbro. Dr. Andereggen que: “La Iglesia en el Concilio Vaticano II nos recuerda que para entender al hombre es necesario mirar a Jesucristo. Este es el punto de vista absoluto de nosotros los creyentes.

Todos los esfuerzos de la razón humana por supuesto son necesarios y útiles, pero no pueden llegar nunca a esta perspectiva de fondo, que es la que tiene que iluminar desde adentro toda la visión del hombre concreto: la visión de la humanidad así como es, como transcurre en su vida histórica, como es la vida personal de cada uno de nosotros. Lo que cada uno es no se puede entender solamente con un estudio filosófico, que es necesario e imprescindible, pero no suficiente. Solamente se puede entender y vislumbrar a la luz de la gracia de Dios. Porque estamos llamados a ser como Dios.

La vida humana es vida plena, vida sana, normal, cuando llega a su fin, o cuando está encaminada a su fin. Es deformada, signada por la deficiencia, que es lo que llamamos pecado, cuando se aleja de su fin, cuando no está ordenada a la visión y al amor de Dios. Por eso, para entender al hombre tenemos que recurrir a Cristo. Para considerar en profundidad la vida humana tenemos que atender a la Revelación, a nuestra fe.”¹

Tal visión realista, integradora, ordenadora *desde lo alto*, no se había presentado nunca antes en dicha universidad en los estudios de la Psicología, aun cuando desde la creación de estas carreras y de la Pontificia Universidad Católica Argentina misma, se exigía el dictado de las asignaturas filosóficas y teológicas tendientes a la formación integral del profesional católico que debe dar testimonio de su fe en el despliegue de su vocación.

La amplia difusión de las diversas formas de psicoanálisis, después introducidas en los ámbitos académicos llevó, hace ya casi un siglo, al psiquiatra católico y tomista Rudolf Allers, a advertir sobre los peligros de esta “obsesión por lo inferior” de la psicología contemporánea, esa “mirada desde lo bajo” que ha pervertido la mentalidad occidental que ha caído bajo el yugo del materialismo y otras filosofías que no responden a la verdad sobre el hombre.² Allers critica con mucha firmeza el hecho de que los estudios de la normalidad psicológica se hacen desde las conductas enfermas, desde las estructuras de pecado, y esto no nos dice nada sobre lo que es el hombre, sino su deformación; es el hombre herido y desfigurado el que se toma como norma.

Los estudios sobre la vida de la gracia y el desarrollo espiritual como camino de santidad y de salud mental, encuentran también su correlato en reconocidos científicos dedicados a la investigación y la práctica de la Psicología y la Psiquiatría, y muchas veces ignorados en la vida universitaria. Uno de ellos es el ya citado psiquiatra vienés (contemporáneo de Freud y discípulo de Alfred Adler) Rudolf Allers quien afirmaba con mucho realismo que: “*la salud anímica en sentido*

¹ AAVV, *Bases para una psicología humana*, EDUCA, Buenos Aires, 2005, 10-11

² Cfr. Rudolf Allers, *El amor y el ins4nto, estudio psicológico*, en Andereggen-Seligmann, *La psicología ante la gracia*, EDUCA, Buenos Aires, 1997, 308. Publicado en Etudes Carmelitaines, Ed. Desclée de Brouwer, Brugges, 1936.

*estricto no puede alentar más que sobre el terreno de una vida santa, o por lo menos de una vida que tiende a la santidad*³ Y por eso concluye que “*al margen de la neurosis no queda más que el santo*”⁴, confirmando la tesis de que neurosis y santidad son mutuamente excluyentes.

Por obra de la Providencia Divina y porque Dios hace todo para el bien de los que lo aman, los frutos de estas iniciativas de la cátedra de Teología no tardaron en aparecer y, si bien ya no había vinculación con la misma, Dios quiso que estas ideas sobre la verdad del hombre y su psiquismo se multiplicaran exponencialmente a medida que pasaban los años, y más aún cuando pudo usarse el recurso de internet para la difusión de los contenidos a través de conferencias, congresos, cursos, publicaciones, bibliografía, etc. Ocupan un lugar muy importante los videos sobre estos temas y el uso de este medio de comunicación para difundir, en general, el pensamiento tomista.

También se vieron los frutos en las tesis dirigidas por el Pbro. Dr. Ignacio Andereggen: las de licenciatura tanto de Psicología como de Filosofía de Martín Echavarría, Patricia Schell y Pablo Lego; y las de los doctorados, que sistematizaban las problemáticas de la psicología actual desde una visión tomista e integradora. Entre ellas se destacan, por ejemplo, para el estudio de la Psicología General y especialmente en la difusión de la Psicología Tomista, la de Martín Echavarría: “*La praxis de la psicología y sus niveles epistemológicos según Santo Tomás de Aquino*” (se publicó por primera vez en 2005 en España y se reeditó en Argentina, Brasil y en Italia), con varias ediciones y traducciones; la de Zelmira Seligmann “*El Tratado de la ley en la Suma de Teología de Santo Tomás de Aquino y la psicología moderna*” (publicada en EDUCA en 2012); y la de Patricia Schell “*La configuración de la mente y su apertura a la trascendencia según Santo Tomás de Aquino*” (Sponsa verbi, 2021).

Es importante subrayar el hecho de que muchos psicólogos (y estudiantes de psicología) de Argentina y de otras partes del mundo, conocieron esta novedosa propuesta de una verdadera psicología coherente con la fe y fundamentada en la Tradición de la Iglesia



(Padres de la Iglesia, santos, doctores de la Iglesia, Magisterio, etc.) y encontraron una luz a su desilusión frente a lo que habían estudiado (aún en universidades católicas), que sin duda no servía para nada en la comprensión del hombre y sus problemáticas vitales. Así, muchas veces, comunicaron su alegría por encontrar un camino hacia la verdad que se les había negado en su formación académica e incluso en su actividad laboral, y manifestaron de palabra o por las obras que luego hicieron, su deseo de seguir este proyecto de mirar hacia lo alto y volver a la verdadera psicología: la del hombre real que tiene un fin último que le da plenitud, el hombre que busca la felicidad que está sólo en Dios. Debemos aclarar que muchos de los que conocieron la propuesta, no siempre fueron fieles al tomismo y a las ideas enseñadas por el Pbro. Dr. Andereggen, sobre todo en un tema tan central en la psicología como es el de la gracia y su dinamismo en la vida psíquica. Creo que la tendencia naturalista y las deformaciones de la propia formación universitaria tuvieron mucho peso y, en varios grupos y posteriores instituciones, se desvirtuaron las clarísimas enseñanzas del Aquinate sobre la gracia y el pecado.

No podemos dejar de mencionar este elemento tan importante de difusión de la verdadera psicología como fueron los congresos, conferencias, jornadas, etc. realizados en Argentina y en otros países—a los que luego siguieron la fundación de sociedades, grupos, instituciones, movimientos, etc.—donde participaban el Pbro. Dr. Andereggen y/o sus discípulos.

³ Rudolf Allers, *Naturaleza y educación del carácter*, Barcelona, Labor 1950, 311

⁴ Rudolf Allers, *Naturaleza y educación del carácter*, Barcelona, Labor 1950, 310

En los comienzos de las *Jornadas de Psicología Cristiana* realizadas en la Pontificia Universidad Católica de Buenos Aires, participaron por ejemplo Klaus Droste, de Chile (como conferenciante), actualmente decano de Humanidades en la Universidad San Sebastián de Santiago de Chile, el psiquiatra uruguayo Dr. Pablo Verdier, profesor de la Universidad Finis Terrae y docente en el Magister de Psicología Integral de la persona en la misma universidad de Santiago de Chile, fundador de APSIP (Asociación de Psicología Integral de la Persona) y que ha hecho una edición muy interesante y cuidada sobre los *Textos de Psicología y psiquiatría del Magisterio Pontificio*⁵, o un grupo de estudiantes de Mendoza (Argentina) liderados por Marcos Randle, luego fundador de *Ceytec o Pharus*.

Los exalumnos del Pbro. Dr. Andereggen, en el exterior, asumieron cargos importantes para la formación de nuevos profesionales con esta visión integradora en Universidades extranjeras. El Dr. Martín Echavarría desde 2003 a 2023 ocupó el cargo de director de estudios de la Licenciatura y de Grado en Psicología y fue Decano de dicha Facultad en la Universidad Abat Oliba CEU de Barcelona. Varios de sus alumnos siguen la psicología tomista y ya son profesores de la Universidad. El Dr. Echavarría es miembro ordinario de la Academia Pontificia de Santo Tomás (Roma) y allí se le reconoció el mérito de la difusión de la psicología tomista. Afirmar Echavarría: “es especialmente en los últimos veinte años que la aplicación del pensamiento de Santo Tomás a la psicología ha ido creciendo en todo el mundo, en gran medida por la influencia del P. Ignacio Andereggen y sus discípulos, entre los que nos contamos la Dra. Patricia Schell y yo mismo. Encontramos así, diversos e interesantes desarrollos de una psicología inspirada en Santo Tomás en Argentina, en España, en Italia, en Estados Unidos, en Suiza, en Brasil, en Chile, en Perú, en Colombia, en México, y en muchos otros países.”⁶

También el Licenciado Pablo Lego, discípulo del Pbro. Dr. Andereggen, fue llamado para crear y dirigir

la carrera de Psicología en la Universidad San Pablo de Arequipa, Perú, desde 2007 hasta el año 2011, siendo actualmente consultor de dicha carrera. Tomó a Santo Tomás como guía en el plan de estudios y por su iniciativa se hicieron Congresos muy importantes y multitudinarios; se invitaban personalidades de distintos lugares del mundo (como la Dra. Mercedes Palet de Suiza) que daban cursos tanto para alumnos como para profesores. Llegaron especialmente argentinos formados por el Pbro. Dr. Andereggen y que difundían la visión integradora que él les había enseñado. Todo esto fue muy fructífero porque salieron muchos egresados que son ahora psicólogos tomistas, incluyendo la actual directora de la carrera Dra. Lorena Díez Canseco que sigue la propuesta tomista tanto en la estructura del plan de estudios como en los contenidos de las materias.

En Colombia, varios psicólogos (algunos que ya habían estudiado Teología) tenían la inquietud de unir la psicología con la fe, sobre todo por el tema de la gracia que era totalmente negado en los estudios de psicología y que conocían por sus anteriores estudios de Teología. Encontraron textos del Dr. Echavarría y la Dra. Zelmira Seligmann y propusieron hacer un Congreso (en 2018) a través del Movimiento *Lazos de Amor Mariano*. Luego se hizo un *II Congreso de Psicología Católica* en enero del 2020 en Medellín, por indicación de José Rodrigo Jaramillo, con el interés de seguir una verdadera psicología, intrínsecamente



⁵ Pablo Verdier Mazzara (ed) *Psicología y psiquiatría*, textos del Magisterio Pontificio, BAC, Madrid 2011

⁶ Patricia Elena Schell, *El crecimiento humano, hacia una psicología del desarrollo según los principios de Santo Tomás de Aquino*, Buenos Aires 2025, Sponsa Verbi, 8

católica. Allí asistieron unos 150 psicólogos y psiquiatras que deseaban formarse con las clases, en ese momento, de la Dra. Zelmira Seligmann y de la Dra. Patricia Schell. Luego empezaron a organizarse en diversos grupos, pero había quedado claro que debía ser integrado el tema de la gracia, pues vieron su centralidad, y allí encontraron como una gran luz que iluminaba su formación y quehacer profesional. Nacieron varios grupos de formación con los textos que había en internet y las conferencias grabadas en ese congreso; también hubo muchas iniciativas para la aplicación de la psicología católica y así surgieron también varias organizaciones que difunden y trabajan con la verdadera psicología. Abrieron una clínica llamada *Gracia salutis* (está al frente Diego Castaño Gomez, Lina Usma Torres y Katherine Alfonso Salazar), con lugar físico, es oficial y aprobada por el ministerio de salud de Colombia; un proyecto educativo también con lugar físico, *Crianza virtuosa* (con una primera publicación sobre “*La crianza y educación virtuosa en la familia*” con el prólogo de la Dra. Zelmira Seligmann); la organización *Preparando tu corazón para amar* (de la psicóloga Tatiana Quintero); el Centro psicológico *Edith Stein* en Marinilla; Sara y Diego Zuluaga forman Dosiell, psicólogos católicos dedicados a solucionar problemas matrimoniales; y quizás muchos otros que por ahora desconocemos.

En Brasil, el psicólogo Rafael de Abreu también decepcionado de los estudios de psicología en los que estaba, buscaba una antropología católica, pues las

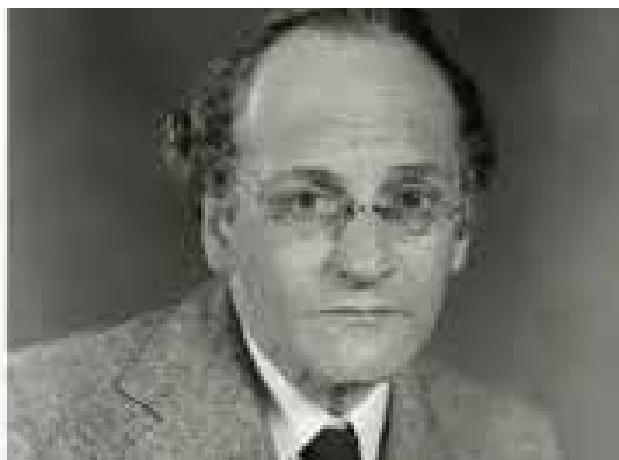


que le enseñaban eran claramente erróneas. Primero conoció la escuela de Viktor Frankl pero ésta no lograba satisfacer el deseo de verdad que lo movía. Un sacerdote le habló de la psicología tomista y comenzó a investigar de qué se trataba. Sidney Silveira se convirtió en su maestro y le enseñó Psicología Tomista, haciéndole ver los temas de la gracia, la sobrenaturalidad del ser humano, la metafísica, etc. viviendo así la experiencia del encuentro con la verdad. Después conoció los trabajos del Dr. Martín Echavarría y de otros profesores, lo cual le hizo darse cuenta de que en otros lados del mundo se hablaba de la Psicología Tomista y de la actualidad de Santo Tomás. En 2012 encontró los textos de la Semana Tomista y así a distintos autores como el Pbro. Dr. Ignacio Andereggen, Zelmira Seligmann, Patricia Schell, Mariana De Ruschi, etc. quienes fueron fundamentales para su estudio, profundización y crecimiento. Ve claramente que el estudio de la psicología tomista es querer crecer, cuando se estudia con seriedad. Así descubrió su misión de presentar al público brasileño los autores que había conocido. En 2014 y 2015 hizo una página de internet, donde traducía trabajos de estos profesores para difundir su pensamiento. Se presentó como psicoterapeuta tomista y en 2022 nació el *Instituto de Psicología Tomista* para tener un espacio desde donde divulgar el pensamiento tomista de forma más amplia y profesional. El objetivo del Instituto es promover que los profesionales de la salud mental conozcan la relevancia de Santo Tomás y que más pacientes puedan ser ayudados por el Aquinate, ya que esta psicología es la verdadera y la más real. Ha realizado varios y multitudinarios Congresos y es autor de un libro sobre Psicoterapia Tomista⁷. Reconoce la acción de la gracia en todo este camino y actualmente afirma: “no soy yo quien encontré a Santo Tomás sino ha sido Santo Tomás quien me encontró a mí”.

Hemos encontrado al menos otros dos grupos, uno en Río de Janeiro, informal, guiado por Sidney Silveira (maestro de Rafael de Abreu), quien comenzó a difundir en Brasil la Psicología Tomista hace alrededor de 15 años luego de leer el libro de Martín Echavarría arriba

⁷ Rafael de Abreu, *Introdução a Psicoterapia tomista*, Editora Domine, 2023

⁸ Comunicación epistolar con el Dr LamarPne CavalcanP



citado que corresponde a su tesis doctoral dirigida por el Pbro. Dr. Ignacio Andereggen. Otro grupo dirigido por el psiquiatra Lamartine Cavalcanti quien, siendo católico practicante y también decepcionado por los estudios de la psiquiatría contemporánea (corrientes psicoanalíticas u organicistas), oye hablar de la Psicología Tomista y decide profundizar sus estudios. En 2022 comienza las actividades online del llamado *Instituto De anima* con el enfoque aristotélico-tomista en temas relacionados con la mente humana, pero afirma que “bajo el prisma exclusivamente filosófico y/o científico, sin el empleo de argumentos o conceptos teológicos y morales”.⁸

En Italia, el Pbro. Dr. Andereggen (y algunos de sus discípulos entre los que me cuento) fue llamado por el psicólogo Stefano Parenti, para dar conferencias en los Congresos que organiza anualmente y las Jornadas de formación de los psicólogos católicos de Italia, entre los que incluyó un retiro espiritual para psicoterapeutas en el año 2024. Crea en Milán, junto al psicólogo Roberto Marchesini, la *Asociación de Psicología Católica Italiana*, porque ambos ven la necesidad de construir una unidad entre la vida personal y la profesional, o sea entre la fe y la psicología. “Para quienes, como el que suscribe, son psicólogos y psicoterapeutas católicos —escribe Marchesini en el prefacio al libro de Rudolf Allers, *Psicología y catolicismo*—, siempre hay un riesgo inminente. El

riesgo es el de fragmentarse, es decir, ser católico en la oración diaria, en la asistencia a los sacramentos, en el intento de aplicar la doctrina social de la Iglesia donde sea posible; pero luego dejar todo esto fuera de la sala de terapia.”⁹ Frente a este riesgo de escisión, el camino de unidad lo encuentran en la recuperación de la tradición, la confrontación con las doctrinas contemporáneas y el tentativo teórico y práctico de una psicoterapia católica. Afirman: “Recuperar la tradición significa estudiar apasionadamente lo que la Iglesia, en más de dos mil años de historia, enseña sobre el hombre. Una “psicología católica” que no solo es ignorada por las universidades (incluidas las católicas) sino que incluso negada ... Es precisamente hacia la Edad Media que Marchesini y Parenti dirigen su mirada, esa era “intermedia” considerada oscura por el mundo moderno, en la que, sin embargo, brillan para los cristianos testimonios luminosos, cuyo máximo exponente es la majestuosa contribución de Santo Tomás de Aquino. El Doctor Común de la Iglesia ofrece una síntesis ordenada de los conocimientos previos (desde las filosofías griegas hasta las maravillosas intuiciones de los Padres de la Iglesia) según un estilo y una configuración centrada en la razón, que se adapta bien a los tiempos modernos.”¹⁰ Y prosigue: “La lectura de la antropología tomista se realiza tanto directamente, en los textos de la Suma Teológica, como con la aportación de algunos autores contemporáneos, como los discursos del Papa Pío XII en materia de psicología y la teología del cuerpo de Juan Pablo II. Se trata de contribuciones que proponen juicios sobre los enfoques contemporáneos. Pío XII advirtió contra la actitud de fondo de los psicólogos modernos: “*Se ha creído que había que acentuar la oposición entre metafísica y psicología. ¡Cuán equivocadamente! Lo psíquico pertenece también al dominio de lo ontológico y de lo metafísico*”¹¹. Juan Pablo II destacó la diferente antropología subyacente a las corrientes del siglo XX: “la visión antropológica, a partir de la cual se mueven muchas corrientes en el campo de la ciencia psicológica en el mundo moderno, es decididamente, en su conjunto, irreconciliable

⁹ www.psicologiacaVolica.it/chi-siamo/

¹⁰ www.psicologiacaVolica.it/chi-siamo/

¹¹ Audiencia del 13 de abril de 1953, a los participantes del V Congreso Internacional de Psicoterapia y de Psicología Clínica



con los elementos esenciales de la antropología cristiana.”¹²

Stefano Parenti ha publicado un valioso libro intitulado *Sulle spalle dei giganti, Psicoterapia nella prospettiva di Tommaso d'Aquino*¹³, donde también relata su experiencia personal, reconociendo las falencias de los estudios y la gravedad del hecho de que, si bien detrás de toda psicoterapia hay una antropología, era desconocida para los alumnos y aún para las autoridades, y por eso se seguían orientaciones psicoterapéuticas erróneas. Y esto sucedía aún con los católicos, por lo que se generaba una escisión en la propia personalidad. Y lo expresa así: “Esta conciencia se forma gradualmente dentro de mí, procurándome un ansia por saber el modo en que debía enfrentar a los pacientes. Estaba preocupado por utilizar instrumentos que, en el fondo, habrían traicionado lo que yo ya había encontrado. Si Jesús era Aquel que me había salvado, ¿porqué habría de proponer otra cosa a los pacientes?”¹⁴ Fue la Providencia que hace que se encuentre con Roberto Marchesini que varios años antes, en la misma búsqueda, ya había encontrado al psiquiatra tomista Rudolf Allers. Es así como decide construir una psicoterapia en sintonía con la antropología cristiana y a partir de la tradición.

Reconociendo la importancia del contacto con otros profesionales y el diálogo con otras personalidades de nivel internacional, comenta: “La primera es la que definirán como la “*escuela argentina*”, es decir, un grupo de docentes universitarios y profesionales que, congregados alrededor del padre Ignacio Andereggen, intentan un desarrollo contemporáneo de la psicología tomista: Martín F. Echavarría, en la Universidad Abat Oliba de Barcelona, Zelmira Seligmann, en la Universidad Católica de Buenos Aires, Patricia Schell, Pablo Lego y otros. En un segundo momento profundizan en el modelo el Institute for Psychological Science, de Arlington en EE. UU. (ahora Divine Mercy University) que tiene en Paul Vitz al principal exponente.”¹⁵

En México hace ya varios años que el Pbro. Dr. Andereggen da cursos sobre psicología en diversas ciudades y universidades de este país, los cuales pueden encontrarse en internet. En el año 2025 el psicólogo Alberto Garza ha invitado al Pbro. Dr. Andereggen a dictar el curso de “Psicología como instrumento de la verdadera sanación” organizado por el *Centro de escucha San Juan de Dios, Edutip formación humana*, y avalado por el *Instituto Internacional Santo Tomás de Aquino y San Juan de la Cruz* y la *Sociedad Tomista Argentina*, en México.

En Francia también ha surgido el interés por la verdadera psicología y se ha publicado un libro con artículos en francés del Pbro. Dr. Andereggen y la Dra. Zelmira Seligmann.

A modo de síntesis podemos decir que, ya en 1936 Edith Stein se lamentaba de encontrar una “psicología sin alma”¹⁶ y Rudolf Allers (amigo de la santa) una psicología obsesionada “por lo inferior”; por eso es clave el camino que Dios ha permitido en este tiempo para la difusión de la verdadera psicología, y es partiendo de la cátedra y los estudios tomistas de Teología. A Rudolf Allers le gustaba citar el salmo 8, 5-6: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder? Lo hiciste poco inferior

¹² www.psicologiacaVolica.it/chi-siamo/

¹³ Stefano Parenti, *Sulle spalle dei giganti, Psicoterapia nella prospettiva di Tommaso d'Aquino*, D'Evoris Editori, Crotone, Italia 2024

¹⁴ Ibidem, 26

¹⁵ www.psicologiacaVolica.it/chi-siamo/



que los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad; le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies”¹⁷

Curriculun Vitae

Licenciada en Psicología, Profesora de Psicología y Pedagogía por la Pontificia Universidad Católica “Santa María de los Buenos Aires”. Licenciada en Filosofía y Doctora en Filosofía por la Universidad Pontificia “Regina Apostolorum” de Roma. Profesora titular en la Universidad Católica de La Plata (UCALP) en las Facultades de Ciencias de la Salud y de Humanidades. Ejerció la docencia en la Pontificia Universidad Católica Argentina “Santa María de los Buenos Aires” (UCA) y como profesora titular de Psicología General en la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino (UNSTA). Autora y co-autora de varios libros y múltiples artículos. Vicepresidente de la Sociedad Tomista Argentina.

Publicado por Asociación de Psicología Integral de la Persona: <https://www.apsip.org/articulo-del-mes/octubre/2025>

¹⁶ Edith Stein, *Obras selectas*, Monte Carmelo, 1997, Burgos, 440

¹⁷ Hebreos 2,7

Un nuevo centenario del primer Concilio de Nicea



P. Anthony Queirós, L.C.
Licenciado en Teología Dogmática

Este año marca el 1700° aniversario del primero de los concilios ecuménicos. Posiblemente, cuando los obispos venidos de todas partes del Imperio Romano, e incluso de regiones más allá de sus fronteras, se reunieron en la ciudad de Nicea en el año 325, no eran plenamente conscientes de la trascendencia de su gesto. Apremiados por una cuestión urgente –la difusión del arrianismo y la confusión doctrinal que esta herejía provocaba–, los Padres de Nicea (318 según el legendario número) se dedicaron a debatir cómo preservar la fe cristológica y trinitaria, que en aquel momento se encontraba amenazada.

Sin embargo, el alcance de la reunión de Nicea superó la urgencia inmediata de su problemática y las complejas circunstancias históricas que motivaron su convocación. Este concilio se convirtió en un hito en la historia de la Iglesia. Y esto no solo por la respuesta que ofreció al arrianismo, codificada en el Credo que, completado más tarde en el Concilio de Constantinopla, sigue siendo hasta hoy expresión litúrgica de la fe común en diversas tradiciones cristianas. Nicea, sobre todo, representa un paradigma eclesiológico, ecuménico y teológico que continúa iluminando a la Iglesia a lo largo de los siglos.

Nicea como paradigma eclesiológico

El Concilio de Nicea ofrece un modelo de Iglesia que se define no por la autorreferencialidad, sino por su misión fundamental: confesar la fe en Cristo, el Hijo de Dios vivo. Así como Pedro reconoció a Jesús en Cesarea de Filipo con la confesión que fundamenta la Iglesia (Mt 16,16), los obispos reunidos en Nicea

se congregaron no para debatir sobre sí mismos, sino para proclamar con claridad la verdad de la divinidad del Señor. Este evento eclesiológico de primera importancia subraya que la identidad eclesial no se construye primariamente en torno a discusiones sobre su estructura o función, sino en torno a su fidelidad al mensaje evangélico. Nicea recuerda que la Iglesia es auténticamente ella misma cuando, como cuerpo visible y unido, se reúne para profesar su fe en Cristo y proclamarlo al mundo. Esta dimensión eclesiológica de Nicea sigue siendo una llamada a volver a centrar nuestra mirada en la misión que da vida y sentido a la Iglesia.

Nicea como paradigma ecuménico

El Concilio de Nicea permanece como una referencia común para las Iglesias cristianas históricas, un punto de unidad en torno a la proclamación de la fe en Cristo. A lo largo de los siglos, el Credo niceno-constantinopolitano ha sido recitado en las liturgias de Iglesias de Oriente y Occidente, confesiones que, pese a sus diferencias, reconocen en este texto una expresión fiel de la verdad central de la fe cristiana.

Este año 2025, el 1700° aniversario de Nicea será conmemorado con celebraciones y encuentros ecuménicos en diversos lugares, recordándonos que la claridad doctrinal y la fidelidad a la verdad evangélica tienen el poder de unir a los creyentes. Nicea enseña que la unidad cristiana se construye en la comunión que nace de proclamar juntos la fe recibida de los apóstoles. Este legado sigue siendo



una invitación a construir puentes entre las Iglesias y confesiones cristianas, manteniendo el núcleo de la fe como su fundamento común.

Nicea como paradigma teológico

En teología, el Concilio de Nicea es recordado especialmente por el término técnico que utilizó para describir la relación entre el Padre y el Hijo: *homoousios*, consustancial. Frente a la doctrina arriana, que empleaba los términos bíblicos tradicionales para sostener la desigualdad entre Padre e Hijo, los Padres de Nicea recurrieron a un término de connotaciones filosóficas como clave hermenéutica de las afirmaciones de las Escrituras. Lo hicieron convencidos de que esta expresión, aunque no fuera de origen bíblico, transmitía con precisión lo que la Iglesia comprendía al leer la Escritura en la continuidad de su tradición.

Esta elección teológica ha generado críticas en los siglos posteriores. Adolf von Harnack, por ejemplo, en el siglo XIX, acusó a la teología patristica y, en particular, al Concilio de Nicea, de promover una “helenización del cristianismo” que, según él, debía ser abandonada.

La crítica de la “helenización” del cristianismo ignora un hecho fundamental que el Concilio de Nicea ejemplifica: la capacidad de la Iglesia para generar un lenguaje teológico propio. Como ha señalado la Comisión Teológica Internacional, «la Iglesia se ha

creado su propio lenguaje en un proceso por el que la fe se hace palabra y ha expresado así con la palabra realidades que anteriormente no se percibían»¹.

Nicea no se limitó a adoptar términos filosóficos externos. Ni siquiera la idea de “inculturación” describe con exactitud su obra. Lo que hizo el Concilio de Nicea fue transformar y elevar el lenguaje filosófico en servicio de la verdad revelada. Este enfoque, lejos de diluir el mensaje cristiano en una cultura ajena, demuestra cómo la teología puede asumir críticamente los conceptos de su contexto cultural, purificándolos y dándoles un nuevo significado. En este sentido, el modelo teológico inaugurado en Nicea sigue siendo un desafío actual: una teología que considera su inserción en la cultura como una tarea crítica, que toma el lenguaje filosófico de su tiempo y lo reconfigura a partir de su fidelidad a la fe transmitida en la Iglesia.

El Concilio de Nicea, al cumplirse 1700 años, sigue siendo un paradigma eclesiológico, ecuménico y teológico fundamental para la Iglesia. Como modelo eclesiológico, nos recuerda que la Iglesia se define por su fe en Cristo y por su misión esencial de profesar y anunciar esa fe. En su dimensión ecuménica, Nicea permanece como un punto de referencia común, unificando a las Iglesias y confesiones cristianas en torno a la confesión de la divinidad del Hijo. Y, en el plano teológico, el Concilio mostró cómo la Iglesia puede tomar elementos de la cultura circundante para generar un lenguaje propio, que no diluye el mensaje cristiano, sino que lo expresa con mayor claridad y verdad. En este aniversario, podemos ver cómo el Concilio de Nicea sigue siendo un referente vivo para la Iglesia, una llamada a profesar la misma fe y a actuar con la misma confianza en el Evangelio.

(publicado en *Ecclesia. Revista de cultura católica*, 39 No.2 (2025), 117-119)

¹COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La interpretación de los dogmas* (1989), III,3, texto castellano de <https://www.vatican.va>.



¿Es correcto hablar de “especismo”?



P. Fernando Pascual, L.C.
Doctor en Filosofía
Licenciado en Teología

Algunos defensores de los animales denuncian la injusticia del “especismo” (o especieísmo), una actitud discriminatoria que debería ser superada como habrían quedado superadas, en el pasado, otras graves discriminaciones.

Un autor que hace suya esta denuncia contra el “especismo” es Peter Singer. Singer explica que la humanidad ha logrado eliminar, con gran esfuerzo y después de muchos siglos, actitudes y modos de organizar la vida social basadas en el racismo y en el sexismo. Tocaría ahora, según este autor, superar el “especismo”, una actitud basada sobre una tesis insostenible: creer que entre hombres y animales existen diferencias esenciales, y que el hombre sería siempre superior a todos los animales.

Desde una reflexión sobre el racismo y sobre el sexismo podremos afrontar mejor el tema del especismo.

Racismo y esclavismo

El racismo afirmaba que había razas inferiores y superiores, y que según las razas se podría también concluir que había seres humanos inferiores y superiores.

El racismo establecía, por lo tanto, una radical distinción entre seres humanos. Unos, normalmente los de la propia raza, gozarían del ejercicio de un buen número de derechos. Otros, de razas diferentes, estarían privados de derechos humanos fundamentales. Incluso podrían ser tratados como esclavos, sometidos en todo a sus señores, y vejados a través de diversas formas de violencia.

El trato violento de unos seres humanos sobre otros, en el pasado y el presente, no se ha basado solo en el racismo. Han existido y existen ideologías que consideran a algunos seres humanos como “superiores” y a otros como “inferiores”. En el esclavismo ocurría esto incluso entre personas de la misma raza: ¿es que no hay quienes esclavizan a niños que tienen el mismo color de la piel de los adultos y que hablan el mismo idioma de sus “señores”?

Algo parecido podemos decir de algunas aplicaciones del marxismo: los líderes revolucionarios y los miembros de la clase proletaria eran tratados como superiores, mientras que los enemigos de la revolución y los burgueses-capitalistas eran tratados como inferiores. Y lo mismo se aplica en algunos sistemas totalitarios: quienes apoyan al dictador de turno se convierten en privilegiados, y los opositores son tratados, en muchas ocasiones, peor que los esclavos en el pasado.

El racismo, conviene siempre tener presente esto, no era ni es la única ideología que establece discriminaciones arbitrarias entre los hombres, sino que existen otros modos de despreciar a unos seres humanos y de sobrevalorar a otros. En ese sentido, algunos análisis sobre el tema suelen resultar bastante incompletos, al limitarse muchas veces a hablar sobre el racismo como fuente de discriminaciones gravemente injustas, y olvidar otros fenómenos de igual o de mayor gravedad. ¿No es también una fuerte discriminación, muy presente en nuestros días, el aborto de miles de hijos porque tales hijos no tienen las características deseadas por sus padres?



Sobre el esclavismo hay que añadir una ulterior reflexión. El esclavismo ha tenido (y tiene, pues no ha desaparecido) muchas formas y muchos matices. Hay esclavismos coyunturales, por ejemplo cuando los vencidos en una guerra se convierten en esclavos de los vencedores. Hay esclavismos raciales: algunos blancos esclavizaban a algunas poblaciones de raza negra, o algunas tribus de una etnia esclavizaban a tribus de otra etnia, aunque fuesen de la misma raza. Hay esclavismos incluso dentro de una misma tribu o nacionalidad, o esclavismos respecto a personas de nacionalidades distintas, aunque pertenezcan a la misma raza. Hay esclavismos en los así llamados países ricos sobre mujeres sometidas por la fuerza a convertirse en prostitutas.

Por eso, nos encontramos ante una simplificación errónea cuando alguien piensa que el racismo y el esclavismo tienen una única modalidad y una única teorización. Creer, por ejemplo, que los hombres de una raza son inferiores y, por lo tanto, deberían ser siempre esclavos o sometidos a otros, es algo que puede haber sido pensado por diversas personas, pero no por todas, ni siempre.

Las ideas racistas y esclavistas, que suponen despreciar a unos y sobrevalorar a otros, tienen orígenes variados, y no constituyen un factor uniforme a la hora de establecer discriminaciones entre los seres humanos.

En el mismo mundo griego, por ejemplo, donde se daban diversas formas de racismo y de esclavismo, Platón realizó una interesante crítica a este fenómeno

en alguno de sus escritos. Por ejemplo, en el diálogo titulado *Leyes*, Platón constataba la existencia de teorías distintas sobre la esclavitud, y pedía que, donde hubiera esclavos, fuesen de lengua distinta de la de sus dueños, y que recibiesen un trato justo (*Leyes* 777ce). Incluso el texto pide explícitamente que se cometan menos injusticias con los esclavos que con los iguales (los libres), como si se tratase de una especie de discriminación al revés...

En otro diálogo platónico, el *Político*, los esclavos son presentados como seres humanos sometidos al arte política, al igual que están sometidos los libres (*Político* 311bc). En otros textos, ciertamente, Platón habla de los esclavos como de hombres privados de muchos derechos, pero nunca dice que los esclavos sean menos hombres que los demás.

Por su parte, Aristóteles consideraba que los esclavos tenían inteligencia y voluntad, si bien no podían “poseerla”, no podían ejercitarla (*Política* I 13). Esta idea aristotélica muestra un reconocimiento de la igual naturaleza humana entre unos y otros, al mismo tiempo que constataba la existencia de un distinto posicionamiento en la vida social: los libres pueden ejercitar sus derechos (poseen su voluntad), y los esclavos están sometidos en sus derechos a otros.

Que tal sometimiento fuera debido a la “naturaleza” (una idea que expone Aristóteles en *Política* I 2-4) no debería entenderse como si Aristóteles afirmase la existencia de dos “sub-especies” humanas (los esclavos y los libres), sino desde la constatación de la existencia de características reconocidas que permitían establecer diferencias entre unos y otros, si bien tales características, añade Aristóteles, eran vistas de modo diferente entre los griegos y los “bárbaros”. Para Aristóteles, conviene recordarlo, tanto el esclavo como el libre eran seres humanos.

Las ideas en las que se basaba el sistema esclavista eran tan “débiles” que en algunos pueblos antiguos el esclavo (o alguien en su nombre) podía “comprar” o conseguir la propia libertad, pasar del estado de esclavitud al estado de la libertad (algo que podría valer para esclavos de razas distintas). Si el esclavismo de esos pueblos se basase sobre una distinción “natural” entre unos y otros, el dejar de ser esclavos habría sido algo impensable, cuando en realidad era posible...



Es oportuno añadir aquí el hecho de que los cristianos acogieron con pleno favor a los seres humanos de razas diferentes y de clases sociales muy variadas, inclusive a los esclavos. Todos los seres humanos, ricos o pobres, blancos o negros, hombres o mujeres, esclavos o libres, podían recibir el bautismo y participaban en las mismas ceremonias religiosas.

También es cierto que hubo cristianos que no se opusieron al sistema esclavista, o incluso que tenían sus propios esclavos. Pero el reconocer que los esclavos tenían derecho al bautismo, que podían convertirse en “hermanos” y que había que tratarlos como tales era una clara admisión de su dignidad y de la existencia de una naturaleza humana común, por encima de las diferencias de color, de condición económica o de derechos políticos.

Podemos concluir, por lo tanto, que no existía (ni existe) una única forma de racismo ni una única forma de esclavismo, y que en muchas ocasiones el racismo no se ha basado en la afirmación según la cual entre los seres humanos habría diferencias esenciales entre unos y otros, sino que ha supuesto la igual condición humana de los esclavos y de los libres, aunque luego aplicase un trato distinto para unos y para otros.

Sexismo

Pasemos ahora al tema del “sexismo”. Según Singer, durante siglos se ha considerado a la mujer como un ser inferior. Habría sido tratada de modo discriminatorio, habría sido privada de derechos fundamentales por una ideología según la cual el sexo sería motivo suficiente para declarar quién era “superior” (el varón) y quién era “inferior” (la mujer).

De nuevo, habría que hacer muchas precisiones sobre el análisis anterior. Ha habido culturas y pueblos donde las mujeres podían participar plenamente en la vida profesional, sea en el campo, sea en otras actividades (textiles, mercantiles, incluso militares), a un nivel en el que se daba cierta “paridad” entre el hombre y la mujer.

En el pasado encontramos historias de mujeres que tuvieron un gran papel en la vida política. Recordemos, entre tantos nombres que podrían mencionarse, a Isabel la Católica en España o a Isabel I en Gran Bretaña.



Entre algunas teorizaciones antiguas que hablan de la mujer como “inferior” respecto del hombre, observamos detalles importantes. Platón, por ejemplo, consideraba a la mujer inferior respecto de su cuerpo; en cambio, en lo que se refiere al alma, a las facultades superiores (inteligencia, voluntad), la mujer sería idéntica al hombre, apta también para las actividades políticas y militares.

Esta idea platónica está construida sobre un punto clave: el reconocimiento del alma espiritual, respecto de la cual se da una igual dignidad entre hombres y mujeres. Al revés, si se niega la espiritualidad del alma humana, es casi imposible no caer en posiciones como las de Peter Singer (que no reconoce ninguna dignidad especial en el ser humano) y como las de numerosos ideólogos defensores de la opresión de los fuertes sobre los débiles.

Aristóteles, por su parte, hablaba de la mujer de forma semejante a como hablaba de los esclavos: la mujer tendría “razón” (facultades espirituales) pero no la “poseería”; en otras palabras, aunque se reconocía su condición humana (al tener racionalidad), la mujer estaría sometida en parte al hombre en el ejercicio de su racionalidad y libertad.

No se trata, por tanto, de una diferencia esencial (respecto a su alma) entre hombres y mujeres, sino de una diferencia basada en datos biológicos o sociológicos. Si miramos a lo específico del ser humano, a su racionalidad y a su espiritualidad, hombres y mujeres gozarían de la misma dignidad.

En el cristianismo es patente el reconocimiento de



la igual dignidad entre el hombre y la mujer. Los dos tenían el mismo origen, creados directamente por Dios. Los dos estarían destinados a la vida eterna. Los dos estarían capacitados para hacer un acto libre de fe y recibir el bautismo que los convierte en hijos de Dios.

Por lo tanto, afirmar que en el pasado el “sexismo” defendió una diferencia “esencial” entre el hombre y la mujer es no solo inexacto, sino que en muchas ocasiones es completamente falso, sobre todo cuando miramos a lo propio del ser humano, su espiritualidad.

Especismo

La idea presente en algunos animalistas según la cual el mundo moderno habría superado el racismo y el sexismo, pero todavía no habría superado el “especismo”, es inexacta y errónea. Porque hay que hacer muchas aclaraciones sobre el “racismo” y sobre el “sexismo” en el pasado y el presente, como acabamos de ver; y porque la noción de especismo es equívoca, como queremos mostrar ahora.

¿Qué se entiende por especismo? La palabra fue divulgada por un psicólogo de Oxford, Richard Ryder, conocido como defensor del movimiento animalista. Ryder definió especismo (en inglés “*speciesism*”) como la discriminación o abuso, por parte de los seres humanos, de algunas especies animales en base a la idea de que existiría una superioridad humana respecto de los animales.

En otras palabras, el especismo admitiría la existencia de una superioridad humana y basaría sobre la misma un comportamiento discriminatorio respecto de los animales (todos o algunos, también respecto de aquellos animales capaces de experimentar dolor).

En realidad, entre los seres vivos es algo común y generalizado considerar a los miembros de la propia especie como más afines a uno mismo, con una actitud que algunos califican como “discriminatoria”, y a los miembros de otras especies como lejanos según diversos grados.

Por ejemplo, los animales carnívoros actúan de modo particularmente agresivo respecto de muchos otros animales y no toman ninguna precaución o “respeto” hacia cientos de las plantas pisoteadas

en sus correrías por las praderas. Los herbívoros, por su parte, tratan con un respeto casi “nulo” a muchas plantas y a aquellos animales pequeños que sucumben aplastados por falta de atención de los herbívoros más grandes.

Que el hombre muestre una especial afinidad hacia otros seres humanos y les ofrezca (por desgracia, no siempre) un trato privilegiado es algo normal en el mundo de los vivientes, y no puede ser considerado un comportamiento antinatural.

Pero si además reconocemos, como hemos visto, que el hombre tiene unas facultades particulares, inteligencia y voluntad; si vemos que tales facultades nos llevan a demostrar que es un ser espiritual y, por lo tanto, digno; entonces no podemos no considerarlo como esencialmente diferente de los animales, lo cual conlleva un sinfín de consecuencias que sería injusto ver como “especistas” o discriminatorias.

Solo existe discriminación allí donde es tratado como diferente lo que es igual en dignidad. Los seres humanos, todos, gozan de la misma dignidad, mientras que los animales no tienen ni pueden tener la misma dignidad que los seres humanos, porque no están dotados de espiritualidad.

Podemos, por lo tanto, concluir que no es apropiado hablar de especismo a la hora de juzgar el modo según el cual los hombres se comportan respecto de los animales y de las plantas. Ciertamente, ello no es motivo para que el ser humano pueda abusar de modo totalmente egoísta, o con actitudes que podríamos calificar como crueles, de los muchos seres vivos que





comparten nuestro planeta. Pero condenar abusos no es lo mismo que hablar de especismo, porque tal noción es errónea y sin apoyo en la realidad.

Mientras algunos animalistas usan un término incorrecto y dedican ingentes esfuerzos para “mejorar” el trato que los seres humanos otorgan a algunos animales, millones de hombres y mujeres, niños o adultos, nacidos o sin nacer, son despreciados en su vida y en su salud, en sus derechos fundamentales y en su vocación profunda al amor.

La urgencia del mundo moderno no consiste en encontrar maneras para mejorar el trato de los animales, sino en trabajar para que todo hombre y mujer sea respetado y tratado según su dignidad intrínseca.

Por eso vale la pena invertir lo mejor de nuestras energías para proteger y tutelar la vida de los hombres y mujeres, de los no nacidos y de los ancianos, de los pobres y de los enfermos. Vale la pena evitar cualquier discriminación injusta basada en el color de la piel, en el tamaño, en las condiciones sociales, en las nacionalidades, en las creencias religiosas. Vale la pena, sobre todo, evidenciar por qué el hombre es un ser digno de respeto y esencialmente diferente de los animales, merecedor de nuestros mejores esfuerzos en favor de la realización de un mundo más justo y más solidario.



En defensa del más débil



P. Fernando Pascual, L.C.
Doctor en Filosofía
Doctor en Teología

Una señal de progreso de un pueblo es el esfuerzo por superar las discriminaciones, las violencias y las injusticias hacia los miembros más débiles de la sociedad.

La historia nos muestra que tal progreso no ha sido nunca fácil, que se han dado avances y retrocesos. Millones de seres humanos han sido perseguidos o maltratados de mil maneras, simplemente por ser diferentes, pero, sobre todo, por tener una capacidad reducida de defensa, por ser débiles.

La lista del recuerdo podría ser inmensa. Pensemos en los vencidos después de una batalla: muchas veces quedaban expuestos a todo tipo de violencia por parte de los vencedores. O pensemos en las mujeres en tantos pueblos y culturas, tratadas como ciudadanos de segunda clase, sometidas a infinidad de ultrajes, excluidas de las grandes decisiones de los pueblos, tratadas a veces como esclavas. O en muchos niños, golpeados, mutilados, esclavizados, explotados. O en los esclavos o las personas de una raza o religión diversa, menos “fuerte” que la raza o religión dominante.

No son cosas que pertenecen al pasado. También hoy se producen casos de masacres de prisioneros o enemigos. También hoy algunos hombres golpean y maltratan a las mujeres. También hoy millones de niños se ven reducidos a condiciones de esclavitud en lugares donde se fabrican, a muy bajo precio, juguetes, aparatos electrónicos o tapices. También hoy los miembros de algunas religiones sufren persecución en diversos países del mundo.

Frente a tanta prepotencia, el esfuerzo por defender a los débiles tiene que mantenerse siempre alerta. Ha habido conquistas importantes. Se han reconocido en muchos estados del mundo los derechos de la mujer. Se han establecido normas para evitar el abuso de los niños y su explotación en las fábricas o en el campo. Existen convenciones internacionales para defender a los prisioneros de guerra y condenar el uso de aquellas armas que pongan en grave peligro la vida de los civiles. El racismo es atacado por grupos que buscan un mundo en el que nadie sea excluido por el color de su piel, y lo mismo ocurre respecto de la intolerancia hacia los miembros de algunas religiones.

El esfuerzo por defender a los débiles debe también encontrar maneras para superar nuevas injusticias del mundo moderno. Pensemos, por ejemplo, en el aborto. Cada ser humano hemos vivido una etapa de nuestra existencia como embriones y como fetos. Era un momento de máxima debilidad, de total abandono en el cariño y en el cuerpo acogedor de nuestras madres.

Sin embargo, en muchos países del mundo se ha desarrollado una nueva cultura de la prepotencia en la que se permite la eliminación de esos individuos no nacidos, incluso como si se tratase de un “derecho” de la mujer.

No existe ningún “derecho a la prepotencia”. Si en la antigüedad un general vencedor se atribuía el “derecho” de violar o no a las mujeres del pueblo derrotado, hoy sabemos que ninguna situación de “poder” avala la existencia de “derechos” que no son sino injusticias revestidas de apariencias de legalidad.



Lo mismo vale para el aborto: el hecho de que existan médicos e instrumentos muy perfeccionados en el arte de destruir vidas humanas no nacidas, no permite considerar el aborto como algo aceptable, ni siquiera cuando lo pide una mujer o cuando (cosa que ocurre no pocas veces) cuando otros “fuertes” presionan a la mujer para que se libre cuanto antes de un niño que podría exigir la responsabilidad de un padre muy poco responsable, muy cobarde y, la mayoría de las veces, demasiado prepotente.

En este campo, como en tantos otros, podemos romper la mentalidad abortista desde la perspectiva de la justicia y del progreso. Pensemos, por ejemplo, en las protestas recientes ante los abortos que buscan eliminar a los fetos femeninos. ¿No es una injusticia contra las mujeres el eliminar, a veces casi de modo sistemático, al no nacido si se trata de una mujer?

Pero resulta igualmente extraño empezar a defender a los embriones y fetos femeninos, y no proteger a los masculinos. Hacer lo primero sin hacer lo segundo sería como considerar privilegiados a unos fetos (los femeninos), y despreciables o menos importantes a otros (los masculinos). Es decir, sería como dar mayor fuerza al derecho a la vida según una discriminación sexual que ningún pueblo auténticamente justo debería tolerar.

Algunos, sin embargo, dicen que está mal el aborto en función del sexo del hijo, pero no lo estaría si simplemente se quiere eliminar al feto sin más (independientemente de si es de un sexo o de otro).

Esto, sin embargo, va también contra el principio de defensa de los débiles. ¿Es que vale menos una vida humana cuando no tiene ninguna adjetivación, cuando no sabemos si es sana o enferma, si es chico o chica, y vale más cuando ya conocemos su sexo u otras características que pueden interesar a sus padres o a la sociedad?

Esto podemos aplicarlo a las numerosas enfermedades que se descubren en los embriones y fetos antes de nacer, gracias al diagnóstico prenatal. ¿Por qué sólo se ofrece la oportunidad de nacer a los sanos, y se elimina, en un clima de indiferencia bastante generalizado, a los enfermos? ¿Será que aceptamos el criterio de que el más fuerte y mejor dotado, el sano, vale más, merece vivir, y el enfermo vale menos y puede ser destruido, incluso con el apoyo de “leyes” establecidas por un parlamento?

Nos horrorizamos cuando se aplican tales discriminaciones para con los adultos. Pero, ¿es que valen menos los fetos que los adultos? ¿No se trata siempre de “vidas humanas”? El esfuerzo de miles de voluntarios que trabajan cada día con los enfermos y los minusválidos nos dice que también el ser humano que sufre merece nuestro amor y puede darnos mucho más de lo que imaginamos.

La defensa de los más débiles es una tarea inacabada e inacabable. Cada generación debe confrontarse con los valores y antivalores de las generaciones precedentes para encontrar caminos en los que podamos avanzar hacia la defensa de los derechos de todos, también de los más débiles. También de quien vive en el seno de su madre o se encuentra indefenso en un laboratorio de fecundación artificial.

Defender esas vidas débiles, necesitadas de protección, será lo mínimo que podamos hacer para que el mundo siga adelante en la conquista de los derechos de todos, sin discriminaciones ni arbitrariedades promovidas por quienes tienen ahora poder, técnica y dinero. Su prepotencia no es algo eterno: también los poderosos algún día dependerán completamente de la ayuda de otros. Conviene recordarlo para que algún día no se conviertan en víctimas de leyes injustas promovidas por ellos mismos precisamente



cuando sentían estar en el ápice de sus energías... Leyes injustas que, esperamos, encontrarán la heroica oposición de quienes creen en el amor y la justicia por encima de lo que digan algunas leyes que nunca deberían haber existido. Leyes que podemos cambiar ahora, con el uso de aquellos instrumentos de participación desde los que podemos construir un mundo capaz de acoger a todos, también a los más débiles.

La escatología cristiana ante la ideología transhumanista: «Él transformará nuestro pobre cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso» (Flp 3,21)



P. Leandro Daniel Bonnin
Licenciado en Ciencias para la Familia

Introducción: el hombre, *animal sperans*

Entre las múltiples cualidades que definen al hombre, una de las esenciales parece ser que es un *animal sperans*, un viviente que existe esperando en una continua e insoslayable apertura a más.

Su apertura puede ser en dos sentidos: uno ontológico, como deseo de “ser más”, de crecimiento, de plenitud; y otro cronológico, la apertura como tensión y orientación hacia el futuro, esperado e intuitivo como futuro mejor.

La contracara de esta constitutiva apertura es la *insatisfacción*. Convivimos con ella, y se nos presenta con carácter ambivalente. Puede degenerar en amargura y angustia crónica; pero su ausencia absoluta podría implicar un desconocimiento o progresivo abandono de la auténtica grandeza y capacidad humana, y un aplanamiento antropológico irreparable.

La insatisfacción es, en última instancia, un *locus spei*, un lugar de esperanza. Es un recordatorio incómodo pero necesario de la esencial apertura a la trascendencia y al futuro: trascendencia donde el corazón alcanza su desbordamiento interior; futuro en el cual los anhelos aún irrealizados serán colmados. La insatisfacción puede constituirse “motor” del despliegue del ser.

Pero si brota de una idea empobrecida de la naturaleza humana, aliada a un ateísmo práctico –no hay Otro que pueda auxiliar mi indigencia–, puede dar lugar a un afán obsesivo de eliminar todo lo que detiene u obstaculiza, aparente o realmente, nuestra realización. Parece lógico el surgir de una imperiosa y urgente necesidad –luego devenida en obligación– de “liberarnos” de todo lo percibido como límite. Se produce un grave e inmediato riesgo al confundir “mal” con “límite” cuando son realidades desiguales. Esta confusión dio lugar en los últimos siglos a un rechazo de la naturaleza humana como tal, con menosprecio explícito de todo rasgo de finitud, fragilidad y vulnerabilidad.

El *movimiento transhumanista* encuentra terreno propicio de desarrollo en la humana insatisfacción. Aliado de los vertiginosos avances tecnológicos, se presenta como la “solución” a las aporías presentes en la experiencia cotidiana. Se auto propone como capaz de responder al anhelo de más, y de asegurar un futuro perfecto, donde el mal y el límite habrán sido ya definitivamente vencidos. Aparece como capaz de cumplir los sueños que la humanidad siempre ha albergado, y cumplirlos “ya”, sin esperar un “más allá”.

La teología cristiana tiene la capacidad y el deber de iluminar y ayudar a discernir todo cuanto de verdadero, bello y bueno se encuentre en este



movimiento, señalando también sus inconsistencias. Como Teología Moral, puede contribuir a dilucidar los incontables dilemas éticos que se plantean a la hora de avanzar –o no– en el mejoramiento de la corporeidad humana. Como Antropología Teológica, puede indagar en los presupuestos sobre los cuales el transhumanismo plantea lo que es deseable o no, y especialmente ayudar a discernir –con una sólida visión filosófica– qué elementos constituyen lo esencialmente humano.

Sin embargo, en este trabajo quisiera mostrar cómo la Escatología –como área dentro de la Teología dogmática– puede ofrecer elementos de discernimiento actuales y pertinentes. Como tendremos oportunidad de profundizar, uno de los propósitos de toda ideología es ofrecer remedio a diversos males humanos, orientando la mirada hacia un futuro soñado y libre de las imperfecciones presentes, y dando así una razón para el esfuerzo de hoy y motivos para la esperanza. Bajo ese aspecto, se encuentran en el mismo ámbito que la reflexión escatológica actual, la cual, para Alviar¹, se detiene en los aspectos de confianza y consuelo, que alentaban a las primeras generaciones de cristianos. Busca recuperar algo esencial a la existencia cristiana, como es la esperanza. Esta intencionalidad configura gran parte de las consideraciones escatológicas del presente: procuran no ser elucubraciones teóricas

o representaciones de la imaginación, o meras respuestas a preguntas curiosas sobre el futuro. Tratan más bien de ser reflexiones que puedan incidir seriamente en el planteamiento vital del cristiano, ayudándole a valorar su vida en la tierra y a conducirla adecuadamente.

Nos preguntaremos: ¿Qué anhelos del corazón se manifiestan en las propuestas casi mesiánicas del transhumanismo? ¿Cómo la esperanza cristiana y la promesa de la “vida eterna” pueden ser comprendidas hoy como una auténtica respuesta a los anhelos del corazón humano?

El presente trabajo, en su brevedad, intentará definir el movimiento transhumanista y algunos de sus postulados fundamentales (1), destacando las cuatro liberaciones que pretende llevar a cabo. Sirviéndome del análisis del Dr. Mariano Asla, procuraré luego mostrar que el transhumanismo es una *ideología* (2), y –en cuanto tal– se presenta como un sustituto secular de la esperanza cristiana. Pasaré luego a comentar el pensamiento de Benedicto XVI en *Spe salvi* (3) para fundamentar por qué «sin Dios no hay esperanza». A modo de conclusión intentaré mostrar que las promesas de Cristo y el encuentro definitivo con Él –especialmente en la futura resurrección de la carne– constituirán una auténtica experiencia de la plenitud que el movimiento transhumanista quiere alcanzar a través de la tecnología, sin olvidar que las realidades futuras nos son ya dadas en esperanza. El “ya sí, pero todavía no” de la síntesis cristiana continúa siendo válido (4).

1. A qué llamamos transhumanismo: definición, posibilidades y riesgos. Las cuatro liberaciones.

El diccionario de la Real Academia española define al transhumanismo como «Movimiento que propugna la superación de las limitaciones actuales del ser humano, tanto en sus capacidades físicas como psíquicas, mediante el desarrollo de la ciencia y la aplicación de los avances tecnológicos».

El dr. Mariano Asla (a quien seguiremos en su análisis del transhumanismo) utiliza el término “movimiento”,

¹J. ALVIAR, «La escatología como dimensión de la existencia cristiana. Tendencias en la escatología contemporánea. Cristo y el Dios de los cristianos», en J. MORALES [et al.], *Hacia una comprensión actual de la teología: XVIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra* Universidad de Navarra, Pamplona 1998, 303-304.

aclarando que no debe llevarnos a imaginar un sistema unificado, dotado de una autoridad doctrinal. Dentro del “movimiento transhumanista” existen múltiples acentos y enfoques, incluso contrapuestos, pero que comparten la convicción de que *el cuerpo humano ha quedado obsoleto* y que *el trabajo evolutivo*, que hasta ahora se desarrolló de modo fortuito, *debe ser asumido por la ciencia* y especialmente por la tecnología. Así se expresa Savulescu, uno de los principales autores transhumanistas: «Ahora estamos entrando en una nueva fase de la evolución humana –evolución sometida a la razón–, por la que los seres humanos seremos amos de nuestro destino. El poder ha sido transferido de la naturaleza a la ciencia»².

Asla enraíza este movimiento en la tendencia al perfeccionamiento intrínseca a la naturaleza humana y presente en toda su historia, siendo el transhumanismo su desarrollo último e hiperbólico: aspira a cumplir todos los sueños humanos, superando cada límite, corrigiendo las imperfecciones de nuestra naturaleza y eliminando todos sus males [...]. No se trata ya, pues, de domesticar el medio en el que vivimos, sometiéndolo a nuestras necesidades y deseos, ni de conformar sistemas políticos y sociales más justos, ni de potenciar lo mejor de cada ser humano mediante la instrucción, la educación y el ejemplo. El cambio propuesto supone todo aquello, pero implica un proceso específico y más radical: la reingeniería de nuestro propio cuerpo³.

El transhumanismo puede enumerarse junto a otros movimientos revolucionarios que lo han precedido. Aparecen en él: un sujeto que experimenta opresión y necesita ser liberado; un mal a erradicar; y una meta u objetivo final, que es el punto de llegada del proceso histórico que se quiere emprender. Pero mientras que las anteriores revoluciones solían identificar el mal a erradicar con factores económicos o sociales y (por ende) promovían respuestas en ese plano, el transhumanismo identifica el “mal a erradicar” con el cuerpo. Los sujetos revolucionarios son los científicos a través de la tecnología. ¿Cuál sería la meta de



esta revolución? La creación de una nueva especie “posthumana”, en la que permanezcan –o no– los elementos valiosos de la actual, y desaparezcan todos los límites e imperfecciones.

Para alcanzar esa “tierra de promisión” es preciso someter el cuerpo a una *cuádruple liberación*: «una liberación morfológica, una liberación reproductivo-sexual, una cognitivo-moral, y una última que podríamos llamar “definitiva”, que pretende prorrogar, cuanto sea posible, el encuentro con la muerte»⁴. Describo brevemente estas liberaciones, cuya comprensión será importante al concluir.

La *liberación morfológica* implica la modificación del cuerpo para que se adapte mejor y definitivamente a las nuevas situaciones vitales, al tiempo que se eliminan aquellos males y límites que son fuente de sufrimiento. Las modificaciones pueden realizarse a través de manipulación genética, de quimerización (generación de individuos a través de dos o más, de la misma o de diferentes especies) y la *cyborgización*, es decir, la incorporación cada vez mayor de componentes tecnológicos en el cuerpo humano.

La *liberación reproductivo-sexual* implica, por un lado, separar por completo la sexualidad de la reproducción, deviniendo la sexualidad en simple pasatiempo hedónico, y derivando hacia formas no-relacionales y no-humanas de procurarlo (sexo virtual o

²M. ASLA, «Transhumanismo», en C. VANNEY – I. SILVA – J.F. FRANCK, *Diccionario Interdisciplinar Austral*, 2020, en <http://dia.austral.edu.ar/Transhumanismo> [consultado el 5-01-2025].

³M. ASLA, «Transhumanismo».

⁴M. ASLA, «Transhumanismo».



sexo con máquinas). Algunos van más allá e imaginan humanos andróginos o no sexuados, como condición de posibilidad para el fin de las desigualdades generadas por el sistema sexual binario. Por otro lado, implica separar la reproducción de la sexualidad: supone que la reproducción humana es imperfecta, riesgosa y onerosa. De acuerdo con sus postulados eficientistas y eugenésicos, la reproducción debería garantizarse mediante técnicas de fecundación in vitro o (cuando sea posible) de clonación. La gestación humana debería ser sustituida por procedimientos ectogénicos, es decir, en úteros artificiales.

La *liberación cognitivo-moral* implica la ampliación de la capacidad de conocimiento y habilidades relacionales a través de la tecnología o el consumo de sustancias. La ampliación de la memoria y la facilitación del conocimiento complejo se favorecen a través de dispositivos que permiten tener conexión *wifi* o asistencia de IA, o aceleran la sinapsis neuronal. El llamado “mejoramiento moral” consiste en favorecer las actitudes de empatía y autodomínio a través del consumo de sustancias o incluso modificando regiones del cerebro.

La llamada *liberación final* involucra procesos para detener el envejecimiento y posponer la muerte todo lo que el individuo desee. No se trata de extender la vida indefinidamente con baja calidad, sino de prolongar la juventud. Los más osados postulan la posibilidad y deseabilidad de asegurar la “liberación final” alojando la conciencia en un soporte tecnológico.

Cada una de estas liberaciones implica decisiones que requieren un atento discernimiento ético. En alguna medida, las cuatro liberaciones vienen siendo procuradas desde hace siglos. Sin embargo, la radicalidad de lo que hoy se propone y la imprevisibilidad de las consecuencias a largo plazo invitan a decisiones ponderadas.

2. El transhumanismo como ideología

No es irrelevante recordar que cada una de las liberaciones anteriormente mencionadas expresa anhelos que han estado en lo más profundo del

corazón humano desde la Antigüedad, y fueron narradas en múltiples mitos y figuras literarias⁵.

Sin embargo, quisiera enfocarme ahora en la descripción del transhumanismo como ideología. En efecto, la perenne presencia de un “anhelo de más” y una consiguiente “tensión hacia el futuro” ínsita a la naturaleza humana ha sido reconocida con agudeza por las ideologías contemporáneas. En la confrontación con ellas, la escatología cristiana –tal como ha evolucionado en los últimos siglos– está llamada a ser la principal interlocutora.

Es muy importante identificar el transhumanismo no solamente como un proyecto científico-técnico, sino, sobre todo, entender el trasfondo ideológico que subyace en sus manifestaciones concretas.

Para comprenderlo adecuadamente es necesario precisar mejor el sentido de *ideología*, término dotado de acepciones divergentes y por ello transformado en equívoco. El diccionario de la RAE, por ejemplo, lo define sencillamente como «conjunto de ideas fundamentales que caracteriza el pensamiento de una persona, colectividad o época, de un movimiento cultural, religioso o político, etc.». Todo conjunto de ideas (incluso el cristianismo y su visión escatológica) sería una ideología.

Creemos que esa definición es insuficiente, y para ello nos valdremos de la propuesta por M. Asla en otra publicación, donde profundiza sobre este argumento.



⁵ Asla desarrolla con detalle las variadas manifestaciones del anhelo de inmortalidad, o de construir seres vivientes, o de alcanzar de modo fácil la armonía personal.



Afirma que el transhumanismo es heredero de las ideologías que en el siglo XX dieron lugar a diferentes movimientos totalitarios, porque comparte con ellas cuatro elementos fundamentales.

El primero de estos elementos implica una actitud profunda frente a la realidad que desde la antigüedad se ha denominado espíritu prometeico. Los otros tres elementos son tesis filosóficas clásicas e íntimamente relacionadas entre sí; a saber: i) la concepción de la filosofía como praxis; ii) la idea de progreso derivada de una secularización de la noción cristiana de providencia y iii) el postulado de una escatología intramundana⁶.

Pasamos a describir brevemente esos cuatro elementos, intentando descubrir en ellos dimensiones constitutivas de la experiencia humana en el mundo, un reclamo de trascendencia y una posibilidad de diálogo fecundo con el anuncio escatológico cristiano.

a. Espíritu prometeico: existen varias versiones del mito, pero todas tienen en común presentar a Prometeo como un humano que no se conforma con su situación existencial y desafía a lo divino, arrebatando sus prerrogativas para apropiárselas. Lo divino aparece como antagonista del hombre, e incluso como la causa de su malestar. Este elemento está presente en todas las grandes

ideologías, que coinciden en presentar un ser humano que *ya no* necesita de lo religioso, ni de Dios, para dar una explicación completa de su existencia y alcanzar sus fines. El espíritu prometeico se manifiesta en el transhumanismo de una manera tan evidente que Trijse Franssen ha dicho:

Prometeo encarna de este modo el ideal que los prometeanos transhumanistas buscan alcanzar: un modo de ser en permanente perfeccionamiento, semejante al de los dioses, conseguido por medio de una creatividad apasionada, de un valiente anhelo de progreso y trascendencia, y de la inteligente aplicación (y control de los medios) del conocimiento y la ciencia⁷.

Asla enfatiza que el mito de Prometeo significa exaltar lo humano en contraposición a Dios, quien en realidad no existe, sino que es proyección alienada de capacidades humanas (de acuerdo con la célebre expresión de Feuerbach). Es necesario que éstas sean reapropiadas por su verdadero detentor, el hombre. Está claro que si bien existen variantes “creyentes”⁸ de transhumanismo, la inmensa mayoría de sus autores son ateos, y es el hombre –y no Dios– el único autor de su naturaleza y su destino. Oviedo señala, como una interpretación posible del fenómeno transhumanista, verla como una prolongación de «un error arquetípico»⁹, que desde la teología cristiana se identifica con el pecado de Adán y reaparece en la historia de Babel.

b. Filosofía como praxis: a diferencia de la antigua y primordial actitud de los filósofos, quienes contemplaban con asombro el mundo y trataban de comprenderlo, el transhumanista no encuentra nada que contemplar, ante lo que asombrarse ni recibir agradecido. Asumiendo la visión evolucionista de las especies, está claro que lo que vemos no es fruto de una inteligencia creadora y ordenadora, sino del azar. Será la razón humana –sobre todo como razón científica–



⁶ M. ASLA, «El Transhumanismo como ideología: dificultades de la fe en el progreso», Scio: *Revista de Filosofía* 15 (2018), 10.

⁷ M. ASLA, «El Transhumanismo como ideología: dificultades de la fe en el progreso», 10.

⁸ Aunque parezca contradictorio, existe un transhumanismo cristiano, uno mormón, uno musulmán.

⁹ L. OVIEDO, «La Teología y el Transhumanismo», *Pensamiento* 78 (2022), 520.



la primera capaz de imprimir un nuevo y verdadero orden en el caos.

Es por eso que M. Asla afirma: «El transhumanismo no se concibe a sí mismo como una filosofía, como una teoría sobre el hombre, sino como un programa de acción. Es la célebre tesis marxista: “Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de diversas maneras; de lo que se trata es de transformarlo”»¹⁰. Nótese que debajo de esa actitud hay una visión prevalentemente negativa y empobrecida –que por momentos llega a parecer impostada– de la naturaleza humana, vista de modo unilateral como fuente inagotable de limitaciones y sufrimientos.

c. Idea de progreso: es propio de los sistemas ideológicos concebir la historia en un sentido lineal y como dotada de un sentido positivo. El mundo está “condenado” a avanzar, el progreso es inevitable, y en cada época de la historia surgen los intérpretes que son capaces de llevar adelante ese progreso. Asla subraya que esta concepción es una derivación y secularización¹¹ del concepto cristiano de Providencia. Esto significa que se toman ideas cristianas –la historia es lineal, tiene un punto de inicio y un punto final hacia el que vamos– pero prescindiendo del Dios cristiano.

Las ideologías [...] toman prestada esta noción de linealidad y de progreso, pero no los atribuyen a la acción divina, sino a una racionalidad intrínseca propia del devenir de la historia. Este postulado progresista es asumido luego, con matices en ocasiones importantes, por las narrativas transhumanistas¹².

Como sucede con los elementos anteriores, el transhumanismo lleva las aspiraciones de toda ideología a su máxima expresión, al punto de que uno de sus principales abanderados, Ruy Kurzweil, afirma que la realidad estaría sometida a una ley universal, a la que llama “ley del tiempo y del caos”, que rige el progreso a partir del contrapunto entre la entropía y la tendencia a la complejidad. El proceso se inicia en el *Big Bang* con un fortísimo ímpetu entrópico, pero luego esta fuerza es contrapesada por tres eventos fundamentales que apuntan, por el contrario, a la conservación y aumento de la complejidad: el surgimiento de la vida, el de la inteligencia y el de la IA. Este nuevo movimiento anti-entrópico [...] culminaría en la singularidad [...] un período en el que la inteligencia artificial no solo superaría sino que incorporaría a las inteligencias humanas en una especie de *plenitud de conciencia universal*¹³.

Sin querer adelantarnos a la valoración de estas propuestas, es admisible sin embargo plantear una incipiente contradicción interna en el argumento. En efecto, ¿cómo atribuir la existencia de una Ley sin un legislador? ¿De dónde brota la confiada certeza de que todo va orientado a un punto “mejor”? Y, no existiendo Dios ni una naturaleza humana fuerte, fruto de un diseño, ¿quién establece los parámetros para definir qué es “mejor” y qué “peor”?

d. Escatología intramundana: es una consecuencia necesaria de lo anterior, y un elemento esencial de toda ideología. En cada una de ellas late una escatología, un prometido momento final de plenitud, deseado y procurado,

¹⁰ M. ASLA, «El Transhumanismo como ideología: dificultades de la fe en el progreso», 10.

¹¹ En algunas de sus conferencias, Asla denomina a este elemento “secularización incompleta”, porque permanecen en la síntesis elementos cuyo fundamento es religioso o al menos teísta, pero negando a Dios.

¹² M. ASLA, «El Transhumanismo como ideología: dificultades de la fe en el progreso», 11.

¹³ Cf M. ASLA, «El Transhumanismo como ideología: dificultades de la fe en el progreso», 11.



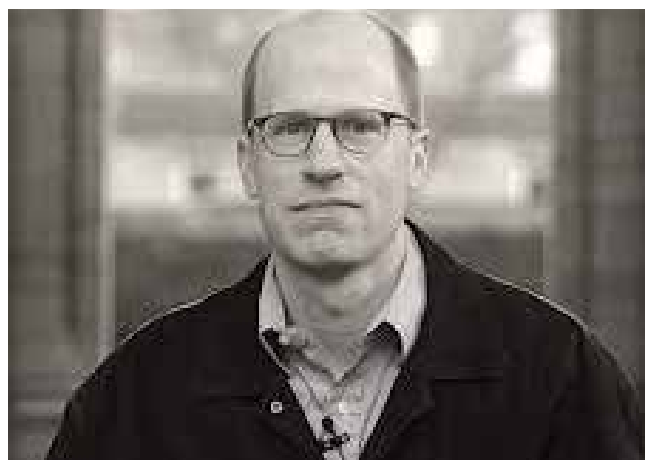
propuesto casi siempre como alternativa a la esperanza religiosa, a menudo ferozmente criticada. El fin trascendente y sobrenatural es sustituido por un fin inmanente y natural, adelante pero en un mismo plano, mas inefablemente superior a lo que vivimos hoy. Los autores no son capaces de definirlo sin adoptar un lenguaje cercano al misticismo. Llegan a plantearlo como un verdadero paraíso en la tierra: en el caso del transhumanismo, no ya la sociedad sin clases, sino una existencia perfecta, liberada de la biología, y sin relación con lo religioso ni con Dios.

Cuando Nick Bostrom en su *Carta desde Utopía* intenta describir la vida eterna y plenamente feliz en la era posthumana, relata una experiencia similar a la de los místicos, que no encuentran en el lenguaje y las vivencias humanas nada proporcionado a sus visiones, y recurren a las metáforas. Así, confiesa: «¿Cómo podré contarte algo sobre Utopía sin dejarte “mistificado”? ¿Qué palabras podrían transmitir esa maravilla? ¿Qué expresiones podrían expresar nuestra felicidad? Mi pluma, me temo, es tan desproporcionada para esta tarea como si intentara usarla para matar a un elefante».

Independientemente de las convicciones metafísicas personales de cada uno, la diferencia obvia radica en que el salto de fe necesario para alcanzar una salida vertical del laberinto de la insatisfacción, tiene en el caso de los místicos a Dios como garante; Bostrom, por el contrario, apela a su confianza en la tecnología¹⁴.

Dejemos para más adelante –y para Benedicto XVI– la tarea de examinar ese propósito. No obstante, es importante destacar que todo el movimiento transhumanista está atravesado por esta esperanza, la cual, desde “adelante”, justifica todos los esfuerzos y sacrificios necesarios.

Los cuatro elementos de las ideologías ejercen una atracción y fascinación innegable, y, combinados,



parecen ofrecer una panorámica de conjunto muy alentadora. Frente al nihilismo que en algunos decenios asomaba como única posibilidad, las nuevas ideologías abren un horizonte de sentido, un “meta-relato” que se presenta como capaz de explicar lo cotidiano.

No obstante, y como muy bien expone Asla desde el punto de vista filosófico, existe ya en el interior de esos cuatro elementos certezas indemostradas, contradicciones internas y un reclamo que –bajo un aparato “científico”– carece de fuerza probatoria. En cada una de las ideologías, para ingresar y visualizar su coherencia, es preciso hacer un “acto de fe” en algo o en alguien... lo que contradice esencialmente su supuesto carácter científico y racional.

3. *Spe salvi*: una visión actual y sugerente de la escatología cristiana

La encíclica *Spe salvi*¹⁵ de Benedicto XVI constituye uno de los momentos más logrados del Magisterio del papa teólogo. Su expresión de la esperanza cristiana –moderna, audaz, en diálogo con la cultura actual, provocadora y consoladora a la vez– se convierte en un punto de referencia ineludible a la hora de interpretar otras propuestas de sentido que se ofrecen al hombre de hoy.

¹⁴ M. ASLA, «Transhumanismo»

¹⁵ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi* (30 de noviembre de 2007), en https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html [consultado el 5-03-2025].



Mi propósito en este apartado es identificar los principales párrafos de *Spe salvi* donde encontramos una luz para comprender las ideologías contemporáneas, especialmente la transhumanista. La esperanza cristiana ejerce de factor crítico ante expectativas desmesuradas; pero lejos de detenerse en ello, ofrece una apertura de horizonte que invita a la confianza, la alegría y el compromiso.

Luego de iniciar con esmerados análisis bíblicos sobre la esperanza cristiana, se pregunta el Papa si ésta sigue siendo relevante hoy. Se hace eco de críticas que el cristianismo ha recibido frecuentemente.

[...] la fe cristiana ¿es también para nosotros ahora una esperanza que transforma y sostiene nuestra vida? ¿Es para nosotros “performativa”, un mensaje que plasma de modo nuevo la vida misma, o es ya solo “información” que, mientras tanto, hemos dejado arrinconada y nos parece superada por informaciones más recientes? (*Spe salvi*, n. 10).

Con su característico modo de entrelazar mistagogía, exégesis y reflexión, remite al rito bautismal, en el que los padres que piden el sacramento para sus hijos, juntamente con la fe, hacen luego referencia a «lo que da la fe»: *la vida eterna*. Se pregunta entonces con franqueza:

¿De verdad queremos esto: vivir eternamente? Tal vez muchas personas rechazan hoy la fe simplemente porque la vida eterna no les parece algo deseable. En modo alguno quieren la vida eterna, sino la presente y, para esto, la fe en la vida eterna les parece más bien un obstáculo. Seguir viviendo para siempre –sin fin– parece más una condena que un don. Ciertamente, se querría aplazar la muerte lo más posible. Pero vivir siempre, sin un término, solo sería a fin de cuentas aburrido y al final insoportable (*Spe salvi*, n. 10).

Fortalece ese argumento citando dos textos de San Ambrosio quien, con agudeza y realismo, había afirmado que «la inmortalidad, en efecto, es más una carga que un bien, si no entra en juego la gracia» (*Ibid.*). Y luego señala con fuerza lo que muchos –incluso solo desde la filosofía– ya han señalado como uno de los riesgos inesperados del optimismo

transhumanista y su “liberación final”: «la eliminación de la muerte, como también su aplazamiento casi ilimitado, pondría a la tierra y a la humanidad en una condición imposible y no comportaría beneficio alguno para el individuo mismo» (*Spe salvi*, 11).

Indica entonces el Papa una contradicción en nuestra actitud ante la muerte, que es manifestación de un contraste interior y nos lleva a plantearnos la pregunta fundamental:

Por un lado, no queremos morir; los que nos aman, sobre todo, no quieren que muramos. Por otro lado, sin embargo, tampoco deseamos seguir existiendo ilimitadamente, y tampoco la tierra ha sido creada con esta perspectiva. ¿Qué es realmente lo que queremos? Esta paradoja de nuestra propia actitud suscita una pregunta más profunda: ¿qué es realmente la “vida”? Y ¿qué significa verdaderamente “eternidad”? Hay momentos en que de repente percibimos algo: sí, esto sería precisamente la verdadera “vida”, así debería ser. En contraste con ello, lo que cotidianamente llamamos “vida”, en verdad no lo es.

Anoto que, en diálogo con el transhumanismo, podríamos traducir el anterior pasaje así: «cuando deseas ser más inteligente, más bueno, más sano... en realidad no anhelas esos bienes parciales, sino otra cosa. Estás anhelando una “vida” de cualidad diferente a esta mera vida. Y cuando la idea de “inmortalidad” te resulta fascinante, en el fondo es porque anhelas



vida “eterna”, que es mucho más que la prolongación indefinida de ésta».

Benedicto XVI cita entonces a san Agustín, quien se pregunta en su carta a Proba: ¿Qué es lo que deseamos? Su respuesta es ambivalente. Afirma que deseamos “vida bienaventurada”, y simplemente “felicidad”, pero a la hora de darle contenido, ya no sabemos en qué consiste realmente. «No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta “verdadera vida” y, sin embargo, sabemos que debe existir un *algo* que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados» (*Spe salvi*, n. 12). De esa paradoja surgen todas nuestras contradicciones y esperanzas. Aquí, de un modo tan humilde como audaz, el Papa afirma: «Esta “realidad” desconocida es la verdadera “esperanza” que nos empuja y, al mismo tiempo, su desconocimiento es la causa de todas las desesperaciones, así como también de todos los impulsos positivos o destructivos hacia el mundo auténtico y el auténtico hombre» (*Ibid.*).

La expresión “vida eterna” es esencialmente insuficiente, y al mismo tiempo necesaria. Y despejando la posibilidad indeseada de que sea simplemente “esta vida”, en una sucesión de días siempre parecidos, expresa —en uno de los pasajes más hermosos de la encíclica— en qué podría consistir:

[Vida eterna sería] el momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad. Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el *tempo* —el antes y el después— ya no existe.

Podemos únicamente tratar de pensar que este momento es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría. [...] Tenemos que pensar en esta línea si queremos entender el objetivo de la esperanza cristiana, qué es lo que esperamos de la fe, de nuestro *ser con Cristo* (*Spe salvi*, n. 12).

El pasaje me parece enormemente revelador. Las características de la experiencia de la *vida eterna* son, al mismo tiempo, ontológicas y *relacionales*, aun cuando en el pasaje las divinas personas aparezcan difuminadas. En efecto: ser abrazados y abrazar la Totalidad, sumergirse en el océano del Amor infinito y en la inmensidad del ser, y ser desbordados de alegría, implican la existencia de “Otro”, en comunión con el cual la vida se vuelve “plena”.

a. *La cuestión del fundamento de la esperanza: ciencia, política y fe*

Una de las características de la cultura moderna y especialmente contemporánea es el debilitamiento de la trascendencia, manifestado en la actitud de un ateísmo militante —o al menos de un agnosticismo operativo— y una tendencia al materialismo. Solo existe lo que vemos y, por ende, todas las respuestas a los dilemas humanos o tienen su respuesta en lo que vemos —en el hombre, especialmente— o no la tienen.

Si anhelamos “vida eterna”, aún sin saberlo, es completamente lógico que el mismo hombre “sin-Dios” procure “fabricar”, “producir” y “distribuir” *vida eterna*. Habiendo descartado la religión como agente capaz de proporcionar o mostrar el camino hacia “lo que anhelamos”, ¿quién podría tomar el relevo en la insoslayable misión de brindar esperanza a la humanidad?

En los números del 16 al 27 de *Spe salvi* encontraremos un tratamiento claro y profundo de este tema. Comienza recordando la doble acusación dirigida por el hombre moderno a la fe y la esperanza cristiana: ésta sería *individualista* y generaría una *evasión de la historia*. Para explicar el origen de ese doble prejuicio, el Papa nos invita a atender a elementos de la mentalidad contemporánea presentes

SPE SALVI

DEL SUMO PONTÍFICE BENEDICTO XVI

A LOS PRESBITEROS Y DIÁCONOS, A LAS PERSONAS CONSAGRADAS
Y A TODOS LOS FIELES LAICOS

SOBRE LA ESPERANZA CRISTIANA





en Francis Bacon (1561-1626). El descubrimiento de América y la consolidación del método científico habían generado un creciente optimismo, al punto que Bacon declara triunfalmente «la victoria del arte sobre la naturaleza». Dando un paso más, atribuye un sentido teológico a esa victoria: «esta nueva correlación entre ciencia y praxis significaría que se restablecería el dominio sobre la creación, que Dios había dado al hombre y que se perdió por el pecado original» (*Spe salvi*, n. 16).

Es en este punto de la historia cuando Benedicto XVI sitúa el nacimiento de la *fe en el progreso*. El restablecimiento de la situación paradisíaca del hombre ya no se espera de Cristo, no es ya su gracia la que nos otorga “redención”, sino el método científico. La fe no se cuestiona, pero pierde relevancia para el hoy de la historia y para la sociedad en su conjunto. Afirma entonces Benedicto XVI:

Esta visión programática ha determinado el proceso de los tiempos modernos e influye también en la crisis actual de la fe que, en sus aspectos concretos, es sobre todo una *crisis de la esperanza cristiana*. Por eso, en Bacon la esperanza recibe también una nueva forma. Ahora se llama: *fe en el progreso* (*Spe salvi*, n. 17).

La nueva fe en el progreso es fuente de *promesas*: un hombre nuevo y un mundo nuevo, que será “reino del hombre”. En el establecimiento de ese reino hay dos categorías cada vez más importantes: *razón y libertad*, frente a las cuales se da un optimismo que el paso del tiempo mostrará –largamente– como

ingenuo. Se da por supuesto que la razón es una fuerza de bien que conduce necesariamente al bien y genera más y más libertad, una “libertad perfecta”. Destaca Benedicto XVI que «se espera el reino de la razón como la nueva condición de la humanidad que llega a ser totalmente libre» (*Spe salvi*, n. 18). No se advierte todavía el potencial revolucionario de estas categorías: lo que proponen y favorecen está en directo contraste con las estructuras sociales vigentes y con la enseñanza de la Iglesia, y tarde o temprano se generará una colisión.

Antes de continuar el comentario, me permito afirmar que es evidente que la tríada “razón-progreso-libertad” subyace y de modo explícito *sustenta el movimiento transhumanista*. En especial, me llama la atención el resurgir de un ingenuo optimismo y confianza ilimitada en la bondad de la ciencia, en alguna medida inesperado luego del fracaso de ese “credo laico” que significó la experiencia de las dos grandes guerras.

En el n. 19 Benedicto XVI pasa a explicar «la concreción política de esta esperanza», señalando dos etapas especialmente relevantes. La *primera etapa* es la marcada por la Revolución francesa. La instauración política de la “razón y la libertad” suscitó al principio una enorme fascinación en la Europa ilustrada, pero dio luego lugar a una nueva reflexión, mucho más cauta, sobre qué significaba y qué riesgos tenía ese paso. Un ejemplo elocuente de ese cambio es Immanuel Kant. En 1792 afirmaba convencido que «el paso gradual de la fe eclesial a la fe religiosa constituye el acercamiento del reino de Dios» (citado en *Spe salvi*, n. 19). Muy pronto, sin embargo, el mismo autor señala que si el cristianismo dejara de ser “digno de amor”, si se diera un rechazo y oposición a él, surgiría el anticristo, y podría ocurrir “un final perverso”.

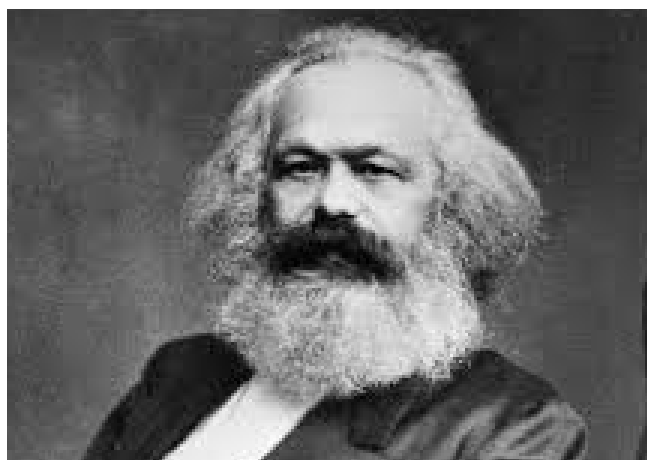
El *siguiente paso* vino como consecuencia del ya mencionado. La revolución burguesa iniciada en 1789 generó pronto una nueva situación social de consecuencias imprevistas. La insostenible situación del “proletariado industrial” hacía necesaria una nueva revolución. Cito extensamente el n. 20 porque describe la “transferencia de la esperanza”, cuyas consecuencias perduran.

Karl Marx recogió esta llamada del momento y, con vigor de lenguaje y pensamiento, trató de encauzar este nuevo y, como él pensaba, definitivo gran paso de la historia hacia la salvación, hacia lo que Kant había calificado como el «reino de Dios». Al haber desaparecido la verdad del *más allá*, se trataría ahora de establecer la verdad del *más acá*. La crítica del cielo se transforma en la crítica de la tierra, la crítica de la teología en la crítica de la política. *El progreso hacia lo mejor, hacia el mundo definitivamente bueno, ya no viene simplemente de la ciencia, sino de la política*; de una política pensada científicamente, que sabe reconocer la estructura de la historia y de la sociedad, y así indica el camino hacia la revolución, hacia el cambio de todas las cosas.

La promesa de Marx «fascinó y fascina todavía hoy de nuevo». Su propuesta se presenta como el gran y definitivo humanismo: somos nosotros ahora los «protagonistas de la historia». Es sabido cómo esta retórica tuvo realizaciones notables –y peligrosas para la fe– dentro de la Iglesia.

El n. 21 de la encíclica es, a mi modo de ver, de una agudeza y clarividencia notables. El Papa destaca un error fundamental de Marx: señaló el camino de la revolución, pero no dijo cómo proceder *después*. Tenía una ingenua confianza en que, una vez realizada la revolución, todo se encaminaría por sí solo hacia el bien y lo mejor. Permítaseme comentar que en el fondo había una idea *rousseauniana* de la naturaleza humana, totalmente coherente con su visión, según la cual las estructuras sociales determinan al sujeto: modificadas estas, no hay nada malo ya que temer. Su antropología era, en el fondo, superficial e inconsistente, y, sobre todo, incompleta, como toda antropología cerrada a la trascendencia e ignorante del pecado original. A esto se refiere Benedicto XVI en otro pasaje magistral:

El error de Marx no consiste solo en no haber ideado los ordenamientos necesarios para el nuevo mundo; en éste, en efecto, ya no habría necesidad de ellos. Que no diga nada de eso es una consecuencia lógica de su planteamiento. Su error está más al fondo. Ha olvidado que el hombre es siempre hombre. Ha olvidado al



hombre y ha olvidado su libertad. Ha olvidado que la libertad es siempre libertad, incluso para el mal. Creyó que, una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado. Su verdadero error es el materialismo: en efecto, el hombre no es solo el producto de condiciones económicas, y *no es posible curarlo solo desde fuera*, creando condiciones económicas favorables (*Ibid.*).

La última afirmación da de lleno en una de las propuestas inconsistentes del transhumanismo: querer garantizar un “mejoramiento moral” del ser humano anulando su libertad. ¿Es deseable ser siempre y solamente buenos, pagando el precio de dejar de ser ya humanos?

En el n. 22 vuelve a plantear la pregunta ¿qué podemos esperar? La edad moderna debe hacer una autocrítica en relación al cristianismo, pero es también necesaria una autocrítica del cristianismo moderno, que debe *redescubrir su identidad* y qué es capaz de ofrecer.

Refiriendo a las críticas a la “fe en el progreso” que también en el ámbito filosófico han surgido, y citando a Adorno, el Papa señala que «*la ambigüedad del progreso resulta evidente*» (*Spe salvi*, n. 22). Explicita esta afirmación con reflexiones que resultan aplicables por completo al programa transhumanista:

Indudablemente, ofrece nuevas posibilidades para el bien, pero también abre posibilidades abismales para el mal, posibilidades que antes no existían. Todos nosotros hemos sido testigos



de cómo el progreso, en manos equivocadas, puede convertirse, y se ha convertido de hecho, en un progreso terrible en el mal. Si el progreso técnico no se corresponde con un progreso en la formación ética del hombre, con el crecimiento del hombre interior (cf. *Ef* 3,16; *2Co* 4,16), no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo.

Como colofón de este extenso razonamiento, el Santo Padre invitará a reflexionar sobre las mencionadas “categorías estrella”, razón y libertad, señalando sus posibilidades y riesgos.

La reflexión sobre el estatuto de la *razón* es parte de la misión personal de Benedicto XVI. Luego de reafirmar su valor, también para el creyente, propone el interrogante sobre a qué razón nos referimos, y si necesariamente ha de cerrarse a la fe. Muestra que una tal razón “cerrada en sí misma” y reducida a razón “del poder y del hacer” es insuficiente y peligrosa. Se vuelve contra el hombre. Por eso:

la razón del poder y del hacer debe ser integrada con la misma urgencia mediante la apertura de la razón a las fuerzas salvadoras de la fe, al discernimiento entre el bien y el mal. Solo de este modo se convierte en una razón realmente humana. Solo se vuelve humana si es capaz de indicar el camino a la voluntad, y esto solo lo puede hacer si mira más allá de sí misma. En caso contrario, la situación del hombre, en el desequilibrio entre la capacidad material, por un lado, y la falta de juicio del corazón, por otro, se convierte en una amenaza para sí mismo y para la creación (*Spe salvi*, n. 23).

En relación a la *libertad*, su razonamiento es más breve pero no menos elocuente: solo puede existir auténtica libertad en la concurrencia de múltiples libertades, y para que esto ocurra, es preciso algún punto de referencia exterior, un criterio de medida que sea fundamento y meta de la libertad. Para el Papa, es completamente claro que ese criterio es Dios, y por ende:

el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza. [...] Por tanto, no cabe duda de que un «reino de Dios» instaurado sin Dios – un reino, pues, solo del hombre– desemboca

inevitablemente en «el final perverso» de todas las cosas descrito por Kant: lo hemos visto y lo seguimos viendo siempre una y otra vez (*Ibid.*).

Con los párrafos anteriormente mencionados, considero que en gran medida las pretensiones de las ideologías –y de modo particular del transhumanismo– encuentran una respuesta razonada y razonable, incisiva y siempre actual. Quiero sin embargo traer todavía a colación más textos que iluminan otras dimensiones. En el n. 24, el Papa afirma que si el progreso material y científico puede ser acumulativo (es decir, las nuevas generaciones reciben ese tesoro y lo usan) en el campo ético y espiritual esa acumulación no es posible, ya que la libertad comienza “siempre de nuevo”. Cuando las ideologías prometen “un mundo ideal” intrahistórico, o desconocen la naturaleza humana (como se advertía en la utopía marxista, sin plan para el “después”) o subyace un plan totalitario para limitar la libertad. Pero ese *progreso sin libertad* no sería en absoluto deseable, porque no sería ya humano. «El tesoro moral de la humanidad no está disponible como lo están en cambio los instrumentos que se usan; existe como invitación a la libertad y como posibilidad para ella» (*Spe salvi*, n. 24).

Esto tiene al menos dos consecuencias, sumamente importantes: *la primera* es que el recto estado de las cosas humanas nunca puede garantizarse solamente mediante estructuras. Son necesarias, pero insuficientes, y nunca deben dejar al margen la libertad. *La segunda* es de un gran valor pedagógico, no solamente como correctivo para propuestas ideológicas, sino hacia el interior mismo de la Iglesia:





Puesto que el hombre sigue siendo siempre libre y su libertad es también siempre frágil, nunca existirá en este mundo el reino del bien definitivamente consolidado. Quien promete el mundo mejor que duraría irrevocablemente para siempre, hace una falsa promesa, pues ignora la libertad humana. La libertad debe ser conquistada para el bien una y otra vez (*Spe salvi*, n. 24).

Emite también una advertencia y una llamada a los cristianos contemporáneos, aceptando en parte la crítica que había sido expresada anteriormente. Cuando el cristianismo deja el dominio de la estructuración de la historia y la sociedad por completo en manos de la ciencia y la política, y se concentra en el individuo y su salvación personal, no solamente deja de enriquecer a la humanidad, sino que también se traiciona a sí mismo, reduciendo «el horizonte de su esperanza y [...] la grandeza de su cometido» (*Spe salvi*, n. 25). Introduce entonces un tema ausente en las ideologías, y por ende en el transhumanismo: «No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor. Eso es válido incluso en el ámbito puramente intramundano. Cuando uno experimenta un gran amor en su vida, se trata de un momento de “redención” que da un nuevo sentido a su existencia» (*Spe salvi*, n. 26).

En el ámbito filosófico se ha criticado la antropología subyacente al transhumanismo: «liberal, egoísta y prácticamente a-social»¹⁶. ¿De que serviría vivir más, ser más inteligentes, tener más autodomínio y sufrir

menos sin hacer experiencia del amor? La promesa y la esperanza cristiana tienen por punto de partida y llegada un amor grande, que cambia la vida para siempre.

¿Está afirmando el Papa que basta el amor humano para ser “redimido” y salvado? El amor humano tampoco es suficiente, pero insinúa y despierta algo que no puede colmar, una nostalgia y apertura hacia un amor infinito que intuye.

el amor que se le ha dado, por sí solo, no soluciona el problema de su vida. Es un amor frágil. Puede ser destruido por la muerte. El ser humano necesita un amor incondicionado. Necesita esa certeza que le hace decir: «Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (*Rm* 8,38-39). Si existe este amor absoluto con su certeza absoluta, entonces –solo entonces– el hombre es «redimido», suceda lo que suceda en su caso particular. Esto es lo que se ha de entender cuando decimos que Jesucristo nos ha «redimido». Por medio de Él estamos seguros de Dios, de un Dios que no es una lejana «causa primera» del mundo, porque su Hijo unigénito se ha hecho hombre y cada uno puede decir de Él: «Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (*Ga* 2,20) (*Spe salvi*, n. 26).

La conclusión de este apartado es tan hermosa como valiente.

[...] quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef* 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, solo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando «hasta el extremo», «hasta el total cumplimiento» (cf. *Jn* 13,1; 19,30). Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente «vida». [...] La vida en su verdadero sentido no la



¹⁶ M. ASLA, «Transhumanismo».



tiene uno solamente para sí, ni tampoco solo por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces «vivimos» (*Spe salvi*, n. 27).

b. El sentido del sufrimiento y la esperanza cristiana

A fin de completar el cuadro de la riquísima iluminación de Benedicto XVI, no quiero dejar de mencionar algunas de sus reflexiones sobre el sufrimiento y la esperanza.

El sufrimiento (físico, espiritual o moral) sigue siendo el “enemigo número uno” de las utopías e ideologías contemporáneas. La promesa que ofrecen al mundo consiste siempre en una mayor evitación o anulación del dolor. El precio a pagar para asegurar la ausencia total del dolor espiritual o moral sería demasiado caro: la renuncia a la libertad, de la cual brota –como contracara– la posibilidad de sufrir.

Pero, ¿qué sucede con el sufrimiento físico? ¿Es legítimo recurrir a las ciencias para atenuarlo y aminorarlo? ¿Hasta qué punto y con qué fin? Benedicto muestra entonces cómo la esperanza cristiana es capaz de transformar el sufrimiento, y cómo el sufrimiento, abrazado en libertad y desde la fe, puede ser un lugar de aprendizaje de la esperanza.

debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra

limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que – lo vemos– es una fuente continua de sufrimiento (*Spe salvi*, n. 36).

Solo Dios es capaz de eliminar el poder del mal, y lo ha hecho, ingresando en la historia y asumiendo el sufrimiento y el peso de la culpa. Sin embargo, la realización definitiva de esa victoria aún no está consumada: nos es dada como esperanza.

Señala entonces Benedicto XVI una paradoja, tangible en nuestros días y presente de modo protagónico en el transhumanismo. Precisamente cuando los hombres, intentando evitar toda dolencia, tratan de alejarse de todo lo que podría significar aflicción, cuando quieren ahorrarse la fatiga y el dolor de la verdad, del amor y del bien, caen en una vida vacía en la que quizás ya no existe el dolor, pero en la que la oscura sensación de la falta de sentido y de la soledad es mucho mayor aún.

Desde el punto de vista de la razón, nos encontramos ante un callejón sin salida. Y es aquí donde (creo yo) resplandece aún más luminosa la esperanza cristiana, fundada en el amor.

Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito. [...] Cristo ha descendido al “infierno” y así está cerca de quien ha sido arrojado allí, transformando por medio de Él las tinieblas en luz. El sufrimiento y los tormentos son terribles y casi insoportables. Sin embargo, ha surgido la estrella de la esperanza, el ancla del corazón llega hasta el trono de Dios. No se desata el mal en el hombre, sino que vence la luz: el sufrimiento –sin dejar de ser sufrimiento– se convierte a pesar de todo en canto de alabanza (*Spe salvi*, n. 37).

Finalizo mi comentario con una sólida expresión, que quizá pueda erigirse como el mayor juicio de advertencia ética hacia la pretensión transhumanista.

La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento

y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana (*Ibid.*).

4. Conclusión: ya sí, pero todavía no

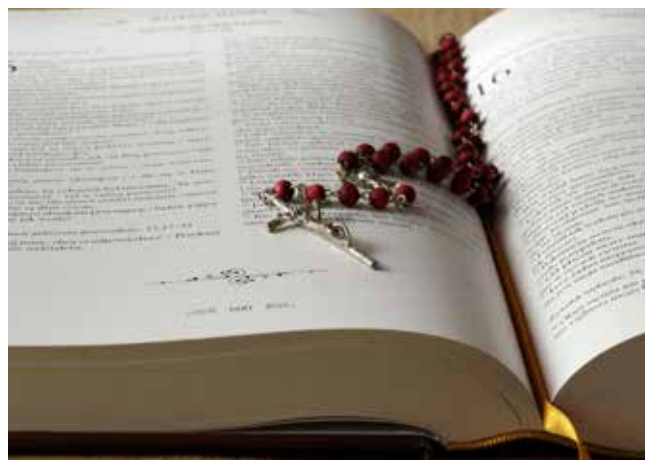
¿Qué podemos esperar? La pregunta aparece y reaparece en la encíclica, respondida cada vez con mayor hondura y coherencia. La esperanza cristiana – en su actitud fundamental y en su contenido– no evade las preguntas más incómodas, sino que invita a buscar la respuesta en otro plano y en otro tiempo, en el que los anhelos del corazón quedarán completamente saciados.

Quisiera concluir enfatizando tres aspectos que me parecen sugerentes, y que estimo merecerían una profundización ulterior para completar el planteo de este trabajo.

a) Las cuatro liberaciones que propone el transhumanismo, en el fondo, son *válidas*. No son ilegítimas, ni blasfemas ni irreverentes. Es más: Dios mismo quiere realizarlas, y en un sentido mucho más pleno y perfecto, y así lo hará. Un error fundacional del transhumanismo es que el hombre moderno – del mismo modo que en el Jardín del Edén– quiere alcanzar esas liberaciones «sin Dios, antes de Dios y no según Dios»¹⁷.

La fe cristiana nos dice con fuerza: Prometeo no necesita “robarle” el fuego a los dioses, porque Dios tenía planeado –y lo sigue deseando– hacernos “partícipes de su divinidad” (cf. 2Pe 1,3). En la vida eterna futura, la comunicación del ser divino será tan perfecta como nunca pudimos imaginarlo: «Dios será todo en todos» (1Cor 15,28). Junto a la visión beatífica, recibiremos en Cristo «todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2,3), y experimentaremos que el mal, el dolor y la muerte ya no existen.

b) La experiencia de la inadecuación del cuerpo y su obsolescencia señaladas por el transhumanismo



tampoco son en sí mismas rechazables. También un cristiano puede afirmar: «sí, es verdad, nuestros cuerpos son ahora inadecuados para recibir el completo don de Dios, y por eso, como Pablo, deseamos ser transformados, revestidos de Gloria». Porque la promesa cristiana no abarca solamente al alma espiritual, y por eso su cumplimiento solo será total en la resurrección de la carne. *Spe salvi* no ahonda en esa dimensión, pero considero que Juan Pablo II en sus catequesis sobre *El amor humano en el plan divino* puso de relieve las consecuencias existenciales que brotarán de recibir «un cuerpo glorioso, semejante al Suyo» (Flp 3,21), al de Cristo Resucitado. Entonces nuestro cuerpo –al igual que el del Señor– ya no será experimentado como límite, sino como espacio del amor perfecto y eterno. Entonces la alianza e integración con el alma será indestructible. Entonces sí se podrá declarar la victoria sobre la muerte (cf. 1Cor 15,54)

c) Por último, es importante subrayar que la promesa comienza a cumplirse ya ahora. La fe, como demostraba enfáticamente Benedicto XVI en su exégesis de la *Carta a los Hebreos* 10,1, «es la sustancia de lo que se espera». La vida de la gracia es ya anticipo y presencia real de la gloria.

La vida cristiana como don y tarea es el espacio en el cual podemos experimentar la auténtica *liberación*. A la espera de la visión, la fe libera y ensancha nuestro conocimiento; caminando hacia la perfecta *communio*

¹⁷ SAN MÁXIMO EL CONFESOR, citado en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 398.



sanctorum, la caridad nos permite ser transformados y vivir más empáticos con los demás. La pureza y la gracia del sacramento del matrimonio transforman la experiencia de la sexualidad y de la apertura a la vida. La certeza de la victoria de Jesús transforma la muerte en pascua, puerta y umbral. El misterio pascual da sentido a todo sufrimiento, también a aquel que no parece tener ningún sentido. La vida cristiana es ya *experiencia de divinización*: el Espíritu Santo es fuego encendido en nuestros corazones, que ilumina y enciende.

Todo es real, pero en el “todavía no”. Todo intento –incluso en el interior de la Iglesia– de querer tener a la mano la escatología consumada está destinado al fracaso, en la medida de que es “obra” y no “gracia”.

Esperemos. Y seamos salvados en la Esperanza.

*(publicado en Ecclesia. Revista de cultura católica,
39 No.2 (2025), 197-217)*

Laicidad y laicismo: una reflexión desde la doctrina social de la Iglesia



P. Fernando Pascual, L.C.
Doctor en Filosofía
Doctor en Teología

* Publicamos el siguiente artículo, el cual, aunque fue publicado ya hace casi 20 años, nos parece de una gran actualidad y nos puede dar las pautas necesarias para reflexionar y juzgar la situación hodierna con respecto a la “laicidad” y al “laicismo”:

Las relaciones entre la religión y el Estado han sufrido modificaciones profundas, especialmente en aquellas naciones que pertenecen a la tradición cultural que arranca y se nutre del mundo cristiano.

Europa, y buena parte de las naciones de Iberoamérica, han visto, durante los siglos XIX y XX, cómo algunos grupos de poder han trabajado por separar la Iglesia del Estado, por promover sociedades caracterizadas por la idea de «laicidad».

En los últimos años, la idea de laicidad está siendo repensada a la luz de nuevas situaciones culturales y socioeconómicas. Fuertes movimientos migratorios llevan a las naciones europeas a un nuevo planteamiento político y social ante el aumento de la presencia de pobladores de otras religiones, especialmente de la religión musulmana. Además, se suscitan continuamente debates sobre temas relativos a la vida (que es considerada a través de una nueva disciplina, la bioética) y a la familia. En muchos lugares del mundo ha sido legalizado el aborto; en otros (pocos, por ahora) la eutanasia; y ya algunos países han modificado sus leyes respecto al matrimonio para que pueda incluirse, con esta palabra, la posibilidad «matrimonial» para personas del mismo sexo.

El multiculturalismo, la presencia de religiones distintas en los Estados, y los nuevos temas de bioética y de vida familiar, llevan a un nuevo esfuerzo por

entender correctamente cuál sea la «sana laicidad» que debería caracterizar a los Estados en el mundo moderno.

Estas líneas pretenden ser una reflexión sobre la noción de laicidad, y sobre un término relacionado con la misma, el laicismo, en este nuevo contexto cultural, especialmente a la luz de la doctrina católica. Creemos que, desde la misma, es posible promover la búsqueda de caminos de convivencia que respeten la dignidad humana de todos los miembros de la sociedad, y que permitan evitar sea el extremo del laicismo (desde el campo de las ideologías de matriz atea o agnóstica), sea tentaciones de tipo fundamentalista (desde el campo de las religiones).

1. Algunas aclaraciones terminológicas

Conviene iniciar con algunas precisiones en cuanto a la terminología, para evitar equívocos y confusiones que, por desgracia, se dan con frecuencia.

Constatamos, inicialmente, cómo los términos «laicidad» y «laicismo» son usados por algunos autores casi como sinónimos, mientras que otros establecen entre los mismos una clara distinción. Aquí vamos a distinguir entre las dos nociones como si se tratase de cosas distintas.

La palabra laicidad (*laïcité* en francés, *secularism* en inglés) empieza a ser usada en Francia desde inicios del siglo XX (quizá desde 1914). Su uso se generaliza a partir de 1946, cuando la constitución, aprobada en ese año, define a esa nación como «laica». Pero las raíces del término (y de la realidad significada) hay que encontrarlas en las luchas entre liberales-



radicales y católicos durante el siglo XIX, y en la ley de separación entre la Iglesia y Estado en Francia que se publicó en 1905.

De modo breve, podemos definir *laicidad* como aquella característica de un sistema político en el que se respeta la autonomía entre la esfera política y civil y la esfera religiosa y eclesiástica, lo cual implica que el Estado toma una actitud de respeto hacia las convicciones religiosas de los miembros de la sociedad, así como garantiza el libre ejercicio de las legítimas actividades (de culto, de caridad, etc.) de los creyentes¹. Recíprocamente, la laicidad supone el respeto de las religiones hacia la autonomía legítima del ámbito político, sin que ello implique que los creyentes sean privados de su derecho a intervenir de modo activo en la vida social y política de los lugares en donde residen.

Hay que señalar, frente a una posible aplicación errónea de lo anterior, que las intervenciones de obispos o de otros jefes religiosos en debates de tanta relevancia social como son los del aborto o del divorcio no deberían nunca ser vistas como un atentado a la neutralidad que se pide a las religiones respecto del Estado.

Por *laicismo*, en cambio, se entiende aquella ideología que quiere excluir o incluso combatir la presencia de lo religioso no sólo en el Estado, sino en cualquier

ámbito público o social. En cierto sentido, el laicismo es una degeneración de la laicidad, en cuanto que interviene positivamente contra la dimensión social y pública, incluso contra las libertades individuales, que deberían ser garantizadas para todas las religiones, al pretender impedir que los miembros de las mismas participen, desde los principios éticos propios, en la política o en otros ámbitos de la vida social.

Existen otros términos referidos a esta temática que conviene tener presentes. Por *Estado confesional* se entiende aquella organización política que asume una religión como propia del Estado o como especialmente tutelada por el Estado. Hoy en día existen Estados confesionales en el mundo musulmán y, de un modo menos frecuente, en Europa (Gran Bretaña y Grecia)².

En cambio, *Estado aconfesional* es aquel que no asume ninguna religión como propia, sin que esto impida el que se puedan establecer acuerdos, pactos o concordatos con algunos grupos religiosos o con la Iglesia católica. Por ejemplo, España, Alemania, Italia, son aconfesionales, si bien existen acuerdos entre los gobiernos de estos países y diversas confesiones religiosas.

De las nociones anteriores arranca lo que algunos denominan como *confesionalismo*, que podríamos entender como el esfuerzo de parte de las autoridades públicas o de algunos grupos sociales por imponer a todos o a algunos ciudadanos las convicciones y las obligaciones religiosas propias de un grupo concreto. Un concepto similar, aunque distinto, es el del *clericalismo*, entendido según diversos autores como la dirección ejercitada por algunos jefes religiosos (clérigos, sacerdotes) sobre los laicos para condicionar y controlar sus elecciones en los temas relativos a la vida pública. Hay que señalar aquí que muchas veces se abusa al criticar a la Iglesia de caer en el clericalismo, pues no hay clericalismo cuando el Papa o los obispos recuerdan aquellos criterios éticos fundamentales que sirven para iluminar las conciencias de los católicos (y de toda persona de buena voluntad).

¹ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida pública* (24-11-2002), n. 6.

² Eran Estados confesionales, hasta el 2000, Suecia, Dinamarca, Finlandia y Noruega, aunque sigue en pie en Suecia la obligación de que el monarca sea miembro de la Iglesia reformada.

Por último, resulta oportuno tener presente un término que puede recibir diversas interpretaciones: *secularización*. Con esta palabra queremos describir el proceso por el cual una sociedad, que inicialmente daba un valor religioso a diversos ámbitos de la vida individual y colectiva, se orienta progresivamente a vivir tales ámbitos desligados del horizonte religioso. Tal proceso puede ser positivo y legítimo si nos lleva a separar, de modo correcto, lo profano de lo sagrado, lo temporal de lo eterno, con lo que se evita, por ejemplo, dar una valoración «divina» a lo que es simplemente fruto de la libertad humana (un sistema político concreto, etc.). Pero existen formas extremas de la secularización, desde las cuales se llega a excluir o marginar de los corazones y de las sociales cualquier referencia a lo sagrado. Tal forma extrema recibiría el nombre de *secularismo*.

2. Diversos modelos de relación Estado-religiones

Para comprender mejor la noción de laicidad y su diferencia respecto de los proyectos sociales promovidos por los defensores de la ideología laicista, podemos tener presente una clasificación de los distintos modelos que han existido y que todavía existen para estructurar las relaciones entre Estado y religión.

Aunque se dan muchos matices y variantes, vamos ahora a hacer una presentación de cinco modelos.

El *primero* es el modelo socialista, que se dividiría entre socialismo democrático y socialismo totalitario. Este último considera la religión como algo que debe desaparecer de la sociedad, según los presupuestos del materialismo y del determinismo que han caracterizado el pensamiento marxista-leninista. En general, el modelo socialista (en su vertiente totalitaria) toma una actitud claramente hostil hacia lo religioso: busca excluirlo del Estado y de la vida pública. Ha llegado incluso a promover la «ateización» de las personas y grupos, a través, por ejemplo, de campañas de «desfanatización» (como las que se aplicaron en algunas zonas de México sometidas a ideólogos del totalitarismo socialista y laicista).

El *segundo* es el modelo laico, tal y como ha sido aplicado especialmente en Francia. Según este modelo, la religión queda totalmente excluida de la



esfera pública/estatal. El Estado no reconoce ningún fundamento religioso ni ningún límite ético-religioso que sirva como control para valorar la corrección de las propias leyes, y no otorga ningún estatuto ni ningún reconocimiento a las distintas confesiones religiosas que puedan tener los ciudadanos. No se excluye, sin embargo, que el Estado laico pueda establecer acuerdos parciales con las autoridades religiosas, así como establecer prohibiciones o normativas concretas sobre las «prácticas religiosas» en orden a garantizar el orden público.

Este segundo modelo ha sido llevado a la práctica, en no pocas ocasiones, a través de fracturas profundas con el pasado. El caso francés, con la ley de 1905, implicó una ruptura con cualquier vínculo con la Iglesia en un país de una larga tradición católica, y supuso una excesiva intromisión en la vida religiosa de la Iglesia (por ejemplo, al establecer formas de control social sobre los edificios de culto, sin tener en cuenta el parecer de los obispos).

Un *tercer* modelo, en cierto sentido variante del modelo laico, pero más moderado, sería el que existe en los Estados Unidos de América. En este modelo se acepta el «dogma laico» de la total separación entre Estado e iglesias, pero pervive en la vida pública, incluso en los discursos de muchos políticos, un fondo de ideas cristianas que tiene un importante influjo a la hora de discutir y tomar decisiones en temas como el aborto, la pena de muerte, la guerra o la paz, la esclavitud, etc.

Existe un *cuarto* modelo que asume la idea de fondo

de la laicidad (separación entre las esferas política y religiosa) combinada con políticas de respeto y de asunción de la presencia religiosa en lo social, elaborando para ello acuerdos y formas de colaboración con las religiones que tengan una mayor relevancia entre la población. Este modelo rige, al menos hasta la actualidad, en naciones mayoritariamente católicas (como España e Italia) o con fuerte presencia católica y protestante (como Alemania).

Los acuerdos tomados pueden ser de diverso tipo. Por ejemplo, se delinear las reglas sobre la enseñanza religiosa en las escuelas; se otorgan exenciones de algunos impuestos a las iglesias (propiedades, personas); se acepta la validez civil del matrimonio religioso; se organiza un sistema de capellanes en ejército, cárceles, hospitales... En algunos países se están extendiendo estos acuerdos a confesiones «nuevas» respecto de las tradicionales, especialmente a los creyentes musulmanes, cada vez más presentes en los países de la Unión europea.

El *quinto* modelo sería aquel que asume una religión como propia del Estado. En ese modelo, presente en diversos países de tradición islámica y en algunos países cristianos (como en Gran Bretaña y Grecia), el Estado ofrece un trato preferencial a la religión mayoritaria o a aquella presente tradicionalmente en el propio territorio. Tal trato puede tener diversas modalidades: intervenciones del Estado sobre esa religión aceptada como «oficial», intervenciones y participación de los jefes religiosos en la vida estatal, división entre ciudadanos de primera y segunda clase según pertenezcan o no a esa religión, etc.

Conviene señalar aquí que es posible, como ocurre en Gran Bretaña, que un Estado tenga una «religión oficial» y, al mismo tiempo, existan en el mismo normativas que garanticen el respeto de la libertad de conciencia y de religión de los ciudadanos. A la vez, es posible que un Estado laico también respete la libertad de conciencia de todos los miembros de la sociedad, como en general ha ocurrido en Francia durante buena parte del siglo XX. Pero es obvio que se dan los otros casos: Estados que, desde la religión oficial, persiguen y marginan a quienes no pertenecen a la misma; o Estados que, desde el laicismo oficial, arrinconan o persiguen a quienes pertenecen a diversas religiones,

especialmente cuando una persona con principios religiosos desea participar en la vida pública.

3. Laicidad y laicismo

Como hemos notado, existen diversos modelos de relación entre Estado y religión. Queremos ahora evidenciar que, respecto a esta temática, también existen diversos modos de entender la noción de laicidad, algunos de los cuales pueden ser entendidos como «laicismo» en sentido técnico, mientras que otros pueden ser aceptados también por los distintos grupos religiosos, entre ellos por la Iglesia católica, como veremos en seguida.

Para hacer esta clasificación, mantiene su interés una intervención de los obispos franceses a raíz del referéndum sobre la Constitución de Francia preparada en 1945. En esa Constitución se definía a la República francesa como «laica». ¿Podían los católicos dar un voto afirmativo a la misma? Los obispos, en su carta pastoral del 12 de noviembre de 1945, distinguieron cuatro modos de entender la palabra «laicidad».

En un primer significado, laicidad puede aludir a la autonomía de lo estatal, puede limitarse a ser una laicidad simplemente profana. La actitud de los católicos ante tal noción de laicidad es abiertamente favorable. Como indicaban los obispos franceses, «si con estas palabras se quiere proclamar la autonomía soberana del Estado en sus dominios de orden temporal, su derecho a regir por sí solo toda la organización política, judicial, administrativa, fiscal y militar de la sociedad temporal, y de modo general todo lo que dice respecto a la técnica política y económica,





declaramos abiertamente que esta doctrina está plenamente conforme a la doctrina de la Iglesia».

En una segunda acepción, la laicidad puede ser entendida como neutralidad respetuosa. «La laicidad del Estado puede ser también entendida en el sentido de que, en un país dividido en cuanto a las creencias, el Estado debe permitir que cada ciudadano practique libremente su religión. Este segundo sentido, si se comprende bien, también está conforme al pensamiento de la Iglesia».

Pero existen otras dos acepciones que no pueden ser aceptadas por los católicos, por su carácter ideológico (laicista). En la primera, laicidad sería sinónimo de una posición hostil ante las posiciones religiosas: «Por el contrario, si la laicidad del Estado es una doctrina filosófica que encierra una perfecta concepción materialista y atea de la vida humana y de la sociedad, si tales palabras definen un sistema de gobierno político que impone esa concepción a los funcionarios hasta en su vida privada, a las escuelas del Estado, a la nación entera, entonces nos erguimos, con todas nuestras fuerzas, contra esa doctrina; la condenamos en nombre de la verdadera misión del Estado y de la misión de la Iglesia».

En la segunda, nos encontramos ante la concepción de un Estado indiferente y desligado respecto de cualquier posición ético-religiosa que pudiese fungir como control de la autoridad política. «Finalmente, si

la laicidad del Estado significa la voluntad del Estado de no someterse a ninguna moral superior y de no reconocer sino su interés como regla de acción, nosotros afirmamos que esta tesis es extremadamente peligrosa, retrógrada y falsa»³.

Queda claro, a la luz de esta clasificación, que son admisibles dos tipos de laicidad, mientras que otros dos tipos (que podríamos denominar bajo la palabra «laicismo») merecen ser reprobados. Intentemos ahora profundizar un poco en algunos aspectos característicos de las posiciones laicistas, que han sido promovidas con mayor o menor virulencia por grupos de poder en diversos países de Europa y de América, sin excluir algunas naciones de otros continentes.

4. Ideología y objetivos del laicismo

Un objetivo central del laicismo, como hemos ya visto, es excluir lo religioso de la vida pública. En no pocas ocasiones, tal exclusión no se limita sólo a promover una ruptura profunda entre las autoridades y las religiones (a diversos niveles, desde el estatal hasta el municipal), sino que busca propagar entre los miembros de la sociedad una mentalidad «madura», desde la que la gente pueda pensar y actuar cada vez más según presupuestos racionales y científicos y no según ideas religiosas ancladas en el pasado y carentes, según los laicistas más radicales, de racionalidad y de apertura a la convivencia democrática.

La ideología que subyace a esta posición tiene raíces profundas en el mundo occidental. Numerosos autores del Iluminismo consideraron a la religión como el origen de divisiones y de luchas absurdas, como las que ensangrentaron Europa durante siglos, y de actitudes de intolerancia y de prepotencia hacia quienes lograban dar el paso hacia la madurez del «atrévete a pensar», hacia una mentalidad abierta a la razón y a la ciencia como ámbito para avanzar hacia el progreso indefinido. Creían, al mismo tiempo, que sólo la racionalidad podría llevar a un entendimiento universal y a la superación de las causas de conflictos.

Esta ideología, promovida por pensadores del pasado (como Voltaire, Rousseau, Kant, Marx) y por



³ Para estas referencias de la carta pastoral de los obispos franceses, cf. C. CORRAL SALVADOR, «¿Es que son idénticos laicidad y aconfesionalidad?», *Alfa y Omega*, 415 (9 de septiembre de 2004), 2-3.



grupos políticos (como los liberales y los radicales, el nacionalsocialismo y el marxismo-leninismo) ha visto aplicaciones de diferente tipo según se lograra imponer en la sociedad a través de elecciones democráticas o de golpes de Estado.

Algunos defensores del sistema democrático, con sus muchas ventajas (que han sido ampliamente reconocidas también por la Iglesia católica), mantienen además la tesis de que la democracia estaría intrínsecamente ligada al relativismo ético, que encontraría límites sólo en el respeto a los procedimientos legales y a la constitución de cada Estado. Este modo de pensar continúa en el mundo actual la vieja idea de que no existiría nada que pudiese controlar la autonomía de las autoridades públicas, de forma que éstas no se verían limitadas en el ejercicio del poder ni por ninguna visión religiosa ni por principios éticos superiores (los que vendrían de la ley moral natural).

En la actualidad, la ideología laicista sigue presente en el mundo occidental, pero en contextos nuevos. Si algunos grupos laicistas, especialmente en naciones cristianas (Francia, España, Italia, Alemania, México, Rusia), combatieron en el pasado a la Iglesia católica y a otros grupos cristianos para construir sociedades supuestamente laicas, ahora el laicismo dice enfrentarse a nuevos retos. Especialmente en los países de Europa, la presencia de numerosos inmigrantes de religión islámica y el fenómeno del multiculturalismo, han llevado a los ideólogos del laicismo a la defensa de su proyecto político-social, sin dejar de lado continuos ataques a la Iglesia católica.

Intentemos ahora sintetizar cuáles son los objetivos que en el pasado y en el presente suelen ser perseguidos por los grupos laicistas.

Vemos, en primer lugar, una decidida defensa de las libertades individuales, aplicadas obviamente a aquellas personas adultas y conscientes que pueden hacer valer sus derechos de acuerdo con las leyes. Pero esta defensa de la libertad ha llevado consigo una actitud permisiva hacia temas como los del aborto, la eutanasia, la fecundación artificial, el divorcio, las uniones de hecho y los «matrimonios» homosexuales, la liberación sexual (preservativo más asequible, píldora del día después distribuida a las adolescentes sin el permiso de sus padres), la legalización de la droga, y un largo etcétera. Estas propuestas permisivas suponen un modo de concebir la sociedad como si estuviera desligada de cualquier límite ético que pudiera disminuir en algo la libertad personal. No se percibe, sin embargo, que al legalizar delitos como el del aborto se está tolerando la eliminación de hijos a los que se niega el ingreso al mundo de derechos y libertades que son defendidas sólo para los adultos.

En concomitancia con el proyecto libertario, los grupos laicistas promueven políticas que lleven a la disminución de la presencia de las confesiones religiosas en los ámbitos públicos. Esto implica una serie de propuestas radicales, como las siguientes:

- Repudiar o limitar, allí donde existan, los concordatos y acuerdos con las Iglesias. Especialmente, suprimir o reducir drásticamente las ayudas económicas que el Estado ofrece a las instituciones religiosas (sustentamiento del clero, edificios de culto, etc.).

- Eliminar y evitar cualquier trato preferencial a algunas comunidades religiosas (quizá históricamente más presentes, o más difundidas entre la población), en nombre del «derecho a la igualdad» entre todas las creencias.

- Garantizar a los «grupos humanistas» (por ejemplo a las logias masónicas) las ayudas y espacios equivalentes a los ofrecidos a las religiones.

- Marginar en la enseñanza pública (si resulta posible, también en la privada) la enseñanza de la religión y sustituirla por otras asignaturas que puedan fungir como sucedáneos de la religión.

-Potenciar la educación pública y eliminar cualquier ayuda a la educación privada, generalmente gestionada por grupos religiosos. No faltan quienes proponen la supresión de toda escuela privada, o el establecimiento de fuertes trabas para el normal funcionamiento de la misma.

En concomitancia con estas propuestas, que suelen ser defendidas más o menos explícitamente por los partidos políticos de ideología laicista, existen campañas culturales y mediáticas que buscan desprestigiar a las religiones, especialmente a la Iglesia católica. Tales campañas analizan hechos «oscuros» del pasado (Inquisición, cruzadas, vida de eclesiásticos no ejemplares, el «caso Galileo») o situaciones del presente (acusaciones de pedofilia reales o calumniosas contra sacerdotes, acusaciones de intolerancia y dogmatismo respecto de obispos y sacerdotes). No faltan libros, novelas, películas, programas televisivos, que atacan directamente a la Iglesia y a los Papas, que ridiculizan los símbolos religiosos en nombre de una mal entendida «libertad de expresión», que promueven explícitamente el ateísmo y las doctrinas hedonistas contra la moral católica, acusada de ser «represiva», «homofóbica», «intolerante» y «fundamentalista». Todo ello busca crear un clima social de hostilidad y desconfianza hacia lo católico, en orden a promover en la gente la mayor separación posible respecto de la doctrina que pueda venir del Papa y de los obispos.

En resumen, el movimiento laicista promueve acciones, a nivel nacional y a nivel internacional, para marginar y neutralizar cada vez más el papel de las religiones en la vida social. El laicismo supone, hoy como en el pasado, que la religión no es un factor enriquecedor de la convivencia humana; defiende que lo religioso quede circunscrito al ámbito de las conciencias individuales, sin permitirle ninguna relevancia pública. De esta forma, el mundo de la política y de la sociedad quedaría regido por ideas simplemente racionales y por el modo de trabajar propio de la modernidad. La idea de transcendencia, la posibilidad de un horizonte superior y de un Dios



que fuese el objeto de los deseos más profundos del corazón humano, son excluidas, si no atacadas, como prejuicios de un pasado que debería morir en el mundo de la ciencia y la tecnología, de la madurez racional y de la liberación de todo límite ético basado en una teoría de la ley moral natural, que sería insostenible según la visión propia de la ideología laicista.

5. Una reflexión valorativa desde la doctrina social de la Iglesia

Como ya hemos observado en distintos momentos, para la Iglesia católica existe un modo correcto de entender la laicidad, y otros modos que implican una visión sobre la sociedad y sobre el hombre que son claramente erróneos.

En un discurso de Pío XII que ha sido citado en diversas ocasiones por otros Papas, se reconoce claramente como tradición propia de la Iglesia el admitir una «sana laicidad», entendida como «el esfuerzo continuo para tener separados y al mismo tiempo unidos los dos Poderes» (temporal y religioso) en el respeto que merece la distinción entre Dios y el César⁴.

Esta tradición es muy vieja, y encuentra dos formulaciones clásicas en el pasado. Una, ya en el siglo V, en una carta del Papa Gelasio I (492-496) al emperador Anastasio. En ella el Papa recordaba cómo Dios había querido que las potestades religiosa

⁴ PÍO XII, *Discurso a la colonia de las Marcas en Roma*, 23 de marzo de 1958.

⁵ Cf. J. RATZINGER, «Europa. Sus fundamentos espirituales ayer, hoy y mañana», conferencia en la biblioteca del senado italiano (13 de mayo de 2004), texto castellano en www.zenit.org (22 de mayo de 2004).

y política quedasen separadas para que ninguna autoridad se ensoberbeciera⁵.

La otra formulación se encuentra en el mundo medieval, en las *Decretales* de Gregorio IX (1234)⁶, en las que se explica cómo Dios había creado dos grandes luces: una más grande, para el día (poder espiritual); y otra más pequeña, para la noche (poder temporal).

Los choques entre el Papado y los reyes medievales, especialmente el que conocemos como «lucha de las investiduras», implicaron momentos no fáciles en la comprensión de cómo habría que armonizar estos dos poderes, el civil y el religioso. La ruptura que se produce con las divisiones doctrinales del siglo XVI, el desarrollo del Iluminismo en clave muchas veces anticatólica, y las luchas surgidas a favor o en contra del liberalismo después del trauma de la Revolución francesa, explican por qué la Iglesia tuvo que recorrer un largo camino para madurar una doctrina que ya poseía, pero que necesitaba aplicar a los nuevos contextos nacionales e internacionales, especialmente en los dos últimos siglos.

Podemos resumir la doctrina católica sobre la «sana laicidad» con dos palabras claves: autonomía y colaboración⁷.

Lo primero, *autonomía*. El Estado pertenece al mundo de las realidades que pueden funcionar desde leyes y principios que no necesitan estar explícitamente vinculados a alguna religión concreta, o un credo, o una fe, sin que ello excluya que puedan darse formas de colaboración entre las autoridades civiles y las autoridades religiosas. El Estado, como realidad autónoma, está dotado de aquellos elementos que le permiten promover el bien común y la realización de las personas, una realización que ciertamente no se limita al orden intraterreno, sino que incluye la apertura a las realidades transcendentales⁸.

Todo ello supone la subordinación del Estado a una ética superior, sin la cual el Estado, como cualquier realidad terrena, corre el riesgo de desvirtuarse y de caer en extremismos ideológicos y totalitarios. Lo recordó Juan Pablo II en un importante discurso en el Parlamento europeo (Estrasburgo, 11 octubre 1988), al indicar que ningún gobierno puede regirse como si no tuviese que responder a ninguna instancia superior. De lo contrario, se correría el riesgo de caer en totalitarismos o en graves faltas de respeto a la dignidad del hombre.

Por su parte, la religión no interfiere en el modo concreto de organización política, ni impone propuestas concretas para el gobierno de los pueblos, en el respeto que merecen las opciones institucionales que asuman y tutelen las verdades esenciales sobre el hombre y sobre la vida social⁹. Ello no impide a la Iglesia denunciar aquellas situaciones y normativas que vayan contra la ley natural, contra la dignidad de algunos seres humanos (nacidos o no nacidos, sanos o enfermos), o contra la autonomía que debe ser respetada a la Iglesia como institución que persigue sus fines con estructuras propias.

Lo segundo, *colaboración*. El Estado está llamado



⁶ Libro I, título XXXIII, cap. VI. El texto puede leerse en https://www.hs-augsburg.de/~harsch/Chronologia/Lspost13/GregoriusIX/gre_1t33.html.

⁷ Cf. PONTIFICIO CONSEJO «JUSTICIA Y PAZ», *Compendio de la doctrina social de la Iglesia* nn. 424-427 y 565-574. En estos números son citados los principales documentos recientes sobre el tema.

⁸ Sobre estas ideas, cf. especialmente *Gaudium et spes* nn. 36 y 76, y *Lumen gentium* n. 36.

⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Centesimus annus* n. 47.

a apoyar, cuando sea necesario, y según el principio de subsidiariedad, a aquellas instancias sociales que necesiten ayuda para su plena realización. Entre ellas está la vida religiosa de la gente, máxime en pueblos donde las confesiones religiosas pueden tener una fuerza social enorme y merecen (por estar basadas en el querer de la población) un apoyo por parte de la autoridad.

Es posible, en ese sentido, que un Estado pueda ser aconfesional (aceptando una «sana laicidad») y al mismo tiempo subvencione a una confesión religiosa importante en la sociedad por su presencia y por su labor humanizadora (hospitales, escuelas, centros de acogidas a emigrantes, etc.).

Hay que recordar, además, que la democracia como sistema de gobierno supone que en la misma puedan participar y «competir» diversas visiones y perspectivas sobre la mejor manera de organizar la *res publica*. Los católicos están llamados a ofrecer sus valores y sus principios en la vida pública, especialmente a la hora de defender la dignidad de la persona, el derecho a la vida, el sentido genuino del matrimonio y la familia, etc.¹⁰

Por lo mismo, sería totalmente incorrecto marginar o excluir a los católicos de su participación pública, como si tal participación atentase contra la laicidad del Estado. «Aquellos que, en nombre del respeto de la conciencia individual, pretendieran ver en el

deber moral de los cristianos de ser coherentes con la propia conciencia un motivo para descalificarlos políticamente, negándoles la legitimidad de actuar en política de acuerdo con las propias convicciones acerca del bien común, incurrirían en una forma de *laicismo* intolerante»¹¹.

Los católicos sienten la necesidad de impregnar con valores morales la cultura y el mundo del trabajo, como recordaba el Concilio Vaticano II en *Lumen gentium* (n. 36). La sana laicidad es el ámbito que permita realizar esta enorme tarea. El laicismo, en cambio, busca de modo abusivo maneras para marginar e incluso excluir a los católicos y a los demás creyentes de la vida pública. Hay que evitar este grave error ideológico para que la sociedad se mantenga abierta hacia quienes están llamados a contribuir al bien común desde las distintas perspectivas religiosas, que tanto pueden enriquecernos a todos, especialmente cuando tales perspectivas ofrecen una luz profunda respecto al fin ultraterreno que es propio de toda existencia humana.

(publicado en *Ecclesia. Revista de cultura católica*,
21 (2007), 239-251)



¹⁰ Cf. *Lumen gentium* n. 36; CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida pública* (24-11-2002).

¹¹ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal...*, n. 6.



El testimonio de san Carlo Acutis, “el santo milenial” y patrono de los “milenials”

Carlo Acutis nació el 3 de mayo de 1991 en Londres. Hijo de Andrea Acutis y Antonia Salzano, desde pequeño Carlo mostró un profundo amor por Dios y a la Iglesia, lo cual inspiraría posteriormente a sus padres. “Antes de que naciera Carlo, estaba realmente inmersa en la cultura de nuestro tiempo”, dice su madre. “Era prisionera de todo lo relativo y limitado”, pero “Carlo me enseñó a vivir en mi siglo mientras miraba hacia la eternidad”, añade ella. Su familia se mudó posteriormente a Milán, Italia, donde la pasión de Carlo por la programación informática floreció junto con su fe cada vez más profunda.

Carlo Acutis fue beatificado el 10 de octubre del año 2020; apenas cinco años después sería canonizado, el 7 de septiembre de 2025. Conocido por su profunda devoción a la fe católica y por su hábil uso de la tecnología para compartir contenido religioso, se convertirá en el primer santo “milenial”. El papa Francisco reconoció oficialmente un segundo milagro –un paso necesario en el proceso– atribuido a Acutis y aprobó su canonización. La festividad de san Carlo Acutis es el 12 de octubre.

Carlo Acutis, quien falleció en 2006 a los 15 años debido a la leucemia, fue admirado por su labor en la creación de un sitio web que documenta los milagros eucarísticos en todo el mundo. Carlo Acutis es reconocido no solo por su piedad, sino también por su capacidad para integrar su fe con la tecnología moderna, lo que ha resonado profundamente entre los jóvenes católicos de todo el mundo.

La vida de Carlo se caracterizó por una notable integración de la fe y la razón. A pesar de su corta edad, demostró un intelecto excepcional y un

profundo interés por comprender los misterios del catolicismo, al mismo tiempo que se interesó por conocer la tecnología informática. En efecto, dedicó muchas horas a perfeccionar sus habilidades como programador informático, pero sin perder su devoción y dedicando tiempo a la oración. Es por eso que a menudo es considerado el santo patrón del internet.

A la edad de solo siete años, Carlo comenzó a participar en la Misa diaria, desarrollando así un profundo amor por la Eucaristía. “Mi secreto es contactar a Jesús todos los días”, decía. También solía rezar el rosario, demostrando de esa manera también una profunda devoción a la Madre de Jesús y Madre nuestra, la Santísima Virgen María. “La Virgen María es la única mujer en mi vida”, decía.

Una de las contribuciones más significativas de san Carlo Acutis a la Iglesia fue la creación de una exposición portátil y un sitio web en el que catalogó los milagros eucarísticos acaecidos en de todo el mundo, como ya decíamos. Logró reunir información sobre 187 milagros eucarísticos durante un período de dos años y medio. Gracias a su experiencia en programación informática, Carlo buscó compartir la profunda realidad de la Presencia real de Jesús en la Eucaristía con otros, invitándolos a encontrar a Jesús en la Eucaristía. “La Eucaristía es la autopista al cielo”, decía con frecuencia. “Cuando nos enfrentamos al sol nos bronceamos, pero cuando estamos ante Jesús en la Eucaristía nos convertimos en santos”, también comentaba san Carlo.

A pesar de su prematura muerte a la edad de quince años a causa de la leucemia en octubre de 2006, el legado de Carlo perdura como testimonio del poder



de la santidad en la era digital. Su impacto en la Iglesia y el mundo continúa inspirando a innumerables personas, particularmente a jóvenes y programadores informáticos.

Al celebrar la beatificación de san Carlo en octubre de 2020, el Papa Francisco reconoció y afirmó su vida ejemplar de santidad y virtud. Su beatificación fue un momento de gran alegría para la Iglesia, al reconocer la santidad de un joven que afrontó los desafíos de su tiempo con valentía y fe. “Su testimonio muestra a los jóvenes de hoy que la verdadera felicidad se encuentra poniendo a Dios en primer lugar y sirviéndole en nuestros hermanos, especialmente en los más pequeños”, dijo el Papa Francisco durante sus palabras en el Ángelus del 11 de octubre de 2020.

Hoy en día, san Carlo Acutis sirve como modelo para los jóvenes que buscan navegar entre las complejidades del mundo digital, pero sin dejar de ser fieles al Evangelio. Su vida nos recuerda que la santidad es alcanzable para todos los que buscan seguir fielmente a Cristo, sin importar la edad o la vocación específica de cada uno.

El ejemplo de Carlo desafía a los jóvenes católicos a usar sus talentos para la gloria de Dios y la propagación del Evangelio. Su integración de la fe y la tecnología sirve como un poderoso recordatorio del potencial de la tecnología para ser una fuerza positiva en el mundo. Además, difunde el mensaje del amor y la misericordia de Cristo. La vida de san Carlo Acutis ha estado marcada no solo por su fe y devoción ejemplares, sino también por sucesos milagrosos atribuidos a su intercesión tras su muerte.

Un milagro notable asociado con san Carlo ha sido la curación inexplicable de un niño brasileño llamado Mattheus, el cual padecía una rara enfermedad del páncreas. El estado de Mattheus era grave y los médicos habían agotado todas las opciones. Su madre, una católica devota, recurrió a la oración y buscó la intercesión del entonces beato Carlo Acutis. Tras rezar fervientemente al beato pidiendo su intercesión, Mattheus experimentó una curación repentina y completa, para gran asombro de los médicos. Esta curación fue investigada exhaustivamente por las autoridades de la Iglesia y se determinó que era



médicamente inexplicable. Ese fue el milagro que exigía la beatificación de Carlo, acaecida en el año 2020.

La curación milagrosa de Matheus Vianna es un testimonio del poder intercesor del beato Carlo Acutis. Además, sirve como recordatorio del amor y la misericordia infinitos de Dios. Es a través de estos milagros que san Carlo continúa inspirando y conmoviendo la vida de creyentes de todo el mundo, ofreciendo esperanza y aliento a quienes lo necesitan.

Pocos años después, el 8 de julio de 2022, Liliana Valverde, madre costarricense, visitó la tumba del beato Carlo Acutis en Asís, Italia. Rezó fervientemente por su hija Valeria, quien había sufrido un traumatismo craneoencefálico grave a causa de un accidente de bicicleta el 2 de julio de ese mismo año en la ciudad de Florencia, donde estudiaba. El estado de Valeria era grave y requirió una cirugía de emergencia, pero con pocas esperanzas de supervivencia. La secretaria de Liliana había comenzado de inmediato a rezarle al beato Carlo pidiéndole por la salud de Valeria, a lo que Liliana se uniría y haría la susodicha peregrinación a Asís para pedir la intercesión del beato por su hija.

Sorprendentemente, el mismo día de la visita de Liliana al beato Carlo, Valeria comenzó a respirar por sí sola, recuperando el movimiento y el habla poco después. Para el 18 de julio, una tomografía computarizada reveló que la hemorragia había desaparecido y fue transferida para su rehabilitación el 11 de agosto. Agradecidas por este milagro, Liliana y Valeria regresaron a Asís el 2 de septiembre de ese



mismo año 2022 agradecer al beato Carlo. Este fue el segundo milagro por intercesión de Carlo Acutis autenticado por la Iglesia de cara a su canonización.

Como dijo una vez Carlo: “Me siento feliz de morir porque viví mi vida sin desperdiciar ni un minuto en nada que desagradara a Dios”. Estas palabras resumen la esencia de la vida de san Carlo –y en realidad también la esencia de la santidad cristiana-: una vida vivida en completo abandono a la Voluntad de Dios, donde cada momento estaba dedicado a glorificarlo.

A través de su vida y acciones ejemplares, san Carlo Acutis nos reta a examinar nuestra propia vida y a buscar la santidad en todo lo que hacemos. Que su legado siga inspirándonos a vivir vidas de virtud, devoción y servicio al prójimo, mientras buscamos seguir fielmente a Cristo siguiendo los pasos de este santo “milenario”.

La tristeza es mirarnos a nosotros mismos, la felicidad es mirar a Dios”, decía Carlo. Y también: “Lo único que tenemos que pedirle a Dios, en oración, es el deseo de ser santos”. Las últimas palabras de San Carlo fueron: “Mamá, no tengas miedo. Desde que Jesús se hizo hombre, la muerte se ha convertido en el paso hacia la vida, y no tenemos por qué huir de ella. Preparémonos para experimentar algo extraordinario en la vida eterna”.

**Este artículo ha sido redactado a partir de otro publicado con anterioridad por “Catholic Answers”.*